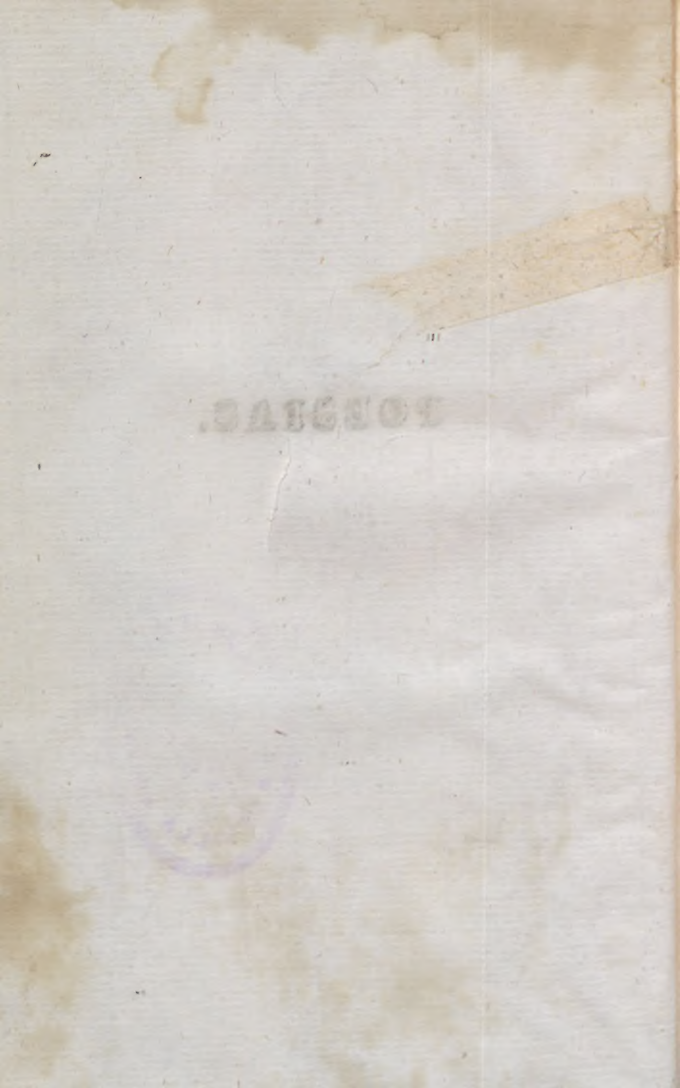


POESIAS.





POESIAS

de

DON EUGENIO DE TAPIA.

TOMO PRIMERO.





MADRID:

LIBRERÍA DE PEREZ.

1832.

Esta obra es propiedad de su autor: todos los ejemplares llevan su rúbrica.



CON LICENCIA:

MADRID: JUNIO DE 1832.

Imprenta, *calle del Amor de Dios*, *núm.* 14.

DEDICATORIA.

No busca de un Mecenas poderoso
Mi númen el favor: otros las honras
Compren, ó las mercedes del magnate
Con el incienso de venal lisonja;

Mientras que yo en las aras de himeneo,
Sin aspirar á la envidiada gloria,
Esta ofrenda sencilla de mis versos
Libre depongo de afectada pompa.

En prenda de mi amor tú la recibe,
Tú que la has merecido, cara esposa,
Firme en la adversidad, constante siempre,
Como en el mar la combatida roca.

Cuando contra el tirano de las Galias
Sonó en España la guerrera trompa,
Y volé hasta el empório gaditano
Huyendo la cadena ignominiosa;

Tú, siguiéndome fiel, graves peligros
Con pecho varonil, como yo arrostras;
Y el amor de la patria con el mio
Tu pecho alientan en union dichosa.

A nuestro hogar tornamos cuando al galo
Arrollaron las huestes vencedoras,
Y en lugar del descanso y la ventura
Desdichas nos aguardan dolorosas.

Resignada en tu fé conmigo apuras
Del fúnebre pesar la amarga copa,
Cuando en temprana edad, cual flor marchita,
Muere en tu seno el hijo á quien adoras.

Él mas dichoso en la mansion celeste
Ve este mísero suelo: allí se goza
Mirando nuestra union, y nos aguarda
Cercado en torno de radiante gloria.

Esta dulce esperanza de otra vida
Que hasta el cielo al espíritu remonta,
Consuela á los esposos que por siempre
Verse unidos confían sin zozobras.

¡ Cuántas veces absortos contemplando
La belleza del cielo encantadora,
Allí está nuestro bien, ambos digímos,
Tributando un suspiro á su memoria!

Lágrimas de ternura, tan suaves
Como el blando rocío de la aurora,
¡Qué de veces bañásteis las megillas
De esta madre afligida y cariñosa!

El conyugal amor las enjugaba,
Y las puras delicias que atesora
Derramando en nosotros, la amargura
Templaba de la pena congojosa.

Él á cantar de nuevo me animaba;
Él de la lira destemplada y bronca
Á sacar me enseñó sonoros ecos
Del verde soto en la apacible sombra.

Solos allí los dos, lejos del mundo,
Vimos correr las fugitivas horas,
Cuando alegraba al mundo Primavera
Coronada la sien de frescas rosas.

Las flores por entrambos recogidas
Ibamos á esparcir en larga copia
Sobre la humilde tumba, en cuyo seno
El fruto del amor blando reposa.

La paz, que nuestro albergue custodiaba,
Salia á recibirnos oficiosa,
Y en nuestra faz el ósculo imprimia,
Respirando su aliento dulce aroma.

Por tí, deidad benigna, de himeneo
Leve es el yugo, que pesado agovia
A los míseros pechos donde vierte
La discordia fatal negra ponzoña.

Por tí se pinta en el sereno rostro
El placer que en los ánimos rebosa:
Así la blanca y reluciente arena
Se ve por el cristal de claras ondas.

Protégenos, ¡ó paz! hasta que el lazo
Del conyugal amor la muerte rompa,
Y de los dos las pálidas cenizas
Cubra en eterna union la misma losa.

ROMANCES.

I.

EL MAR EN ESTÍO.

Huyendo del rayo ardiente
Que el sol á la tierra lanza,
Busco, ó mar, en tus riberas
La frescura regalada.
¡O cuán sosegado ahora
Con tus ondas azuladas,
Roncamente murmurando
Llegas á besar la playa!
Luego esquivo te retiras,
Mas en volver poco tardas,
Y nuevamente la arena
Cubres de espuma y la bañas.
Rizando la superficie
De tus cristalinas aguas,
Vuela el céfiro, y refresca

Despues la tierra agostada.
Mi pecho ansioso le aspira:
¡Cuál su aliento me regala
Templando el hirviente fuego
Que en mis venas circulaba!
Mas ya los linos hinchendo
Hace que las naves partan,
Y oprimen las corvas quillas
Del mar la cerúlea espalda.
¡Cuál vuelan! ¡Con cuánta pompa,
Cual si en el golſo reináran,
Le cruzan, y en triunſo llevan
La bandera desplegada!
El cielo benigno os guie,
Y allá en las remotas playas
No encontréis en vez del oro
Guerra ó dolencias inſaustas.
Mas humildes y mas cuerdos
Otros en ligeras barcas,
Aquí sin perder de vista
Su ſamilia y su cabaña,
Tienden las redes ſalaces
Donde queda aprisionada
Muchedumbre de vivientes
Que libres antes nadaban.
Los pescadores gozosos

Vuelven con la presa ansiada,
Y en la arena el tenaz diente
De las áncoras se clava
Cual afanosas hormigas
Que corren atropelladas
Al muerto insecto, y le cercan,
Y le asen con voraz ansia:
Así de mozos membrudos
Y de mugeres tostadas
Confuso tropel acude,
Y á los barcos se abalanza.
La presa en cuévanos hondos
Al punto se desembarca,
Y del pescado latiente
Brillan al sol las escamas:
Al sol, que ya fatigado
Va á apagar su inmensa llama
En las olas de occidente,
Tornándolas encarnadas.
¡Qué espectáculo presenta
El universo! De grana
Y oro esplendente en ocaso
Vénse las nubes pintadas;
Rico pabellon que cubre
Las eminentes montañas,
Do la púrpura se mezcla

Con el verde de su falda.
De rubíes tachonado
Muéstrase el mar; se resbalan
Las ondas, y en cada una
El sol su imágen retrata.
Huye el color rubicundo,
Y en repentina mudanza
Se doran, y resplandecen
Como topacios las aguas.
Oro es la cumbre del monte,
Oro las nubes que vagan
Por el eter, rayos de oro
Cruzan el aire y me encantan.
Mas esta ilusion vistosa
Huye tambien, y me engaña.
Verdes se tornan los montes,
Y azules las ondas claras;
Pinta el cárdeno las nubes,
Y anuncia la noche infausta.
¡Infausta!.... No; que los vientos
No rugen con cruda saña
Como allá en el triste invierno
Cuando los pinos desgajan.
Entonces sí que la noche
Es tenebrosa y aciaga,
Y ofrece visiones tristes

Que al débil mortal espantan.
Álzanse como gigantes,
Y tienden sus negras alas
Anunciando horror y muerte
Las destructoras borrascas.
Del mar hierve el hondo seno,
Y sus olas agitadas
Van á estrellarse bramando
Sobre la costa escarpada.
¡Ay entonces de la nave,
Que perdída y solitaria
Por los desiertos undosos
A merced del Boreas vaga!
Mas ahora todo es sosiego,
Todo dulzura y bonanza,
Y no se oye mas que el soplo
De las susurrantes auras.
Por la bóveda celeste
Sube en su trono de nácar
La luna con faz risueña,
Lanzando el pesar del alma.
Juega su luz en el golfo,
Y reverberan las aguas,
Y sus corrientes parecen
Raudales de pura plata.
Corren entonces alegres

Del mar se convierta en saña.
¿Qué es vuestro pecho inconstante
Sino imágen que retrata
De ese voluble elemento
Las vicisitudes varias?
Ora escuchais cariñosas
Las lisonjeras palabras
Del amante enternecido,
Y todo es gozo y bonanza:
Ora los rabiosos zelos
Os alucinan y ensañan;
Y á veces por mero antojo
Alarde haceis de inhumanas.
¡Feliz solo el que en los brazos
De una esposa dulce y casta
Ve deslizarse las horas
Que cual leves sombras pasan!
Un puro amor los estrecha:
No turban sus quietas almas,
Ni el recelo tormentoso
Ni la pérfida inconstancia.
Bendice su union el cielo:
En prole inocente y grata
El amor se reproduce
Que á los consortes abrasa.
Así tranquilos el valle

Mil jóvenes á la playa,
Que durante el largo dia
Ardorosos palpitaban.
Con presteza de sus hombros
Sueltan la enojosa holanda,
Y cual ágiles atletas
En el piélago se lanzan.
Cortan nadando las olas,
Y una confusa algazára
Se mezcla al ronco murmullo
Del mar que las rocas baña.
En otra parte festivas,
Y hermosas como las gracias,
Las ninfas al mar se entregan,
Y él las mece y las halaga.
Mas de repente maligno
Hincha sus olas y brama,
Y á la ribera arenosa
Ellas huyen espantadas.
Así las blancas palomas
Cuando el milano amenaza,
A su pacífico albergue
Con vuelo rápido marchan.
No estrañéis, ciegas beldades,
Que con súbita mudanza
La aparente mansedumbre

Negras plumas, demostrando
El duelo amargo que siente.
Lleva en la cuja su lanza,
Que un alto pino parece,
Con morada banderola
Que el céfiro apenas mueve.
Todo es yermo solitario
Do quiera los ojos vuelve
El adalid, y no lejos
Ve una montaña eminente.
Pero ya el trueno en el valle
Retumba, se inflama el eter,
Y cae serpeändo el rayo,
Y el pino erguido se enciende.
Bufa el bridon espantado;
Clávale el noble ginete
La espuela, y al pie de un cerro
Veloz llega y se detiene.
Otra vez hórrido estalla
El trueno, y súbitamente
Rásgase la negra nube,
Y el agua cae á torrentes.
Bajo un roble corpulento
El adalid se defiende,
Y un edificio en la cumbre
Del monte ver le parece.

Cruzan de esta vida amarga,
Cual arroyo cristalino
Que manso las flores baña;
Y no como el mar undoso,
Imágen de la inconstancia,
Que ya se ofrece risueño,
Ya rugiendo al orbe espanta.

II.

EL SOLITARIO.

En los agostados campos
Reinaba el Estío ardiente,
Y un aura blanda mecia
Los rubios dones de Céres.
Hunde en el nublado ocaso
El sol su dorada frente,
Y la tormenta en el aire
Su velo fúnebre tiende.
Entretanto por un valle
Donde no hay humano albergue,
Marcha el guerrero Gonzalo
Solo, abatido y doliente.
Viste pavonada cota,
Y de la cimera penden

Entre resinosas jaras,
Sube y peñascos pendientes,
Y un arruinado castillo
A la vista se le ofrece.
Pálida alumbra la luna
Que sale del turbio oriente,
Aquel sitio pavoroso,
Digna mansion de la muerte.
De un lado y otro Gonzalo
Los inquietos ojos vuelve;
Y encamínase á una puerta
Que mira cerrada al frente.
Con el cuento de la lanza
Pulsa, y respondiendo en breve
Un anciano respetable
Preséntase cortesmente.
De su macilento rostro
Barba plateáda pende,
Y sus macerados miembros
Cubre sayal penitente.
¿Quién es, dice, el que perdido
Auxilio buscando viene?
Un caballero cristiano
A quien persigue la suerte,
Repone el huesped — Si alivio
Un anciano daros puede

Que del pesar en la escuela
Ha aprendido á condolerse;
Entrad, señor, que á lo menos
Paz hallaréis en mi albergue,
Y quien serviros procure
Con voluntad obediente.
El cielo tantas bondades,
Responde el guerrero, premie,
Y saltando en tierra abraza
Al anciano estrechamente.
Puesto el bridon á recaudo,
Una escalera descienden,
Que á la estancia conducia
Donde el solitario duerme.
Allá en la bóveda oscura
Crugir se oye roncamente
La armadura de Gonzalo
Cuando sus plantas se mueven.
En el fondo de la estancia
Arde una luz tristemente,
Y á su reflejo sombrío
La cruz sagrada aparece.
Rústico asiento, labrado
Por sus manos toscamente,
A Gonzalo el cenobita
Para descansar ofrece.

Deja el escudo y la lanza,
Y siéntase, y hondamente
Suspirando, así dá rienda
Al martirio que padece.
¡Feliz, venerable anciano,
Quien de los hombres aleves
Huyendo, en la soledad
Goza tranquilos placeres!
Y no como el desdichado
Que no halla quien le consuele,
Y gravemente ofendido
Su triste vida aborrece.
Al decir esto suspira,
Y alto silencio sucede,
Como el que reina en la tierra
Antes que la nube truene.
Así mi pecho agitado,
Le replica el penitente,
Fue un tiempo víctima triste
De las pasiones cruëles.
Mas pronto desengañado
De venturas aparentes,
Que cual sirenas halagan,
Y con su encanto nos pierden;
Busqué en estas soledades
El puro y almo deleite,

Que otorga el cielo á quien huye
De los mundanales bienes.
Pero desahogad conmigo,
Señor, el pecho doliente,
Si el mal que le martiriza
Este anciano saber puede.
Amor, responde Gonzalo,
Me atormenta de esta suerte,
Y el mal ha llegado á punto,
Que ya remedio no tiene.
Una pérfida muger
Que amarme juró por siempre,
En la ausencia me ha vendido
Por otro, y ya me aborrece.
Pero no de esta ventura
Gozar largo tiempo espere
Mi odioso rival; que pronto
Se la robará la muerte.
Con esa lanza.... ¿Es posible,
Repone con alma ardiente
El anciano, que oprimida
La pátria por los infieles,
Un caballero cristiano
Así dominar se deje
De una pasion vergonzosa
Que le amengua y envilece?

Por la cruz que al pecho lleva
El caballero promete
Así que raye la aurora
Partir á Jaen la fuerte;
Donde el Santo Rey Fernando
Preparando está sus huestes,
Para marchar á Sevilla,
A coger nuevos laureles.

III.

LA NIÑEZ.

Por el sonrosado oriente
Sale la aurora risueña,
Y su esplendor apacible
A los vivientes alegra.
Tú así en el mundo apareces,
Niñez inocente y tierna:
Los amores te acarician,
Las gracias siguen tus huellas.
En tu pecho bondadoso
No lidian pasiones fieras,
Ni la destructora espada
Empuña tu debil diestra.
Horror te escitan las armas;

La gloria á la lid os llama:
Vuestro hierro se ensangriente
En los árabes tiranos,
Y no en cristianos ginetes.
¿A la fé del Salvador
Que ultrages tantos padece,
Preferiréis el encanto
De una belleza que leve
Como el viento, ya dispensa
Favor, ya injustos desdenes?
Olvidadla; que no es digna
Doncella que así procede,
Del amor de un caballero
Que prez honrosa merece.
No envidieis á ese enemigo
Una ventura aparente;
Que de igual alevosía
Él será víctima en breve.
Dijo; y cual lluvia copiosa
Que oportuna al campo viene,
Cuando asolador incendio
Corre del bosque á las mieses;
Así templa el solitario
Con su razonar prudente
El volcan de amor y zelos
Que en el triste pecho hierve.

Y si el cañon ronco truena,
Al seno que te dió vida
Llorosa y pálida vuelas.
La paz tan solo y los juegos
Te cautivan y embelesan,
Y no del oro ú del mando
La sed ansiosa te aqueja.
¡Dichosa edad! ¡Cómo envidio,
Cuando el pesar me atormenta,
Al infante candoroso
Que en el campo se recrea!
¡Cuál corre en pos de un gilguero!
¡Cuál se afana! ¡Qué de vueltas
En vano dá! La avecilla
Burlándose de él, inquieta
Aquí alza el vuelo, allá posa,
Ora á la mano se acerca,
Ya la esquiva, y ya cansada,
Trinando de allí se aleja.
A la inquieta mariposa
Ora en una flor acecha,
Y con silenciosa planta
A par de sus alas llega.
La mano tímido tiende,
Y al coger la ansiada presa,
Huye á otra flor, y él suspenso

Contemplándola se queda.
Su candor embelesada
La amorosa madre observa,
Le llama, y con dulces besos
El engaño recompensa.
Despues para entretenerle
El íris bello le muestra,
Que del cielo arrebolado
Se lanza á la fértil vega.
¡O cuál le admira y suspende
El arco inmenso! A la tierra
Asido le crée, y tocarle
Impaciente ya desea;
Mas luego se desvanece,
Y la ilusion placentera
Cual sombra rápida pasa,
Y apenas gozarse deja.
Tales son, niño inocente,
Todas las venturas nuestras,
Mudables como la luna,
Como el viento pasageras.
¡Triste de tí si algun dia,
Dejando las que ahora anhelas
Otras buscas, que engañosas
Traen la amargura encubierta!
Cual tú cándido otro tiempo

Tambien yo fuí: la pradera
Mil recreos deleitosos
Ofrecia á mi inocencia.
Al retozon corderillo
Ya acariciaba mi diestra,
Y otras veces competia
Con él en veloz carrera.
Ora del espeso bosque
En la intrincada maleza,
Buscando el oculto nido,
Pasaba la ardiente siesta:
Ya el trompo en rápidos giros
Con la resonante cuerda
Correr hacia, ostentando
Mi agilidad y destreza.
Tal vez embebido alzaba
Mi vista á la esfera inmensa,
Y volar junto á las nubes
Via al águila altanera.
Todo era nuevo á mis ojos:
Mas claro el sol, y mas bella
El alba me parecía,
Y mas pomposa la selva.
Crecí, y amor.... Pero basta:
Saber no debes mis penas;
Que tú de amores no entiendes,

Ni los zelos te interesan.
Mas ya la oficiosa madre
Siguiendo á su dulce prenda,
Con gozo inefable torna
A la pacífica aldea.
Allí junto al corvo arado
Su fiel consorte la espera,
Y en su pecho una y mil veces
Al hijo adorado estrechan.
Sigue á las tiernas caricias
La frugal y limpia cena,
Que con sencillo gracejo
El niño parlero alegra.
Luego al sabroso descanso
Este, rendido, se entrega,
Y en sueños al campo vuelve,
Y de nuevo se deleita.

IV.

LA JUVENTUD.

Lozana, inquieta y fogosa
Vuela atropellando riesgos,
La juventud tras el logro
De sus vehementes deseos.

Asaltan al ciego amante,
Y martirizan su pecho.
De una mirada inocente,
De un urbano acatamiento,
Forma la ilusion un crímen,
Y finge un rival molesto.
A Dios entonces ternura,
Felicidad y sosiego,
Y coloquios deliciosos,
Y músicas y festejos.
Todo es pena, todo rabia:
El amador macilento
Y trémulo se presenta
Al ídolo de su afecto.
No es ya un esclavo rendido,
Sino un tirano violento,
Que ni aun conoce las leyes
Del decoroso respeto.
Ella defiende angustiada
Su virtud, y juramento
Hace de olvidar á un hombre
Tan osado y altanero.
¡Vano propósito! En breve
Desengañado y mas cuerdo,
Perdon la pide el amante,
Y aviva de amor el fuego.

Así la orilla del Betis
Potro indómito y soberbio
Corre, y á su lado el rio
Humilde parece y lento.
Lanza amor su ardiente flecha
Contra el incauto mancebo,
Que piensa encontrar la dicha
Donde le aguarda el tormento.
Por sus centellantes ojos
Asoma el rápido fuego
Que le devora, y abrasa
Al idolatrado objeto.
Cuando cubierto de sombras
Yace el orbe en grato sueño,
Él silencioso las puertas
Abre del hogar paterno.
Corre alegre á la morada
De su bien, y en dulce acento
Exhala sentidas quejas,
Y promete amor eterno.
Desde la reja le escucha
Su amada, y le dá consuelo;
Y hasta que brilla la aurora
No cesa el coloquio tierno.
¡Ah! si durára esta dicha!
Mas no, que en breve los zelos

Así la pasion agita
En desórden turbulento
Al jóven que en su delirio
De la razon rompe el freno.
Otro, ambicioso de fama,
Abandona el patrio suelo,
Y surca el mar proceloso
En busca de un mundo nuevo.
Allí sagaz escudriña
De la tierra el hondo seno,
Y quiere á naturaleza
Arrebatar sus secretos.
En la mina tortuösa
Ya observa el metal funesto
Que la insaciable codicia
Está ansiosa recogiendo;
Ya de allí sale, y osado
Trepa el monte, y ve sereno
En sus entrañas ardientes
Hervir el volcan tremendo.
Tal vez en la fria noche
Pone su salud á riesgo,
Observando de los astros
El reglado movimiento:
Tal vez con prolijo estudio,
Campo y bosques recorriendo,

Estrañas plantas acopia,
Descubre vivientes nuevos;
Y de estos bienes cargado
Vuelve envanecido al puerto.
Al son de la marcial trompa
Se inflama el otro, que ciego
En pos de la gloria marcha
Con intrépido denuedo.
Ya á los tronantes cañones
Pone el acerado pecho;
Ya esgrime la ardiente espada,
Y víctimas caen sin cuento.
El fiero alazan que monta,
Arrojado como el dueño,
Huella con herrado casco
Armas, banderas y muertos.
Ora mas terrible suena
De la batalla el estruendo,
Y al claro sol oscurece
La nube del humo denso....
¡Victoria, Victoria! Dadme
Laurel que ciña al guerrero
La sien polvorosa, suenen
En su loor gratos versos.
¿Volverá á su amada pátria?
¡Ay! no, que ya mas sangriento

Nuevas lides apetece,
Busca mas ricos trofeos.
A perecer, desdichado,
Corres, de tu madre lejos,
Que detesta acongojada
Tu temerario ardimiento.
¡Cuán otros son tus placeres,
Jóven pacífico y tierno,
Que á las placenteras musas
Dedicas el fugaz tiempo.
¡Con qué espresion enamoras!
¡Cuán puro y noble es tu afecto!
Y si en retratar te empleas
El bellísimo universo,
¡Con qué viveza se imprimen
En mi mente los objetos!
La corriente cristalina
Oigo del manso arroyuelo,
Y allá entre las verdes ramas
Del céfiro el blando aliento.
Si de Abril pintas la noche,
Serena y cándida veo
La luna, que el ancho espacio
Va solitaria corriendo.
Entonces el orbe yace
En adormído silencio;

Y esta paz y este reposo
Yo embelesado contemplo.
¡Gloria á tu lira! Por siempre
Resuenen sus dulces ecos,
Y en buen hora á otros inflame
Del cañon el ronco trueno.

V.

LA VEJEZ.

Salud, venerable anciano,
Benigno el cielo te guarde
Para enseñar con tu ejemplo
La virtud á los mortales.
Al borrascoso tumulto
De pasiones inconstantes
Ha sucedido en tu pecho
La bonanza inalterable.
Sereno el alba te encuentra
Cuando á despertarte sale,
Sereno te ve la noche,
Que amedrenta á los culpables.
Tú del deleite engañoso
No gustas el fatal cáliz;
Ni el error ya te seduce

Con ilusiones falaces.
Para tí el dorado alcázar
Es triste y penosa cárcel;
Y esclavos de la fortuna
Los orgullosos magnates.
Mientras ellos de sus vicios
Y su pompa hacen alarde,
El anciano bondadoso
Al campo tranquilo sale.
En su nevado cabello
Juega el céfiro suäve,
Regalándole de paso
Con mil aromas fragantes.
Entonces de nueva vida
Siente su pecho animarse,
Y en éxtasis delicioso
Contempla el orbe admirable.
¡Qué de escenas lisongeras
Le ofrece el tendido valle
Cuando el sol desde occidente
Dora los montes y sauces!
¡Cómo recrean su oido
Los dulcísimos cantares
Del ruiseñor que á su amada
Llama al amoroso enlace!
«¡Dichoso retiro! exclama:

»Aquí está, aquí la inefable
»Virtud con reposo eterno
»Brindando al hombre inconstante.
»Aquí la verdad ofrece
»Sus tesoros celestiales,
»Que la envidia no emponzoña,
»Ni el tédio molestos hace.
»Do quiera gratos objetos
»Acuden á deleitarme;
»Ya vuelva al campo los ojos,
»Ya al firmamento los alce.
»Allá en el inmenso espacio
»Me embelesa el sol radiante,
»Cuando torrentes de fuego
»A los planetas reparte:
»Acá las doradas mieses
»Y el candoroso semblante
»Del labrador me recrean,
»Haciendo el retiro amable.
»¡Venturoso una y mil veces
»El que en estas soledades
»Los bienes goza del campo
»Libre de inquietos afanes!
»En su pecho no se abriga
»La ambicion loca, insaciable,
»Ni á turbar su quietud viene

» La trompa del fiero Marte.
» Liberal le ofrece el suelo
» Sustento abundoso y fácil,
» Las pieles caliente abrigo,
» Grata diversion las aves.
» Tal fue del hombre inocente
» En las primeras edades
» La vida, cuando aun el oro
» No compraba los pesares."
Así discurre el anciano,
Que con afan incansable
Allá en sus años floridos
Corrió tras bienes fugaces:
Engañóle la fortuna,
Juguete fué miserable
Del error, y el desengaño
Le ahuyentó de las ciudades.
El desengaño prudente,
Que sin mentidos disfraces,
Retrata cual es al mundo
Frívolo, falso y mudable.
Por eso cuerdo el anciano
Huye de la turba frágil,
Que tras vanas ilusiones
Corre incauta á despeñarse:
Por eso el retiro busca,

Y los campestres hogares,
Donde al insolente vicio
No ve rendir homenages;
Donde la aleve calumnia
Su hiel amarga no esparce,
Ni hollado por la injusticia
Gimiendo el mérito yace.
¡Dichosa edad, en que el hombre
Caminar sereno sabe
Al sepulcro, donde á un tiempo
Riquezas y honores caen!
Así cristalino arroyo
Cruza sosegado el valle,
Y muere en el hondo rio
Cerca de su verde márgen.

VI.

EL SEPULCRO DE ELISA.

Ya muere el dia: en ocaso
Una luz dudosa y breve
Lucha con las pardas sombras
Que por do quiera se estienden.
Reina el silencio en el campo,
Y apenas del aura leve

¡Qué breve, exclama, es la dicha!
¡Cuán deleznables los bienes
Que á los míseros mortales
El mundo engañoso ofrece!
Yo el mas feliz de los hombres
Fuí.... De tan dulces placeres
Solo me queda el recuerdo
Para mas entristecerme.
¡O muerte odiosa! ¿qué hiciste?
¿Por qué no esgrimes, aleve,
Tu guadaña, y á la tumba
Me arrojas dó Elisa duerme?
¡Mas ay! que tú siempre injusta,
Del infeliz desatiendes
Los ruegos, y á los dichosos
En tus venganzas prefieres.
¿Quién ¡ay! amará la vida?
¿Quién no ansiará su fin breve
Por huir de estos martirios
Que jamás alivio tienen?
Dijo; y apenas el eco
El último acento vuelve,
Cuando el pavoroso sitio
Se ilumina de repente.
Un bellísimo mancebo
Desde las nubes desciende

Al blando soplo las copas
De los árboles se mecen.
Por un valle solitario
Marcha Celio lentamente,
Hondos suspiros lanzando
A la mansion de la muerte,
Donde á la ominosa sombra
De arrayanes y cipreses
Yace su esposa adorada,
Cual flor que el arado hiere.
No tan preciosas cenizas
Guarda el mármol, ni aparece
Grabado de Elisa el nombre
Con dorados caractéres:
Un rústico monumento
Alzado en el blando césped,
A la virtud candorosa
Mejor que el mármol conviene.
Llega Celio; ante el sepulcro
Se arrodilla reverente,
Besa la fúnebre piedra,
Y tiernas lágrimas vierte.
Despues de largo silencio
En que á su turbada mente
La felicidad pasada
Se representa mil veces,

VII.

LA PRIMAVERA. (*)

Ya torna alegrando al mundo
La risueña Primavera,
Y reverdecen los campos,
Y viene el amor con ella.
De la luz el astro hermoso
Prolonga el dia en la tierra,
Y el brillante azul del cielo
No encubren las nubes densas.
Al arroyo cristalino
No enturbia horrible tormenta,
Y el céfiro las escarchas
Disuelve en fecunda vena.
Atravesando los mares
La golondrina parlera
Viene en busca de su nido,
Que el labrador la reserva.
Suenan los trinos suaves
De la amable Filomena,

(*) Este romance y el siguiente son traducciones del francés.

Volando, cual amorosa
Paloma que al nido vuelve.
Su faz noble y peregrina
Como un astro resplandece,
Y de las cándidas alas
Rayos de luz se desprenden.
En el sepulcro de Elisa
Para, y á Celio se vuelve,
Y con voz que dulce halaga,
Le consuela de esta suerte.
No así, mortal engañado,
Te angusties ni desesperes;
Que Elisa en el alto empíreo
Goza de inmortales bienes.
Imítala en sus virtudes,
Y con ella para siempre
Serás feliz. Esto dicho,
La vision desaparece.
Celio postrado dá gracias
Al cielo que le protege,
Y á la virtud entregarse
Con pecho firme resuelve.
Cubre de flores la tumba,
Y suspira tiernamente,
Y absorto en dulces memorias
A su hogar desierto vuelve.

Que despues el crudo invierno
Vendrá á dominar la tierra,
Y en breve tambien la muerte
Trocará en luto las fiestas.

VIII.

EL INVIERNO.

Ya el aquilon tormentoso
Vuelve á entristecer el orbe,
Y marchito yace el campo
Sin verdor que le colore.
Todo perece: en el valle
Correr cual antes no se oye
El arroyuelo, y de nieblas
Se cubre el ancho horizonte.
La escarcha oprime de nuevo
El álamo ya deforme,
Que ornato fué de la selva
En la estacion de las flores.
Precursoras del invierno
Las avecillas veloces
Se lamentan en el aire
Con desapacibles sones,
Y en busca de otros paises

Y eco fugaz los repite
En los montes y las selvas.
En las trasparentes olas
El plateado cisne juega,
Dobla el cuello, á erguirle vuelve,
Se sumerge, la cabeza
Vuelve á sacar, y prendado
De su gracia y su belleza,
Con agilidad y brio
Por el estanque navega.
¡Qué gozo dó quier se siente!
¡Qué alegría en las aldeas!
El cefirillo acaricia
Y mece la blanda yerba,
Dó saltan los corderillos
Con graciosa ligereza.
Mas ya el caramíllo escucho,
Y zagales y doncellas
Veo danzar á la sombra
De un olmo; y allá en la vega
Otros á par de un arroyo
Decirse finas ternezas.
Dejad, amigos, el lecho,
Y al campo venid á priesa
A gozar de los placeres
Que ofrece la Primavera;

Con ala rápida corren.
Dejémoslas que se acojan
A otros campos y otros montes,
Mientras nosotros tranquilos,
Y resguardados del norte
A par del fuego, nos damos
A gratas meditaciones.
A par del fuego deliran,
É inspirados se suponen,
Y luego mónstruos abortan
Mil insípidos autores;
Pero tambien junto al fuego
En la silenciosa noche
Produce el sábio un escrito
Que le dá inmortal renombre.
En aquella antigua quinta
Situada en un cerro, donde
En torno al hogar se juntan
Los sencillos labradores;
El mas anciano les cuenta
Con rústicas espresiones
De un zagal y una serrana
Las travesuras y amores.
El uno alegre sonrie,
Otro dormita; quien oye
Extático el cuento, y quiere

Que hasta el alba se prolongue.
Tal vez refiere el anciano
Con voz que grima les pone,
El cuento de unos bandidos
O de un alma en pena. Entonces
Todos se apiñan creyendo
Que el pálido espectro, enorme,
Alzándose de la tumba
Por detrás viene y los coge.
Allá en la humilde cabaña,
Junto al hogar limpio y pobre,
La madre con sus hijuelos
Rie libre de temores.
Su esposo desde la aurora
Está en el cercano bosque
Clavando en la añosa encina
Mil veces del hacha el corte.
Cae el árbol, y su frente
Que arrostró del rayo el golpe,
Ahora presa de las llamas
Calentará á los pastores.
¡Arbol pomposo! Ya nunca
Será que tu sombra gocen,
Ni el sábio que en paz venia
A meditar sus lecciones,
Ni las aves que en tus ramas

ELEGIAS.

I.

A la muerte de la Excma. Sra. Duquesa de Frias.

Salud, campo sombrío;
Morada del silencio y de la muerte,
Salud; en tu recinto pavoroso
La pena exhalaré del pecho mio.
La soledad, el fúnebre reposo
De estas calladas tumbas, la tristura
Del erguido ciprés, el negro manto
Que la medrosa noche al aire tiende,
Caros objetos son á mi quebranto.
Cual triste meteóro aquí desciende,
Sombra de Osián, y el arpa que tañías
Cuando en aciagos dias
Cantabas de tu Oscár la desventura,
Y la temprana muerte de Malvina,
Suene mas triste, y en el mármol hueco
De los sepulcros frios,
El canto del dolor repita el eco.

Trinaban dulces y acordes.
Cuando grata primavera
A alegrar el mundo torne
Y á regenerar los campos,
Ornada la sien de flores,
No verás á la zagala
Que en amorosas prisiones,
Gozando tu fresca sombra,
Aguardaba á su consorte.
Tu destino semejante
Es, árbol triste, al del hombre,
Que cuando se crée seguro,
Y firme, cual tú en el monte;
Corta su vida la Parca,
Disipa sus ilusiones,
Y le convierte en cenizas
Como el fuego al duro roble.

¿Qué valen, ¡ay! la gracia peregrina,
La discrecion, el halagüeño encanto
De una beldad contra la parca fiera?
Ella su brazo destructor levanta,
Y la belleza cae cual tierna planta
Que destroza en la quinta placentera
El sañudo huracan. Así lozana
Cayó la dulce esposa
Del noble prócer, mi bondoso amigo,
Ayer ornato de la Corte hispana,
Y hoy triste polvo. En horfandad llorosa
Del conyugal amor la cara prenda
Corre del padre al seno atormentado,
Y con él gime, y á su madre llama.
En vano aguardas que tu voz atienda,
Niña inocente: el cielo ha separado
Con abismo profundo
Tu ternura y su amor: no se halla senda
Que de la eternidad torne á este mundo.
¡Y nunca, nunca en el salon brillante
Do competir se ven tantas bellezas,
Descollará cual palma la elegante
La discreta Piedad! ¡Nunca en mi oido
Volverá á resonar aquel acento
Con que su lábio el pecho conmovia;
Ya derramando en tierno sentimiento

Bálsamo de consuelo al afligido;
Ya inspirando la paz y la alegría
Cuando en tono festivo razonaba,
Y bella se mostraba
Como la aurora al anunciar el dia!....
Así la vió brillar maravillado
El Betis en su plácida ribera,
Y luego el mar que las murallas baña
De la ciudad de Alcides,
Cuando la noble España
Juró no recibir ley estrangera,
Y opuso el pecho á las sangrientas lides.
Fué entonces de su esposo
Angel consolador, fué compañera
Impávida en el trance peligroso
Cuando el cañon tronaba,
Y junto al puro lecho de himeneo
La estrepitosa bomba reventaba.
Tras el carro triunfal de la victoria
La vió despues llegar el Manzanares,
Ufana con la gloria
Del esposo feliz, que recobrando
Los perdídos hogares,
Su amor cantaba, y sin igual ventura
Con dulce lira y con acento blando.
Ecos son hoy de duelo y amargura

Insensible á gemidos y dolores.
Ella guarda tambien la prenda mia,
El fruto de mi amor. No hay esperanza,
No hay compasion aquí.—Ni yo la imploro:
Deja libre correr mi amargo lloro,
Deja que un aire impuro aquí respire;
Que al pie del mármol, en oscura noche,
Ante el pálido espectro que horroriza,
Yo solitario espire,
Y que en la misma tumba sepultado
Donde yace mi bien, su pecho al mio
Se junte, y su ceniza á mi ceniza.
— Si en ciego desvarío
Corre el triste mortal arrebatado
De una pasion insana,
Cual leve arista por el raudo viento,
¿Qué vale la razon? Justo es, amigo,
Sentir, llorar: la gracia sobrehumana,
Y la tierna bondad guarda esa tumba;
¿Mas será tan acerbo el sentimiento
Que tu pecho magnánimo sucumba?
¡Ay! sin tí, ¿qué sería
De esa inocente que el consuelo espera
De su padre no mas? Torna á sus brazos;
Dejémos esta lúgubre morada
Donde tu lastimera

Los que fueron de amor. Roto en el suelo
Yace el laúd sonoro:
Y en la estancia ducal ayer henchida
De placer inefable,
Y ya cubierta de enlutado velo,
Nunca se oirán pulsar las cuerdas de oro.
Mas ya por el desierto inmensurable
Del éter azulado
Guía la blanda luna silenciosa
El carro nacarado:
Con su pálida luz bañarse veo
El grande mausoléo
Donde por siempre la beldad reposa.
¿Es ilusion, ó inmóvil contemplando
El sarcófago triste allí aparece
Solitario un mortal? Hondo gemido
Se exhala de su pecho y me estremece.
De esposa el nombre tierno
Pronuncia con acento dolorido....
Él es: ¡qué de amargura
La viudez ha vertido en aquel pecho
Donde antes se albergaba la ventura!
¿Consolarle podré?.... ¡Mísero amigo!
¿A qué en este lugar de olvido eterno,
De eterna desunion buscar amores?
Todo lo devoró la tumba fria,

Voz se pierde en el seno de la nada.
Un vale sempiterno
Dí á tu querida esposa, y en ferviente
Plegaria que hasta el trono del Eterno
Lleve la Religion con lengua pura,
Pide que en lazo de inmortal ventura
Os estreche á los dos eternamente.

II.

EL SUICIDIO.

Ya con ceñuda frente
En el nebloso Támesis reinaba
El invierno inclemente.
El turbulento mar ronco bramaba,
La tormenta anunciando,
Y á la flotante nave amenazando:
La nave que opulenta
Del Ganges remotísimo volvia
A saciar de Damon la sed del oro
En que su pecho codicioso ardia;
Mas vano es su esperar, que ya violento
El vendaval asalta al frágil pino,
Y le estrella en la playa peñascosa,
Y gentes y tesoro

Húndense en espumoso remolino.
Subido en la atalaya descollante,
Pálido y azorado,
Ve su barco Damon ya zozobrante.....
Ve su fin desastrado;
Y cual de inculto bosque en la espesura
El rápido huracan brama deshecho,
Así el mísero exhala de su pecho
El hirviente furor, y su fortuna
Frenético maldice una vez y otra,
Y vuelve á maldecir en ronco acento;
Hasta que al fin cansado
De repetir al aire vanas quejas,
A su mansion camina despechado.
Allí su casta esposa,
Dechado de virtud y tierno afecto,
Le espera cuidadosa
En ademan doliente suspirando,
Y al ver de su Damon el fiero aspecto,
Y los airados ojos centellando,
Tierno llanto derrama,
Y de su mal la causa le pregunta.
Él con trémula voz, ¿no viste, exclama,
El mar sañudo hincharse,
Rugir, abrirse luego, y mi navío,
Y mi dicha con él y mi esperanza

En sus hondas entrañas sepultarse?
« ¿Y tu dicha con él y tu esperanza,
» Repite la infeliz, y el amor mio
» Aun á darte consuelo ya no alcanza?
» ¡Ay! cuan otro Damon era aquel dia
» En que eterno cariño me juraba
» Al enlazar su mano con la mia,
» Entonces no alentaba
» Su pecho el interés: dichoso entonces
» Conmigo y apacible,
» Placer solo y amor era su vida.
» Mas luego que á surcar el golfo horrible
» Tras el oro lejano
» Le enseñó por mi mal un falso amigo,
» Fué al amor la riqueza preferida,
» Al gozo la inquietud; y en vano, en vano
» Con ruego cariñoso
» Quise atajar la rápida violencia
» De una servil pasion que me robaba
» El corazon amante de un esposo.
» Ella venció por fin.... ¿Y la opulencia
» Anhelada lograste
» En cambio del amor que abandonaste?
» ¡Ay! vuelve á la razon, vuelve al cariño
» Que brindándote están con mejor suerte.
» La granja deleitosa

» Y los fértiles campos que en su muerte
» Dejó mi padre amado,
» Te volverán la calma venturosa
» Que la instable fortuna te ha llevado.
» Allí de la feraz naturaleza
» Los dones cogerémos,
» Y en rústica llaneza
» Felices y envidiados vivirémos."
Cual suele en una noche tenebrosa
Brillante aparecer la blanca luna
Saliendo de una nube tempestosa,
Luego en otra esconderse,
Y en mas densa tiniebla oscurecerse;
Así en tanto que suena
De la afligida esposa el tierno acento,
Rie la paz serena,
Y templa del avaro la fiereza.
Mas vuélvele á aquejar el pensamiento
De su fatal riqueza
Con doblado furor, y le domina,
Y solo á muerte y destruccion le inclina.
No mas, no mas consuelo: arrebatado
El bárbaro consorte
Deja á su compañera y sus hogares,
Y de hierro mortal el brazo armado,
Lleva á un bosque vecino sus pesares.
*

¡Ay!, detente, crüel, mira á tu esposa;
Mírala congojosa
Tu ausencia lamentar: vuelve, ¡infelice!...
¿Se engaña mi deseo,
O en medio de la selva ya le veo
Su planta detener sobresaltado
Al ruido estrepitoso del torrente,
Que arrebatadamente
Cae de aquel alto monte despeñado?
Héle inmóvil y yerto y silencioso
Su estado contemplar: ora le espanta
Con su abismo insondable
La augusta eternidad; ora angustioso
A la posteridad lleva su mente,
Y allí ve á la justicia inexorable
Su memoria infamando,
Y horribles maldiciones
En su tumba desierta pronunciando.
Mas luego en contrapuesta alternativa
Las gratas ilusiones
Del placentero amor se le presentan,
Y su ánimo enternecen abatido.
¡Ay! cuál luchan con él y le atormentan
Encontradas pasiones!
Ya empieza con acento dolorido
Su martirio á exhalar.... Acude, vuela,

Esposa desdichada,
Arrójate á sus brazos desalada,
Y blanda y amorosa le consuela.
Mas ¡ay! en vano; que el feroz despecho
Ya le asalta otra vez y le enagena,
Y no hay consuelo á tan amarga pena....
¿Qué escucho? ¡El mortal golpe! ¡Justo cielo!
Damon yace en la tierra ensangrentado,
Y á su inocente esposa ha sepultado
En eterna viudez y desconsuelo.

III.

LA SOMBRA DE WOLSÉO:

traduccion libre del inglés.

Era el Otoño: solitario y triste,
Una áspera maleza atravesaba,
Lejos de mi mansion; mientras del cielo
La noche en lento giro descendia.
Suena la tempestad: la escucho absorto,
Y miro al occidente, y de improviso
La escasa luz que me alumbraba muere.
Ni un compañero fiel mis pasos guia,
Ni me presta benigno algun planeta

Su dulce resplandor: aun á mis ojos
Niega su luz la solitaria choza
Donde el afan reposa adormecido.
Grato me fuera allí de la campana
El lúgubre tañir que muerte anuncia,
Grato del can el penetrante aullido.
Mas ¡ay! todo pavor, silencio todo
Era en torno de mí: solo del trueno
El terrible estallido se escuchaba.
Cerca ya de la márgen tortüosa
Me hallaba del Orwel, donde el altivo
Wolséo respiró la vez primera,
Cuando un vivo esplendor rápidamente
Lanza las sombras: al horror sucede
Alegre claridad; y dulce calma
Al ruido de los vientos sonorosos.
Un respetable anciano se aparece
Con noble magestad: bella escarlata
Ciñe su blanca sien augustamente,
Y desplegando al aire un rico manto
De púrpura lustrosa tiñe el suelo.
«¿Dónde, ó mortal, me dijo, te encaminas
»Solo y perdido en tenebrosa noche?
»¿Mueve acaso tu planta fatigada
»Sed de riqueza ó de ensalzado mando?
»Declara tu deseo, y el camino

»Fácil te mostraré; que yo otro tiempo
»Hollé la senda del poder glorioso,
»Gocé de la ambicion el alto premio;
»Y de aquella arboleda el fresco toldo
»Troqué por el dosel de los monarcas.
»Mas no solo en mi bien supe elevarme,
»Tambien hice que ardiera en noble orgullo
»El rústico arador: tambien osado
»Al pastor arranqué de su cabaña
»Para dar leyes y guardar el trono.
»Yo vi á mis pies rendidos los magnates,
»Pendientes de mi voz altos imperios:
»Mi palabra era ley, deber mi antojo,
»Mi sonrisa placer, muerte mi ceño."
¡Cuitado yo! respondo: no la gloria
Ni el oro ni el poder me descaminan
Por esta soledad: busco un amigo,
Un triste que de amores adolece,
Y en la tierna amistad halla consuelo.
Él ni ilustres honores darme puede
Ni aumento á mi heredad: un puro afecto
Me conduce á su hogar, y dejo el mio,
Que entre coposos olmos abrigado,
Lejos de este lugar, cercan dos montes.
Allí la fiera saña menosprecio
Del cierzo silvador: alegre Mayo

Sus árboles pomposos engalana,
Y en apacible sombra me adormece.
Cuando un sincero amigo de mi albergue
Pisa el herboso umbral, ¡ó cuál entonces
En gozosa cancion resuena el campo!
Mas al par que detesto la codicia,
En ansia de hacer bien arde mi pecho;
Y aunque grato no suene en mis oidos
El eco de la fama estrepitoso,
Su halagüeño murmullo me deleita.
Sé que á mi estado humilde los honores
Reservados no están, ni mi entereza
A vil adulacion puede abatirse;
Mas si aumentar mis tierras y ganado
Pluguiese á un potentado generoso,
¡Con cuánta gratitud le bendijera!
Respóndeme ahora tú, que te apareces
Cual ardiente cometa desdeñando
La suerte de un zagal, si yo á la gloria
Aspiro y al poder, ¿mas escabrosa
La senda no será que á ellos me guie?
¿No gemiré agoviado con el peso
De la injusta maldad? ¿Dolosamente
No habré de encarecer al que desprecio,
Y al amigo infamar? ¿Ni mis acciones
Ha de acechar la falsedad traidora,

O la envidia crüel para perderme?
Si paso al fin entre copiosa turba
La puerta del favor para acercarme
Del sublime poder al gran teätro,
¿Fuera no ha de quedar desconocida
La incorrupta verdad que me acompaña?
Y cuando la fortuna en su reflujo
Instable me abandone, sin dejarme
Un amigo leäl para consuelo,
¿No he de llorar por que perdí mi albergue,
De los frondosos olmos abrigado?
¡Ay! si á costa de infamia y sinsabores
Se compra ese poder, no me detengas:
Permíteme gozar con un amigo
De la virtud el celestial deleite.
Turbada la vision clavó sus ojos
Tristemente en la tierra; y suspirando,
Como sombra fugaz desvanecióse.

EL MESIAS.

CANTATA, IMITANDO A METASTASIO.

Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo.

VIRGIL.

Era la noche en que nacer debia
El Salvador del mundo;
¡Noche de gloria y parabien! Gozoso
Preparábase el cielo
A celebrar misterio tan profundo,
Mientras la tierra lóbrega yacía
En lánguido reposo.
Súbito brilla la celeste esfera,
Y la luz esplendente
Del Jordan en las aguas reverbera;
Inclina el alto Líbano su frente,
Y la florida cima del Carmelo
Suavísima fragancia
Exhala cual jamás. Pulsa entretanto
En dulce consonancia
La turba angelical las arpas de oro:

Oid, oid; que el delicioso canto
Empieza ya del resonante coro.

Gloria, gloria al ansiado Mesías
Que aparece cual astro radiante:
Tiemble, tiemble el tirano arrogante
Que lanzó á la virtud del Eden.
Ya cesaron, mortales, los dias
De tinieblas, de afan y amargura:
Paz os lleva y eterna ventura
El cordero que nace en Belén.

Oyen el dulce canto los pastores
De la comarca de Belén; y al cielo,
Que sobre ellos derrama sus favores,
Piden que el fortunado
Sitio les muestre dó nació el Mesías.
De augusta pompa y resplandor cercado,
El mensagero celestial desciende
En nube nacarada
De purpúreos matices adornada,
Que cual rayo veloz el aire hiende.
Cercano ya á la tierra el paraninfo
Suspende de la nube el raudo vuelo,
Y con sonora voz, cual los vivientes
Oir nunca lograron en el suelo,
Dice así á los pastores inocentes:

«Paz, ó mortales: del Eterno el Hijo,
»El Rey de Reyes en humilde cuna
»Por vuestra causa llora:
»Allá en aquel albergue solitario,
»Que resplandece cual la blanca aurora,
»Le hallaréis reclinado
»En miserables pajas: adoradle;
»Que á vosotros es dado
»Este favor, de la inocencia en premio,
»Antes que á otros humanos. Del oriente
»Luego reyes vendrán, y ante el Mesías
»Inclinarán su frente,
»Presentando obsequiosos
»Aromas olorosos,
»Y oro del rico Ofir. Ved ya cumplido
»Lo que vuestros mayores anhelaron,
»Y lo que en misteriosas profecías
»Los sacros cisnes del Jordan cantaron.
»¡Qué benéficas obras, qué portentos
»Jerusalen verá! Luz repentina
»Disipará del ciego vacilante
»La tiniebla horrorosa:
»Los que en el lecho del dolor postrados
»Aguardan de su vida congojosa
»El postrimer instante,
»Del lecho saltarán alborozados;

»Y el que con voz naciendo aprisionada
»Demandar el sustento no podia,
»Cantará en este dia
»Las alabanzas de Jehová. La guerra
»Bramará entre cadenas aherrojada,
»Y paz no perturbada,
»Y alegres dias gozará la tierra."
Dijo, y voló al empíreo, y el sonoro
Canto se oyó otra vez del alto coro.

El orbe agradecido
Adore al sol naciente,
Que lanza de la mente
Las sombras del error.
Del hombre desvalido,
Y esclavo de la pena,
Hoy rompe la cadena
El sacro Redentor.

En celestial amor enardecidos
Los cándidos pastores
Al solitario albergue se encaminan.
Vedlos ¡qué enternecidos
Ante el pesebre incómodo se inclinan,
Donde yace humillado
El Rey del universo! ¡O Dios! ¡qué escena
De ternura y amor! La Vírgen madre

Extática y llorosa
Adora al Hijo, y trémulo y pasmado
José imita el ejemplo de su esposa.
De tiernos recentales pura ofrenda
Presentan á la madre conmovida
Los zagales sencillos,
Y cantan en seguida
Al grato son de dulces caramillos.

Coro de pastores.

Celebrémos el dia glorioso
En que baja del cielo la paz,
Y el Mesías nos brinda amoroso
De la eterna ventura á gozar.

Un pastor solo.

Cual huye velozmente
La niebla tenebrosa,
Al punto que en oriente
Risueño brilla el sol:
  Así la pena odiosa
Del alma desparece,
Al ver que resplandece
La luz del Salvador.

Otro pastor.

Jamás se vió en el cielo
Tan plácida y tan bella
Lucir la blanca estrella
Que anuncia al rubio sol;
  Cual brilla, y dá consuelo
Al ánima angustiada
La Madre bienhadada
Del justo Salvador.

CORO.

Celebrémos el dia glorioso, etc.

¡O mil veces dichoso guerrero!
¡O feliz la que goza tu amor!
Solo el jóven que esgrime el acero
De una hermosa merece el favor.

En medio á un ancho y resonante coro
El cantor Timoteo descollaba,
Y su laud sonoro
Con dedos agilísimos pulsaba.
Sube al olimpo el vibrador sonido,
Dejando á quien le escucha
En celestial deleite embebecido.
Por Jove empieza el remontado canto,
Por Jove que abandona
Su trono sacrosanto,
Y en dragon convirtiéndose tremendo,
Marcha rápidamente.
Orbes forma vistosos impeliendo
El escamoso cuerpo reluciente;
Y se acerca rendido á Olimpia bella,
Y un Dios, imágen suya, imprime en ella:
El concurso admirado
Al escuchar el canto arrebatado,
Aquí está la deidad, clama aplaudiendo:
La bóveda retumba, el eco en ella
Repite «la deidad" en ronco estruendo.

EL FESTIN DE ALEJANDRO,

Ó EL PODER DE LA MÚSICA.

ODA

para cantarse en el dia de Santa Cecilia, compuesta por el célebre Dryden, y traducida del inglés.

En festin ostentoso
De Persia la conquista celebraba
El hijo de Filipo victorioso.
De augusta pompa y magestad cercado,
En el sólio encumbrado
El orgulloso vencedor se alzaba.
Sus invictivos caudillos
Le cercan reverentes,
Coronada la sien de mirto y rosas,
Cual deben coronarse los valientes.
Al lado está del rey su Tais querida,
Digno asiento ocupando,
Cual esposa oriental enriquecida
De beldad sobrehumana,
Su juventud lozana,
Sus halagüeñas gracias ostentando.

El héroe complacido
Lo escucha, y engreïdo
Un Dios allá en el sólio
Intenta parecer.
Cual Jove omnipotente
Movió su altiva frente,
Creyendo en su delirio
La esfera estremecer.
Luego el músico entona suavemente
De Baco la cancion, del dulce Baco
Siempre bello y ardiente.
Resuenen los clarines y atambores,
Que ya llega triunfante
El placentero Dios: vedle risueño,
Y en purpúreos colores
Encendido su cándido semblante.
Dad á las flautas
Suäve aliento,
Que ya contento
Se acerca el Dios.
Baco alegre, Baco hermoso,
De placeres inventor,
El soldado halla gozoso
Un tesoro en tu licor.
Rico tesoro,
Dulce sabor,

El néctar de oro
Templa el dolor.
Con el canto de Baco lisonjero
Se engrie el Macedon, y allá en su idea
Denodado pelea,
Las pasadas batallas renovando.
Al enemigo fiero
Tres veces desbarata en su porfia,
Tres al que muerte dió la muerte envia.
Ve el pecho del monarca Timoteo
En furor encenderse,
Su faz enrojecerse,
Sus ojos centellar: le ve insolente
Al cielo y á la tierra provocando,
Y su orgullo demente
Va con arte imperiosa refrenando.
En la afectuosa lira
Hace sonar un tono lastimero
Que llanto solo y compasion inspira,
Y canta al generoso, al gran Darío
Por el fatal destino derribado
De su alto poderío;
Para siempre ¡infelice! derribado,
Y en su sangre bañado:
Los mismos que algun dia
De mercedes colmó, ya le abandonan:

En su angustiosa pena
No halla de la piedad el dulce abrigo,
Y muere el triste en la desierta arena,
Sin que cierre sus ojos un amigo.
Ya triste y abatido
Contempla el soberano
Cuán varia del humano
La suerte viene á ser.
Su pecho enternecido
Suspira en tal quebranto:
Sus ojos tierno llanto
Empiezan á verter.
Luego el músico diestro sonriëndo
Llama al travieso amor, y al punto llega;
Que la piedad, el pecho enterneciendo,
Blando al amor y dócil se le entrega.
A los números lidios dulcemente
Ajusta su cantar, y el alma inclina
De Alejandro al placer: la guerra, dice,
Es confusion y ruina,
Vana pompa el honor, nunca saciado,
Siempre en nuevas conquistas empeñado,
Siempre matando, y destruyendo siempre.
Ya que al mundo rendir triunfante quieres,
Tambien el mundo en el reposo es grato,
Goza, goza tambien de sus placeres.

El héroe rendido
Al dulce sonido,
Su llama amorosa
No puede ocultar.
Se vuelve á la hermosa,
La mira,
Suspira,
Y absorto al mirarla
Volvió á suspirar.
Por Baco y el amor al fin vencido,
El vencedor ilustre se enardece,
Y de Tais en los brazos se adormece.
Pulsa otra vez la lira Timoteo,
Y mas bronco es el son y mas ruidoso:
Del sueño perezoso
Que embarga al Macedon, rompe los lazos,
Y despierta azorado cual si oyera
En tempestad furiosa
Rasgarse y retumbar la ardiente esfera.
¿Le veis la frente alzar sobresaltado
Al eco aterrador del instrumento,
Y la vista tender maravillado
Por la estancia espaciosa,
Cual si en aquel momento
Se alzára de la tumba silenciosa?

Venganza, grita el músico, venganza.
Ved las horribles furias levantarse,
Sus encorvadas sierpes irritarse,
En el aire silvar, y de sus ojos
Abrasadas centellas dispararse:
¡Mirad cuántos espectros aparecen
Con hachas encendidas!
Sombras de griegos son que en la batalla
Perdieron ¡ay! sus vidas,
Y en la arena sangrienta
Aun yacen insepultos y sin gloria:
Venganza, pues, venganza á tal afrenta.
Ved cual tienden sus brazos agitando
Las antorchas ardientes,
Con ellas señalando
Los palacios del Persa, y de sus dioses
Los templos refulgentes.
Con feroz alegría
Aplauden los invictos campëones;
El monarca se irrita,
Y á destruïr las pérsicas mansiones
Armado de una antorcha los incita.
La amante va serena
A par del Macedon,
Y á ejemplo de otra Helena

Abrasa otra Iliön (*).
Así en aquella era,
Antes que el viento hinchado
Al órgano solemne aliento diera,
Con la mágica lira Timoteo
Ya el pecho á los deleites arrastraba,
Ya en frenética rabia le inflamaba.
Vino por fin Cecilia,
De conciertos vocales inventora,
Y el ardor de su pecho religioso,
Y el celestial ingenio que atesora,
La esfera de la música ensancharon;
Y en arte misterioso
Mas graves sus acentos resonaron.
Ceda el lauro á Cecilia Timoteo,
O entre los dos al menos se divida;
Que si él logró hasta el cielo
Elevar á un mortal; ella dichosa
A un ángel hizo descender al suelo.

(*) Estos versos cierran el cuadro magnífico que presenta esta admirable composicion, y por consiguiente aquí deberia concluir; pero como era preciso decir algo de Santa Cecilia, para cuya festividad se compuso la oda, añadió Dryden los siguientes versos, que á juicio de los mejores críticos desdicen mucho de los demas. sin embargo yo, á fuer de fiel traductor, no me he atrevido á suprimirlos.

DUPONT RENDIDO.

ROMANCE HERÓICO (*).

Alienta, ó Pátria mia ; ya tu cuello
No agoviará la bárbara cadena
Con que el déspota fiero de las Galias
Postrarte quiso en servidumbre eterna.
A tí noble y constante patriotismo
Su gloria y libertad debe la Iberia:
Tú mi númen serás ; tú que no dictas
Canciones al tirano lisonjeras.
Las cítaras pulsad, hijos de Apolo,
Que el vencedor Castaños ya se acerca:
Dadme lauro inmortal con que sus sienes
En justo galardon ciña mi diestra:
Mientras allá en el sólio ensangrentado
El Corso usurpador llora su afrenta,
Y ardiendo en sed horrible de venganza
Víctimas pide á sus legiones fieras.
No mas, mónstruo, no mas: pasó aquel dia,
Dia de luto y maldicion eterna,

(*) Se publicó por primera vez en 1808.

En que Madrid sus hijos indefensos
Vió á la muerte llevar. ¡Perfidia horrenda,
Que con oprobio del francés cobarde
La fama llevará de lengua en lengua!
¿Oís los tristes ayes que aun exhalan
Las inocentes víctimas? Ya abiertas
Veo sus tumbas, y en fatal silencio
Mil pálidos espectros salir de ellas.
Salud, reposo eterno á vuestras almas,
Mártires de la pátria; mi terneza
En tributo os consagra aqueste llanto
Que de mis ojos corre en larga vena.
¿Pedís venganza? sí: venganza justa:
Vuestro ronco clamor al cielo llega,
Al cielo los gemidos dolorosos
Del desvalído huérfano, las quejas
De la indefensa viuda, y los suspiros
Que lanza España toda lastimera.
Venganza y exterminio del tirano:
El voto universal aqueste sea;
Y el águila rapaz póstrese humilde
Ante el leon rugiente de la Iberia.
Del Pirineo al Potosí remoto
Quiso altiva volar: síguela ciega
La ambicion del tirano, y de dos mundos
Árbitro omnipotente se contempla.

Pero no lo será; que ya glorioso
Del Bétis en las márgenes amenas
Se alza un libertador, un héroe invicto
Que humillará del mónstruo la soberbia.
Al arma grita, y el profundo rio
En sus sonoras ondas la voz lleva,
Y el eco del guerrero repetido
Ronco retumba en la fragosa sierra.
Copiosas huestes por dó quier acuden;
Ya la trompa marcial aguda suena;
Y el fogoso caballo inquieto y libre
La crin eriza, y á la lid se apresta.
Entretanto Dupont sube orgulloso
El alto monte con su vil caterva;
Y puesto allá en la cima: ved, les dice,
Las fértiles llanuras que os esperan.
Allí Córdoba está: sus grandes templos
Os ofrecen segura y rica presa.
Como el lobo traidor que hambriento sale
Del bosque umbrío, y con veloz carrera
Llega al redil donde le asalta y hiere
El vigilante can; así sangrientas
Las huestes de Dupont bajan al llano
Tras el oro fatal que tanto anhelan.
Mas tú al encuentro sales, tú el primero,
Valiente Echeverría, la pelea

Trabas, hieres, y tiemblan á tu vista
Los vencedores de Austerlitz y Jena.
Pero en su muchedumbre confiados
Ánimo cobran, y el combate empeñan
Con frenético ardor: truena espantoso
El ardiente cañon: el suelo tiembla,
Y en copioso raudal sangre enemiga
Corre á vengar la derramada nuestra.
Pero no en aquel dia la venganza
Completa fue: con desiguales fuerzas
Lidiaba el español; que de otro modo
Los enemigos todos perecieran.
Sálvanse muchos, el feroz caudillo
Amedrentado y pálido los lleva,
Como el pastor su tímido rebaño,
Y con ellos en Córdoba se encierra.
¿Dónde está el triunfo con que entrar pensabas
En la hermosa ciudad? ¿De tu soberbia,
De tu ambicion qué fué? Levanta, insano,
Esa frente abatida y macilenta.
¿No ves la sombra del tercer Fernando
Que indignada te mira? Tiembla, tiembla,
Polvo serás si te persigue el brazo
Que deshizo las huestes agarenas.
Mas no, tú vivirás; el justo cielo
Lo ordena así, para que humilde veas

Tu oprobio y tu baldon, para que rindas
A los pies de Castaños tus banderas.
Ya marcha contra tí con firme planta,
Denodado, invencible: tal se muestra
El terrible leon cuando á la lucha
Le llama el tigre en la africana selva.
Como tigre Dupont, ora sañudo
Pugna por avanzar, y su fiereza
Y su impotente esfuerzo en la constancia
Del español impávido se estrellan.
Ora mas cauteloso á los ardides
Recurre... Ya no es tiempo: la cautela
Para entrar en España os ha valido,
Mas no, traidores, no para vencerla.
Acosado por fin, y mal seguro
El caudillo enemigo desalienta,
Y en vergonzosa fuga con sus tropas
Silencioso de Córdoba se aleja.
Persíguenle otra vez nuestros guerreros,
Y en Andújar se esconde: así la cierva
Huyendo del lebrel salta de un soto
Y corre al otro, y la maleza espesa
Pasagero le dá y escaso abrigo
Hasta que de su muerte el plazo llega.
Tambien llegó, Dupont, tu fatal ruina:
Ya en la ciudad peligras, ya te estrechan...

¿A dónde irás? ¡ó mísero! ¿El camino
Buscas aún de la encumbrada sierra?
Corre á perderte, pues, que allá te aguardan,
Cerrando el paso, el animoso Peña,
El gallardo Reding, y otros valientes
Señalados en ínclitas proëzas.
Te vencerá el primero con quien luches.....
Mas la suerte esta gloria te reserva
A tí, Reding, que cual inmoble roca
En medio de las olas turbulentas,
Firme recibes el sangriento choque,
Firme contrastas la enemiga fuerza.
Llegó de la venganza el feliz dia:
Herid, matad; á compasion no os muevan
Esos verdugos, que con ciega rabia
Nuestros templos profanan y saquean,
Talan los campos, y al infante debil
Y á los ancianos tímidos degüellan.
Esos los invencibles se llamaron,
Y á vosotros rebeldes.... En el Sena
Será, pérfidas almas, rebeldía
La gloriosa lealtad que nos alienta.
Mas ya Dupont exánime y sumiso
Pide una honrosa paz. ¡Demanda necia!
Honra á los que pelean por la pátria,
Pero al falso traidor infamia eterna.

«No admito pactos de alevosa gente;
A discrecion se rindan ó perezcan."
Dice así el gran Castaños, y esperando
Está del enemigo la respuesta;
Mientras éste agitado y vacilante
Lucha con el temor y la vergüenza.
Resuélvese por fin; y silencioso,
Y clavados los ojos en la tierra,
Pone á los pies del héroe castellano
La espada allá en el Norte tan funesta.
Gloria al ilustre vencedor: de palmas
El camino sembremos, que ya llega
En el carro triunfal: sonoros himnos
Suenen en su loor: corre á las puertas,
Venturoso Madrid, y agradecido
De tu libertador la planta besa.

AL FELIZ ALUMBRAMIENTO

DE LA REINA NUESTRA SEÑORA.

OCTAVAS.

Del piélago sonoro de occidente
Inmensa nube de vapor sombrío
Se alza tal vez, y eclipsa de repente
La roja luz del abrasado Estío.
Pálido el labrador, del rayo ardiente
Despojo teme ver su caserío;
Y el helado granizo á mas le espanta
Que la dorada mies fiero quebranta.

Pero ni el rayo asolador encierra
La oscura nube, ni la piedra fria,
Sino la fresca lluvia que á la tierra
Próvido el cielo por su bien envia.
Cae mansamente el agua en la alta sierra,
Y torna al seco valle la alegría:
Pintase el Iris con matiz hermoso,
Que paz anuncia y plácido reposo.

Aun mas que el labrador triste se azora
La ilustre Mántua cuando ve á CRISTINA
Pálida como luz de turbia aurora,
Lanzando de su boca peregrina
Un ¡ay! doliente: el pueblo que la adora
Sus mústios ojos á la tierra inclina,
Temiendo ver en el alcázar fuerte
La imágen pavorosa de la muerte.

Mas alza luego á la celeste esfera
Su faz bañada en lágrimas rogando
Al eterno Hacedor, y placentera
Escena se le ofrece. Relumbrando,
Mas que radiante sol de primavera
La imágen mira del tercer Fernando,
Que así le alienta con hablar sonoro
Desde la nube recamada de oro.

«Magnánima nacion que mi estandarte
»Intrépida siguiendo hasta Sevilla,
»Al moro que pensaba esclavizarte
»Doblar sumiso hiciste la rodilla:
»Siempre el Eterno se dignó escudarte,
»Y propicio á tu ruego y fé sencilla,
»Salvó á tu Rey de esclavitud odiosa,
»Y hoy patrocina á la adorada Esposa.

»Del empíreo feliz raudo desciende
»El ángel protector; çesa el quebranto
»En el dorado alcázar cuando tiende
»Sobre él su vuelo el paraninfo santo....
»Cumplido está el mensage; ya se estiende
»Del grato parabien el dulce canto:
»Ya el fruto besan del amor dichoso
»La tierna Madre y el augusto Esposo.

»Retrato fiel de la virtud materna,
»Trasunto de sus gracias y hermosura,
»Será la que hoy desalentada y tierna
»Lágrimas dá en tributo á la natura.
»Tras este gozo la Bondad eterna
»Os guarda, no dudeis, mayor ventura:
»Un Príncipe tendréis, iberos fieles,
»A quien dará la gloria sus laureles.

»En su pecho veréis cuál se retrata
»La virtud de sus ínclitos mayores,
»Y en cuanto el ancho imperio se dilata
»Sonarán dulcemente sus loores....
»Mas ya FERNANDO al Hacedor acata
»Postrado respondiendo á sus favores:
»Seguid, hijos de Mántua el alto ejemplo,
»Y en himnos de piedad resuene el templo."

Dijo; y no de otra suerte que el sonido
Del arpa en blandos ecos espiraba
Cuando ante el arca del Señor rendido
El augusto Profeta la pulsaba;
Del santo Rey así desvanecido
El fatídico aliento dulce acaba.
El aire iluminado se oscurece,
Y la vision hermosa desparece.

Retumba en tanto al anunciar la nueva
El tronante cañon, y hasta la cumbre
Del frio Guadarrama el eco lleva
Anuncio tan feliz: la muchedumbre
Himnos de gratitud al cielo eleva,
Que no dicta la ignoble servidumbre:
Y en la márgen del claro Manzanares
Oyense resonar dulces cantares.

Gloria al Monarca que á su pueblo inspira
Tan acendrado amor: gloria á la bella
Deidad que el castellano absorto mira
Cuando en la corte como sol destella.
Hijos de Apolo, sus: pulsad la lira,
Alegres cantos entonad con ella;
Que ya cesó el dolor, y ledo el gozo
Hinche la mansion régia de alborozo.

¿Oís el eco de robusta trompa
Pronto correr la inmensidad del cielo?....
Ella es, la Fama, que en alegre pompa
Camina rapidísima: á su vuelo
¿Cuál nube se opondrá que ella no rompa
Hasta llegar á la region del hielo?
Su voz oyen á un tiempo el Hecla frio,
Tostado el Atlas, y el Pirene umbrío.

Y se escucha en las márgenes amenas
Del cristalino Turia, dó ceñida
La sien de verde lauro y azucenas,
Primavera dá al campo alegre vida.
En medio á la ciudad cuyas cadenas
Rompió el invicto Cid, su esclarecida
Sombra aparece: el suelo se ilumina,
Y glorias mil el héroe vaticina.

Cantan las bellas ninfas de Valencia,
Cual otro dia, ¡ó Reina! en que dichosas
Gozaron de tu angélica presencia,
Sembrando el suelo de amaranto y rosas.
A su voz en suave competencia
Las riberas del Betis deliciosas
Con ecos apacibles corresponden,
Y las ninfas del Tajo les responden.

*

Alza su frente el caudaloso Duero,
Y rompe el velo de la niebla fria,
Para escuchar el himno lisongero
Que el castellano fiel al cielo envia.
En la márgen estensa del Ibéro (*)
Se repite la plácida armonía,
Y el Fluvia alza su voz en gozo tanto,
Y en el lejano Miño se oye el canto.

Ved cuál se enlazan, y en compás festivo,
Al grato son de cítara sonante,
Con pie hieren la tierra fugitivo
Las gracias y el amor, y rozagante
El feliz himeneo. Compasivo
El pecho de Amaltea, la abundante
Copia derrama sobre el suelo hispano,
Y dicha eterna ofrece al Soberano.

(*) El Ebro.

EPÍSTOLA Á UN AMIGO:

escrita desde el monasterio de Guisando (*).

En tanto que la corte seductora
Te ofrece, Arnaldo, con risueño aspecto
La copa del deleite, yo tranquilo
De un cláustro en el retiro silencioso
Contemplo la virtud. ¡Ah! ¡que engañados
Corren los hombres tras la vana gloria,
Tras el oro, el poder! Dulces sirenas
Son al principio estos falaces bienes,
Y luego mónstruos que devoran. Huye,
Huye de ellos, amigo, y ven al campo,
A este retiro ven, donde natura
Bienes y paz en profusion derrama.
¡Con qué dulzura en los frondosos bosques
Donde respira el aura mansamente
De tu laud resonarán las cuerdas!
El plácido sosiego de este sitio.

(*) Este monasterio está situado en un desierto á corta distancia de San Martin de Valdeiglesias.

Su grata amenidad y de las fuentes
El bullir murmurante, tiernos himnos
Convidan á entonar. Embelesado
Gozo aquí el espectáculo grandioso
Que á describirte va tímido el númen.
Entre dos altos montes, cuyas cumbres
Corona airosamente el pino erguido,
Una vega se tiende dilatada,
Que abunda en rica mies: cuando en oriente
Reina glorioso el sol, y las espigas
Se mueven ondéando al blando soplo
Del aura matinal, el valle inmenso
Un piélago dorado representa.
Al mismo tiempo arreboladas brillan
Las transparentes nubes, y vestido
De espléndido ropaje el universo
Se presenta á la vista. ¡O! ¡quién me diera
Poder pintar la magestuosa pompa
Con que el sol marcha en su carroza de oro,
El gozo universal, los gratos himnos
Que en el campo resuenan, y esta vida,
Este nuevo vigor que el pecho siente!
Tuyo es, ó sol vivificante, el fuego
Que en las hondas entrañas de la tierra
Circula y nutre el arraigado gérmen,
Que luego brota en deliciosa planta.

Tuya es, ó padre augusto de la aurora,
La gala de los campos, tuyo el brillo
Con que trémulo el lago reverbera.
¿Y tú, Arnaldo, sumido en esa impura
Mansion de los deleites, ni este gozo
Sentirás que me alienta, ni esta escena
Magnífica verás? ¡O malhadado
Quien el aura vital del bosque umbrío
No puede respirar!.... Mas ya el ardiente
Sol se remonta, y en torrentes lanza
Su irresistible fuego: grata sombra
Y paz me ofrece la frondosa sierra
Dó tienen los austéros cenobitas
Su quieto albergue: de la cumbre al llano
En rústico desórden esparcidas
Veo mil y mil plantas. Aquí tiende
Un espeso nogal sus anchas ramas,
Y al par compite la pomposa higuera:
Allá el olmo coposo, el mirto oscuro,
Y de Minerva el árbol favorito,
Un bosquecillo forman apacible,
Que refresca una fuente cristalina.
Desde ella un arroyuelo murmurando
Deslízase fugaz, y á bañar corre
El lúgubre ciprés que de las tumbas
Recuerda la quietud, y el verde lauro,

Que del grande Maron ciñó la frente.
¡Con cuánta magestad entre dos robles
Descuella este castaño corpulento!
Su tronco envejecido por tres siglos,
Dá sombra á una caverna tortüosa
De hiedra revestida: aquí los rayos
Jamás penetran del ardiente Febo,
Aquí el silencio reina: este el albergue
De un solitario fué. Yo te saludo,
Mansion de la virtud; tu fresco seno
Me guarece del sol, tu almo retiro
De la humana perfidia me defiende.
Aquí mi pecho un aire refrescante
Aspira con placer: aquí mi oido
Con el blando susurro se deleita
Del enjambre afanado que en un roble
Labra el dulce panal. Así las horas
En que el fogoso Sirio tiraniza
Los agostados campos, entretengo
En dulce calma y regalado temple.
Viene la tarde, y de occidente sopla
El céfiro travieso, y en las ramas
Se mece y juega, y desde allí se lanza
Al claro arroyo y las alillas bate,
Encrespando las ondas sonorosas.
Sale á espaciarse entonces por la sierra

El cenobita humilde, en cuyo rostro
La paz y la inocencia se retratan.
Con él me asocio, y en coloquio grave
Ora las maravillas ensalzamos
Del eterno Hacedor; ora los vicios
Lamentamos del hombre, que el hermoso
Cuadro del universo desfiguran.
Del sol poniente los dorados rayos
Nuestra atencion despiertan, y volviendo
Los ojos al ocaso, tras el monte
Vemos medio escondido el disco inmenso
Del fatigado sol: su frente augusta
Ornada va con arreboles de oro
Y viva grana, que despues se torna
En cárdeno color. Allá al oriente
La cresta de los montes se ilumina
Con sonrosada luz, mientras el valle,
Hondo y sombrío, de la noche anuncia
La próxima venida. Otros objetos
Ya apenas se distinguen que las piedras
Donde quedó de César victorioso
La funesta ambicion eternizada. (*)

(*) Los monumentos de piedra conocidos con el nombre de toros de Guisando existen en el valle que aquí se describe á poca distancia del monasterio. Tienen mas

Aquí en esta llanura, caro amigo,
Los infelices hijos de Pompeyo
Lidiaron por la pátria: sepultados
Yacen aquí tambien los generosos,
Los valientes hispanos, que en defensa
De la oprimida Roma combatieron.
Mas ¡ay! en vano; la fortuna osada
Arrancando el laurel á la victoria,
Ciñó al usurpador la altiva frente.
Triste silencio, soledad medrosa
Reinó despues en el profundo valle.
Al estrépito de armas y caballos,
Al ronco son de las marciales trompas,
Suspiros desmayados sucedieron
De mil pálidas sombras: ahora mismo
Que la enlutada noche va tendiendo
Su manto pavoroso, tristes ayes
Paréceme que suenan en mi oido.
Repaso con dolor la amarga historia
De la humana ambicion, hasta que alzando
La vista al firmamento, de los astros
La inmensa muchedumbre me arrebata.

bien la figura de elefantes sin trompa, y en sus cuerpos están esculpidas varias inscripciones, por las que se vé que en aquel sitio se dió una reñida batalla entre César y los hijos de Pompeyo.

Del polo al sur con rapidez corriendo,
Mis codiciosos ojos examinan
Innumerables mundos separados
Con inmensas distancias. ¡O prodigio!
¿Qué fuerza impele á tan enormes globos,
Sin que jamás en su veloz carrera
Un punto se estravien? ¿Cuál fué el soplo
Que encendió tantos soles? ¿De su fuego
Dónde el pábulo está? Mi mente absorta
Se pierde en este piélago insondable,
Y adora al Hacedor.... Raya entretanto
Allá en oriente la apacible lumbre
De la amorosa luna, que triunfante
Sale á enseñorëar las pardas sombras.
Lleno su disco, enrojecido, ofrece
Una imágen del sol; mas pierde luego
El color rubicundo, y su faz muestra
Bella y luciente cual bruñida plata.
Tornan á aparecer campos y montes
Que el manto de la noche cobijaba;
Mas no pintados con hermosas tintas,
No en gradacion luciente separados,
Obra del claro sol; confusa escena,
Dudosa luz, objetos engañosos,
Me ofrece el campo solitario. ¡Ay triste!
Que entonces mil amargos pensamientos

Asaltan al espíritu angustiado
En confuso tropel. Las ilusiones
Del mentido placer vuelan cual sombra,
Y alza su voz en el latiente pecho
El inflexible juez que me censura.
«¿Qué hiciste, exclama, en el abril florido
»¿De tu vida, ó mortal? Suelta la rienda
»A tus locas pasiones, desoyendo
»De la razon el saludable aviso,
»Corriste en pos del criminal deleite.
»Aquí entretanto la virtud tranquila,
»Ora en éxtasis dulce, de natura
»Los sublimes prodigios contemplaba,
»Ora en ferviente súplica al Eterno
»Por el mortal culpado intercedia.
»Tiempo es de enmienda ya: la fria tumba
»Se abre tal vez, ansiando devorarte."
Así clama la rígida conciencia;
Y yo trémulo torno al santo albergue;
Y en el silencio de la noche triste
Invoco al cielo, y su piedad imploro.

Fragmentos que se publican como muestra de un poema intitulado:

SEVILLA RESTAURADA (*)

DEL CANTO PRIMERO.

Razonamiento que dirige á la hueste cristiana su caudillo el Rey San Fernando.

La gloria os brinda desde el fértil llano
Dó la rica metrópoli se estiende:
Allí el supersticioso mahometano
Con culto impío al Hacedor ofende.
Allí gime cautivo el fiel cristiano,
Y ya su diestra vigorosa tiende,
Y aguarda ansioso el fulminante acero
Para ser en las lides companero.

(*) Cuando el autor se desembarace de otras ocupaciones mas urgentes, concluirá este poema, cuyo asunto es uno de los mas importantes de nuestra historia: á saber, la reconquista de Sevilla por el Rey San Fernando. Con este esclarecido triunfo quedó consolidada la monarquía cristiana, y reducida á muy estrechos límites la tiránica dominacion de los sarracenos.

Tiempo es ya de borrar tantos baldones
Y romper la cadena ignominiosa.
Sus muros, sus alzados torrëones,
¿Qué valieron á Córdoba orgullosa?
Allí tremolan ya nuestros pendones,
Donde la cruz se ostenta victoriosa.
Union y disciplina: el justo cielo
Nuevo laurel os guarda en este suelo.

Y llamados seréis libertadores
De la grande ciudad, honor de España.
¡O cuál resonarán vuestros loores,
Cuando el pecho encendido en justa saña
Rompais de esos altivos opresores
El férreo yugo, y la feraz campaña
Pueda el cristiano cultivar seguro,
Ofreciendo al Eterno un culto puro.

Sirva al bien de la pátria la riqueza
Que en su opulento alcázar guarda el moro:
Allí cercado de oriental grandeza,
Brillando en perlas, en diamantes y oro,
Vive Aliatar, (*) y en mísera pobreza

(*) Nuestros historiadores llaman Axataf al tirano de Sevilla: pero como este nombre sea tan duro para la poesía, se ha sustituido el de Aliatar.

Gime el noble cautivo con desdoro.
¿Y tolerar podréis que ese tirano
Insulte por mas tiempo al castellano?

Nó; que ya vuestros pechos encendidos
En militar ardor, con impaciencia
Ansiando están la lid: ya apercibidos
La señal aguardais que con vehemencia
Inflama á los cristianos aguerridos,
Y despreciar les hace la violencia
Del árabe feroz cuando su lanza
Vibra, ardiendo en deseo de venganza.

Ese valor intrépido, soldados,
Es el que nos abrió fácil camino
Hasta el Guadalquivir: por él domados
Tantos pueblos se ven: igual destino
Temen los de Sevilla escarmentados;
Y aunque miran su daño tan vecino,
En los muros se encierran cautamente,
No osando ya en el campo hacernos frente.

Mas nosotros allí los buscarémos;
Con cerco estrecho, y con afan constante
A rendirse ó lidiar los forzarémos,
Y en breve se verá la cruz triunfante.

Mañana, con el alba, partirémos;
La muerte y el terror irán delante.
En tanto reposad, y el vencimiento
Esperad del que rige el firmamento.

Dijo; y la hueste aplaude, y retumbando
Corre la voz, y el monte cavernoso
Repite el claro nombre de Fernando,
Que el Bétis oye resonar glorioso.
Así corre las playas atronando,
De las ondas el ruido estrepitoso,
Cuando al piélago inmenso y á la tierra
El récio vendaval mueve la guerra.

Marcha del ejército cristiano con direccion á Sevilla.

Del sol la precursora refulgente
Con plácido sosiego atravesaba
Las sonrosadas puertas del oriente,
Y en alba luz el orbe se bañaba.
Una aura deliciosa blandamente
En los coposos árboles soplaba;
Mientras sonoro el rio por la vega
Se tiende, y manso la fecunda y riega.

Era el tiempo en que grata primavera,
De las gracias seguida y los amores,
Hinche de gozo la azulada esfera,
Y el campo esmalta con vistosas flores:
Cuando se oye en la selva placentera
El canto de los dulces ruiseñores;
Y de tiernos corderos el balido
Que saltando abandonan el egido.

De tan grato espectáculo gozando
La castellana hueste se encamina
Al sevillano empório, y admirando
Va el arte y la destreza peregrina
Del moro agricultor, por quien manando
Desde el tendido valle á la colina,
En frutos copiosísimos la tierra,
Habitantes innúmeros encierra.

Cubierto de alquerías se ve el suelo,
Y de agradables quintas y jardines,
Dó reposaba un tiempo sin recelo
Entre fragantes rosas y jazmines
El muelle musulman ; pero ya en duelo
Se trocó su placer, y los clarines
Suenan donde antes el amor dichoso
Entonaba su canto delicioso.

De cristianos ginetes perseguidos,
Por los contornos fértiles y amenos,
A la ciudad huïr despavoridos
Se ven los corredores agarenos....
Mas ya los castellanos complacidos
Descubren á Sevilla: en los serenos
Pechos del patriotismo arde la llama,
Y «vencer ó morir" la hueste clama.

Los cautos moros desde la alta almena
Ven relumbrar las lanzas castellanas:
Corre la nueva infausta, el parche suena
Aterrando á las bellas musulmanas:
Rumor confuso en la ciudad resuena,
Como suele en las costas africanas
Agitarse y rugir la mar sonora,
Antes de la tormenta bramadora.

Descripcion de la mezquita de Sevilla, y aparecimiento en ella del tirano infernal bajo la engañosa forma de Mahoma.

Cien columnas de mármol la techumbre
Dorada del gran templo sostenian;
Y allá en el fondo que la alegre lumbre
Nunca del sol bañó, dó presidian

Ciega supersticion y servidumbre,
En urna preciosísima tenian
Del Coran custodiados los errores
Aquellos sacerdotes impostores.

Treinta lámparas de oro refulgentes
El vano adoratorio iluminaban:
A su luz misteriosa reverentes
El rey y los imanes caminaban;
Y en las altas cornisas relucientes
Sus mesurados pasos retumbaban,
De la noche el silencio interrumpiendo,
Y pavor en el ánimo infundiendo.

Póstrase el musulman supersticioso,
Y en fervorosa súplica, « Alá santo,
Dice, que desde el Indo caudaloso
Al atlántico mar con poder tanto
Brillar hiciste el astro luminoso
De la eterna verdad, cubre de espanto
Y mortal confusion al nazareno
Que estinguir quiere el culto sarraceno."

Óyese la plegaria en el tremendo
Imperio de la noche sempiterna;
Y el tirano infernal estremeciendo

La inmensa y ardentísima caverna,
Venganza jura, y desde el trono horrendo
Dó á sus legiones míseras gobierna,
Parte á Sevilla en ominoso vuelo,
Cual negra nube que oscurece el suelo.

Por la region del cahos silenciosa
Marcha, y á cada vuelo se adelanta
Mas que en la noche exhalacion fogosa
Cuando cruza veloz, y al vulgo espanta.
Ya alcanza á ver del sol la esplendorosa
Llama que á los mortales nos encanta,
Y gime recordando que algun dia
Él con brillo mayor resplandecia.

Llegando á la ciudad, forma y semblante
Toma de musulman, y con despecho
Lánzase en la mezquita: vacilante
Cruge y retiembla el penetrado techo.
Al oir el crugido resonante
Acongojado del monarca el pecho
Cual reo ante el suplicio desfallece,
Y el iman aterrado se estremece.

Mas luego alzando la amarilla frente
Ven la fantasma colosal· su diestra
Empuña un cetro de metal ardiente,
Sus ojos brillan cual la luz siniestra
De cometa que alumbra al occidente;
Y al triste resplandor la sien se muestra
Ceñida de un turbante que remata
En media luna de lustrosa plata.

———

«Deponed el terror, con voz tronante
Clama el dominador del hondo abismo:
Vuestro profeta soy cuya triunfante
Ley el brillo eclipsó del cristianismo:
Contra el poder del déspota arrogante
Que aniquilar pretende el islamismo,
Otro poder mas alto se levanta;
Y ¡ay! del que contra mí mueve su planta.”

———

Dolores, pestilencia, cruda muerte
En el real sembraré del nazareno;
Y al mismo amor trasformaré de suerte
Que abrase el pecho con mortal veneno.
Vosotros batallad con pecho fuerte
Defendiendo el imperio sarraceno.
Delicia eterna aguarda al que su vida
Por mi ley aventure perseguida.

Descripcion de una batalla.

Cual lava que en torrentes inflamados
De la alta cima del volcan desciende;
Por tus campos, Trinacria, dilatados
Con hervorosa rapidez se estiende,
Arrasando las vegas y sembrados,
Y entra en el ancho mar, y el mar se enciende:
Así á la playa llegan los guerreros,
Terribles fulminando sus aceros.

Y embisten, y la muerte los precede
Gozándose en la bárbara matanza;
Mas no por eso la morisma cede,
Antes redobla su furor, y avanza;
Y ya el cristiano resistir no puede
El ímpetu feroz de su venganza.
De Lara el escuadron se desordena,
Tiñendo en sangre la sedienta arena.

Pero Vargas, blandiendo furibundo
La ensangrentada lanza, « castellanos,
Muertos nos vea con honor el mundo,
Grita, rendidos no, " y á los paganos
Se arroja; al primer bote el iracundo

Reduan que entre los moros sevillanos
Renombre de invencible disfrutaba,
Cae, y con muerte acerba al punto acaba.

Al encuentro saliendo Sarracino
Su maza pesadísima descarga,
Que resbalando en el almete fino
Pierde su fuerza en la redonda adarga.
Mas antes que otra vez el argelino
Levante el brazo, el campëon le carga:
Atraviesa la lanza el pecho fuerte,
Y las sombras le cubren de la muerte.

Corre á vengarle Hacén el indomable,
Y suelta á su bridon las enojosas
Riendas el castellano imperturbable,
Y se encuentran sus lanzas ponderosas:
Cual con fragor horrísono, espantable,
Suelen chocar dos nubes tempestosas;
Así los duros petos resonaban,
Y cejando los potros retemblaban.

Mas ágiles volviendo á la pelea,
Del cristiano adalid la resentida
Adarga el moro intrépido falsea,
El guarda-brazo rompe, y la bruñida

Coraza con la sangre bermejea
Que brota hirviendo de la fresca herida.
El musulman ufano lo repara,
Y para otra embestida se prepara.

Cual leon de Numidia que rugiente
La encrespada melena sacudiendo,
Al pardo que le hirió traidoramente
Se avalanza veloz; en fiero estruendo
Combate hasta vencer rabiosamente,
Suena á lo lejos el rugir tremendo:
La tierra se estremece con la lucha,
Y trémulo el ganado los escucha:

Vargas así revuélvese furioso,
Y sin adarga al sarraceno embiste:
Al bote desmedido y estruendoso
La doblegada lanza no resiste,
Y vuelan las astillas: tembloroso
Cae del caballo el agareno triste,
Haciendo un ruido el cuerpo agigantado,
Cual roble por el viento derribado.

Desenvaina la espada fulminante
El fuerte campëon, y la cabeza
Iba á cortar al árabe espirante;

Cuando acude con rápida presteza
Una turba enemiga que al instante,
Animada de bárbara fiereza,
Con el ínclito Vargas acabára,
Si otro escuadron cristiano no llegára.

No con mayor estrépito rodando
De montañas opuestas dos torrentes
En el valle se encuentran, y luchando
Con ondas espumosas y fervientes
Van las vegas y bosques atronando;
Como aquellos guerreros impacientes
Con espantosa furia batallaban,
Y los vecinos campos atronaban.

No menos esforzado en otra parte
El ilustre Vivar arrolla al moro:
Rayo es su acero cual del fiero Marte;
Por él se cubrirá de luto y lloro
La orgullosa Jerez, cuyo estandarte
Yace ajado en la tierra con desdoro:
Tú, Muley, le llevabas, tú que hollado
Gimes bajo el caballo ensangrentado.

Lara, que con intrépida osadía
Valor nuevo á los suyos ha infundido,
Al sitio mas espuesto ora los guia,
Y éntrase por la hueste enfurecido,
Y cien guerreros al abismo envia;
Y el moro por dó quier acometido
Con presurosa planta va cejando,
El campo de la lid abandonando.

Mas luego les guarece un bosque espeso,
Y haciendo frente en él, quien arrojaba
La pica, hiriendo al alazan travieso,
Quien el dardo mortífero lanzaba.
El cristiano adalid, con cuerdo seso,
La cólera impaciente refrenaba
Ante el bosque parando cauteloso,
De sagaz emboscada receloso.

Fernando en esto llega, y cercar manda
Á unos el bosque, en tanto que valientes
Otros en él penetran en demanda
De los moros arteros é insolentes:
Cual de palomas á la espesa banda
Persiguen los milanos inclementes.
Defiéndese el alárabe emboscado
Cual ciervo de lebreles acosado.

Mas corre allá con vengador acero
Y le ahuyenta el invicto castellano;
El vengativo musulman empero
Huyendo lanza con certera mano
La pica penetrante, y el guerrero
Que le persigue cae; mas el pagano
Que celebraba ya su buena suerte,
Recibe de otro vengadora muerte.

Triste clamor de moribundos suena
En derredor de los espesos troncos
Salpicados de sangre sarracena:
Mézclanse al lamentar los gritos broncos
Del guerrero, y la trompa que resuena,
Y del hueco atambor los ecos roncos.
Cubierto el suelo está de ensangrentados
Turbantes, y de cascos acerados.

Relacion que hace á San Fernando el almirante Bonifaz de un combate naval entre las escuadras cristiana y agarena.

Rayaba apenas la rosada aurora,
Cuando las naves enemigas vemos
Allá al oriente: la ferrada prora
Contra ellas impertérritos volvemos,

Aunque á las nuestras doblan; la sonora
Trompa resuena, apróntanse los remos;
Unas á otras las naves se convocan,
Y en órden de batalla se colocan.

Al llegar nuestra flota á la agarena
Terrible gritería se levanta,
Que el mar profundo y la ribera atruena.
Vuelan picas y dardos: nada espanta
A la gente cantábrica serena,
Que contra el enemigo se adelanta,
Y gritando «Santiago" el remo agita,
Y el curso de las naves precipita.

Mézclanse todas, cual en ráudo giro
De vasta inundacion ganados, gentes
Y árboles se confunden, y el retiro
Penetran de la selva ayes dolientes.
Del rechinante dardo el mortal tiro,
Los hierros de las lanzas refulgentes
De sangre y confusion la mar cubrian:
Dó quiera heridos míseros gemian.

Aquí dos gruesas naves aferradas
Por la encorvada proa, sanguinoso
Campo presentan, dó se ven airadas

Combatir con estrépito horroroso
Las gentes con las gentes encontradas,
Disputándose el triunfo peligroso.
Caen muchos á la mar; la pugna crece,
Y la salobre espuma se enrojece.

Allá otra nave con veloz carrera
Y acerado espolon, contra el costado
De la enemiga se dirige fiera,
Y cruge al golpe el cóncavo tablado.
Cae el mástil: la chusma vocinglera
Lánzase al mar, y el buque abandonado
Presa es del enemigo que le amarra,
Y su bandera con furor desgarra.

Pero acude al momento á su rescate
Otra nave, y acude la contraria:
Crece el furor entonces del combate;
Vaga incierta la presa en suerte varia:
Hiérela al fin con decisivo embate,
Á impulso de una fuerza estraordinaria
El robusto espolon, y vela y pino
Húndense en espumoso remolino.

Hórrido son de voces y alaridos
Se escucha, y de trompetas y maderos
Por las ferradas proas contundidos,
Y el áspero crugir de los aceros.
Mezclados entre sí, todos heridos,
Y ciegos de corage los guerreros,
No escuchan ya la voz del que los guia:
Vuela de nao á nao la muerte impía.

En el tropel confuso, diligente
Busco del musulman la capitana:
Descúbrola, y me acerco velozmente,
Los tiros despreciando y rabia insana.
De azufre un mixto y de betun ardiente
Mando al punto lanzar en la africana
Embarcacion, la llama activa vuela;
Arden las tablas y la hinchada vela.

Roncos gritos al cielo levantaban,
Al profeta los bárbaros llamando.
Algunos á las ondas se arrojaban,
De las voraces llamas escapando,
Otros cortar con hachas intentaban
El incendiado mástil, y luchando
En su inútil esfuerzo perecian:
Estos auxilio en triste voz pedian.

Con horrísono estruendo el Oceäno
Traga la nave al fin; salvarse empero
Logra en otra el caudillo mahometano;
Y cual toro encelado que ligero
Corre, bramando, por el verde llano
Contra el rival que le amenaza fiero;
Así el infiel caudillo se ensañaba,
Y á su gente ya tímida alentaba.

Contra su nave enderezar ordeno
El espolon ferrado de la mia.
Parte, y embiste el cántabro sereno,
Y en la proa que frente nos hacía
Se clava el espolon. El sarraceno
Caudillo mas y mas en furia ardía:
A saltar en mi nave ciego avanza,
Y el pecho le atravieso con mi lanza.

Y en seguida cual rápido torrente
En la enemiga nave penetramos.
Ríndese absorta la agarena gente,
Y de luchar y de matar cesamos.
Abátese la luna prontamente,
Y la triunfante cruz enarbolamos:
Insignia que á los moros desalienta,
Y el valor de los mios acrecienta.

Sin caudillo y sin tino las restantes
Naves se desordenan fugitivas:
Persíguenlas los mios anhelantes,
Y traen en breve tiempo diez cautivas;
Las demas desparecen. Ya triunfantes
Entramos en el Bétis, y los vivas
Resuenan de la hueste vocinglera,
Que en la florida márgen nos espera.

SATIRAS.

EL SÓRDIDO INTERÉS.

Basta, basta, Camilo, no te empeñes
En hacerme escribir contra los vicios:
De censurar el arte no me enseñes.
¿Yo satírico? Guarda! mil perjuicios
Pudiera ocasionarme esta osadía,
En vez de tus soñados beneficios.
¿Y por que yo declame, ó burlon ria,
Se han de enmendar los necios y malvados
Cediendo á la razon? ¡Qué bobería!
Nuestros males están muy arraigados;
Nadie quiere ademas ponerse en cura:
Con que son los remedios escusados.
Jamás tendrá pudor ni compostura
Belisa que en el coche va ostentando
De su turgente pecho la blancura.
Ni aunque un siglo esté yo satirizando,
Sus deudas pagará Licinio el noble,
Por mas que á su acreedor ve mendigando.

Es el viciado corazon de roble,
Y aunque le saje sátira punzante,
No hay que esperar que á la razon se doble.
¿Y cuál sátira, dí, será bastante
A lanzar con vigor del pecho humano
El sórdido interés?...Con el brillante
Metal del Potosí compra un anciano
Rugoso, temblador, la vírgen bella
Cuyo pecho el amor abrasa en vano.
Véndela el padre vil; van en pos de ella
Al profanado altar el empachoso
Tédio, la enemistad. ¡O dura estrella!
No en tus brazos, Florinda, el cariñoso
Infante sonreirá, ni el nombre tierno
De padre oirá jamás tu yerto esposo.
¡Qué noches, ay! el aterido invierno
Te guarda! Sin amor, atormentada
De tu verdugo y celador eterno.
No pára aquí tu mal: con voz cascada
Te hablará el ochenton de sus amores,
Te asordará su tos acatarrada.
Querrá mimarte.... ¡O sándio! no desdores
Tan amable beldad; ¿secos sarmientos
Cuándo viste enlazar con frescas flores?
No pugnan entre sí los elementos
Con tal contrariedad, cual tú y Florinda,

Que me penetra ya con sus lamentos.
  Su faz en otro tiempo alegre y linda
Por tu causa, tirano, amarillea:
¿Y quieres que á tu amor dócil se rinda?
  La discordia ¡ay de tí! sopla su tea
En el lecho nupcial, y los vecinos
Oyen á media noche tu pelea.
  ¡O cuánta vocería y desatinos
Lanzas por esa boca desdentada
Contra aquellos dos soles peregrinos!
  Florinda al fin de tu rigor cansada,
No pudiendo sufrir ultraje tanto,
De sus padres se acoge á la morada:
  Y á sus pies jura con amargo llanto
Mil muertes preferir á tu presencia:
Tal es su indignacion, y tal su espanto.
  Así el vil interés con su influencia
Profana escandaloso, y amancilla
Del matrimonio santo la excelencia.
  No menos murmurar hace en la villa
Tu litigio, marqués, interminable,
Perpétuo manantial de ódio y rencilla.
  ¿A tu hermano pupilo y miserable
Robar pretendes la paterna hacienda?
¡O corazon de roca inexorable!
  Porque tu campo ó tu olivar se estienda

Algunas varas mas, ¡hombre insensato!
¿Mueves contra tu hermano tal contienda?
  Y luego esa ambicion, ese boäto
Caerá en la estrecha y pavorosa tumba,
Dó los insectos te darán buen trato.
  Ni por esas, Camilo, ni la zumba,
Ni el sermon mas patético hacen mella
En quien tras de este vicio se derrumba.
  Conciencia, honor, y todo lo atropella:
Ya lo ves en Don Cosme el usurero
Como á su triste prójimo desuella.
  Y eso que crée en el juicio venidero,
Y cargan en su espalda ochenta abriles,
Y el asma se le sube hasta el gargüero.
  Dados tiene á interés algunos miles;
¿Mas qué interés? ¡O Dios! Ciento por ciento:
¿Y no le agarran ya cien alguaciles?
  Mísero el labrador y macilento
Va á su tienda fatal, mejor diria
Guarida donde Caco hizo su asiento:
  Cuéntale sus desgracias, la sequía
Que del año anterior perdió las mieses,
Y el fuego que ha arruinado su alquería.
  Necesita sembrar, por cuatro meses
Busca dinero á préstamo: otro modo
No halla de resarcir tantos reveses.

«Yo te remediaré: malo está todo,
»Dice el ladron, los tiempos son fatales,
»Circula poca plata. ¡Qué periodo
»Tan largo de inaccion!... Pero mil reales
»Te prestaré con su hipoteca al canto,
»Y volviéndome al mes dos mil cabales:
»Yo no sé quien hoy dia haga otro tanto;
»Mas mi pecho se ablanda como cera
»Cuando oigo de mi prójimo un quebranto."
Arde en coraje el rústico, y quisiera
Ahogar entre sus brazos al malvado
Que insulta á la virtud de esta manera;
Mas le reporta su infeliz estado:
Pide rebaja en la monstruosa usura,
Y ofrece en hipoteca su ganado.
Nada consigue: el mercader le jura
Que no puede hacer mas. Ya la paciencia
Pierde el agricultor: «alma tan dura
»Como las rocas, dice; en penitencia
»Haga Dios que mendigues afanoso,
«Y caridad no encuentres ni clemencia...."
¿Mas qué diré del tráfico horroroso
Que hace de sangre humana el europeo
En el suelo del África ardoroso?
Zarpa la nave, ¡ay Dios! llena la veo
De negros infelices: sus gargantas

El hierro oprime: en su semblante leo
La pena atroz que los consume. ¡O cuántas
Amargas horas en el suelo indiano
Verán correr los tristes! ¿No te espantas,
¡O morador de Europa! tú que humano
Osas llamarte cuando vil codicia
Te hace ser insensible con tu hermano?
Y no encubrir pretendas tu injusticia
De religion con el mentido velo,
Mezclando la impiedad con la avaricia.
La santa Religion, hija del cielo,
A maltratar, á esclavizar no enseña,
Sino á sembrar el bien, y á dar consuelo.
Como á bestia de carga se domeña
Al negro desdichado, y se le trata
Cual si de bronce fuese ó dura peña.
¡O sed abominable de la plata!
El hombre codicioso por saciarte
Ni la virtud, ni el pundonor acata.
¿Quieres que mas escándalos ensarte,
Camilo? No acabára en todo el dia,
Ni hiciera mas al fin que molestarte.
Harta pena en sí lleva el alma fria;
Que cebada con ansia en el vil oro,
No conoce la paz ni la alegría,
Y su mayor verdugo es su tesoro.

LA PEDANTERIA.

Diálogo entre Ernesto y Cecilio.

ERNESTO.

Cecilio, por piedad dime el secreto
Con que te hiciste sábio; así en España
Se venda como el trigo tu folleto.
El envidioso humor, que tanto daña,
Seco me tiene ya como una astilla,
Y roïda tal vez alguna entraña.
Hierven los hombres doctos en Castilla,
Y cual ellos en fondas y en estrados
No puedo yo soltar la taravilla.
¿Cómo os hicísteis, dí, tan consumados;
Y yo, triste de mí! valgo tan poco
Con diez años de estudio y de cuidados?

CECILIO.

¡Simplecillo escolar! Si tú de un loco
Fiado no te hubieses, hoy podrias
Hablar en todas partes con descoco.

Díjote Don Veranio que debias
Una ciencia aprender sólidamente,
Si docto y apreciable ser querias.
Seguiste su consejo ciegamente,
Y las leyes de España con su historia
Has aprendido bien: ¡ó fátua gente!
¿Pensais volar al templo de la gloria
Con alas de murciélago, abrumada
De inútiles lecciones la memoria?
Desengáñate, pues; no serás nada
Mientras en una ciencia te ejercites,
Aunque sea muy útil é intrincada.
Para que entre los cultos te acredites
De todo has de saber, y sobre todo
Conviene que dispules y que grites.
¿Se habla de agricultura? dí que el modo
De arar en nuestra tierra es de salvages,
Y nos recuerda aún el pueblo godo.

ERNESTO.

¡Si nunca he visto arar!

CECILIO.

Para que rajes
No necesitas verlo, esa es la gracia,
Hacerte entendedor sin que trabajes.

ERNESTO.

¿Pero si alguna vez por mi desgracia
Me oyere un labrador?

CECILIO.

¿Y eso qué importa?
Si á tu sentir se opone, ten audacia;
Dí que una sociedad te escuchó absorta
Disertar sobre arados y rastrillos,
Y que ganaste un premio: si te corta
Burlándose de insulsos discursillos,
Déjale, no le irrites; que pudiera
Sentar la dura mano en tus carrillos.
Jamás hables de industria, que es grosera,
Y no parece bien que un erudíto
Trate del cardador y la hilandera;
Pero sí del comercio.... ¡Qué bonito
Discurso imprimir pienso!... No te asombres,
Pues yo en todas materias me ejercíto.
Hablo del tiempo antiguo en que los hombres
Ni duros ni pesetas conocian,
Ni el agio y arbitrage: ¡duros nombres!
Con un trueque no mas se componian;
Permutaban carnero por cochino,
Y la partida doble no entendian.

Mas luego por desgracia el tiempo vino
Del lujo y corrupcion; hubo dinero,
Y á Dios cambio de vaca y de tocino.
Vióse entonces tramposo y usurero
El noble racional, surcó los mares,
Y trajo y llevó cargas como arriero.
Descubrióse la América, á millares
Vinieron las talegas, fueron fardos,
Despertó la codicia en los telares,
Hiciéronse contratos muy bastardos,
Y con la mala fé bien simulada
Se dieron solemnísimos petardos:
Aquí tienes mi obrita compendiada.
Las ciencias naturales corre luego,
Como gato por ascuas, de pasada.
Analiza la tierra, el aire, el fuego;
Del ácido muriático y carbónico
Algo has de hablar, ó pasarás por lego.
Mezcla un par de palabras del teutónico,
Del inglés otro par, y en breve rato
Pasmará tu caletre salomónico.

ERNESTO.

¿Y cómo aprende tanto un literato?

CECILIO.

Leyendo enciclopedias.

ERNESTO.

¡O fortuna!
¡Tanto saber á precio tan barato!

CECILIO.

Las artes en seguida una por una
Desmenuzando irás; que vale mucho
Aquesta erudicion siendo oportuna.
Cualquiera te tendrá por hombre ducho
En materia de cuadros, si señalas
El de Cano, el de Mengs, el de Carducho.
¿Qué importa si lo yerras? Si las malas
Pinturas no disciernes de las buenas,
Culpa á la poca luz que hay en las salas.
Supon que ya eres sábio, que te llenas
De tanta erudicion; pues nada has hecho
Si en la dulce poesía no te estrenas,
Con la cual ganarás honra y provecho.

ERNESTO.

¿Tambien esto?

CECILIO.

Tambien: es muy del caso
De cuando en cuando enternecer el pecho.
Verás hoy un mozuelo barbirraso,
Que aun siente el escozor de la palmeta,
Habérselas con Lope y Garcilaso.
Si el estro divinal mucho le aprieta,
Suelta la vena en abundante chorro,
Y de canciones hinche la carpeta.
Luego convoca el erudíto corro,
Y pulsando la cítara sonora
Sus pasiones inspira al mas modorro.
¿Qué mucho, si aun Cupido se enamora
Oyendo su letrilla regalada
A la risa de Fili encantadora?
No está en el franco idioma trasladada,
Y se entiende en París como en Pozuelo:
¡O fuerza de una lengua cultivada!
¡O mágia del pincel! Cualquier monuelo
Que haya bebido un trago en Helicona
Viste de verde alfombra el seco suelo:
Convierte en pastorcillo su persona,
En sagrado laurel una carrasca,
Y un manso en corderilla retozona.
Trasforma en bella ninfa á una tarasca,

Dice que se alimenta de ambrosía,
Siendo pan y cebolla cuanto masca.
  Este sí que es ingenio y poësía
En diosa convertir un almodrote,
Y arcadias componer de una alquería.
  ¡O milagros del arte! Aquel ricote
Por quien sudan dos mulas y un cochero,
Es mas rudo animal que un hotentote.
  Pero escribe Simplicio el lisonjero,
Y sin mas que empalmar dos consonantes
Convierte en Ciceron al majadero.
  Prendado de los versos retumbantes
Se la cuela el simplon, y así le engaña
El cazador de rimas y asonantes.
  ¡Cuántos, cuántos así la madre España
Produce fecundísima! ¿y qué mucho,
Si el escribir lisonjas es cucaña?
  Imprímese el ligero papelucho
En letras de Didot; y si hay quien dice
Que debiera empleärse en un cartucho,
  Al punto la razon lo contradice;
Porque anunciado luego en la gaceta,
¿Quien duda que el papel se inmortalice?
  Empuña sus realillos el poëta,
Apláudenle las damas, y el en pago
Una cancion tras otra las espeta.

Así crece su fama; en blando halago
El favor le acaricia, y no le ofende
De la severa crítica el zurriago.
Mas no solo el que adula bien entiende
El gusto de Madrid: Fabio el sensible
Un melodrama lagrimoso emprende.
Ya es tierno en las escenas, ya irascible:
Ora baja á las tumbas horrorosas,
Y allí ve un figuron magro y horrible;
Ora pinta mugeres angustiosas
Del hambre traspilladas: clamorea
Tal vez en las prisiones tenebrosas.
La plebe llora, el cómico berrea,
Cae el telon, se aplaude la ensalada,
Y luego por Madrid se cacarea.
Ya tienes la ganancia asegurada,
Dramático feliz: escribe, escribe,
Que esta es una carrera bien premiada.
Metálico sonante se percibe,
Y el chisperil incienso satisfecha
La musa tragi-cómica recibe.
¿Qué mas? punzado de amorosa flecha
Para el festivo carnaval dispones
Un tierno comedion de tu cosecha.
Buscas aficionados, les propones
Una funcion casera, escotan luego;

Tú aliñas el teátro y le compones:
  Te hacen primer galan. ¡Con cuánto fuego
Requiebras á tu Clori, que es la dama,
Diciendo que te ha herido el niño ciego!
  Ella es sensible, como tú se inflama,
Se ablanda, se derrite, en las novelas
Aprendió á hacerse tierna: á todos ama;
  Tú, empero, la cautivas, la desvelas
En la callada noche.... ¿Qué mas quieres?
Te casas.

ERNESTO.

No haré tal.

CECILIO.

¿Pues qué rezelas?

ERNESTO.

El lujo y liviandad.

CECILIO.

Es de mugeres.

ERNESTO.

Bailará la tal novia.

CECILIO.

No lo dudo.

ERNESTO.

No tomará la aguja.

CECILIO.

Ni lo esperes.
Es propia esta labor de ingenio rudo.

ERNESTO.

Pues, amigo, muy bien; carga con ella,
O cede la prebenda á un tierno viudo.

CECILIO.

Me destinó al nacer mi buena estrella
Para sábio, y no mas.

ERNESTO.

Y yo cuitado,
Para burro nací, pues no hace mella
En mi duro testuz lo que has charlado.

EL CAFÉ.

En el nuevo café, Liberio amado,
Entremos á reir. ¡Qué gritería!
¡Qué gentes! ¡qué calor! ¡cuántos cigarros
Humean en las bocas denegridas!
Huyamos de este sitio.... Pero tente,
Que allí con voz sonora y espresiva
El pedante Plumbin á borbotones
La erudicion derrama. ¡Qué noticias
Su memorion inagotable encierra!
¿Quieres saber historia? Pues aplica
Sin chistar el oido, que está hablando
De romanos y godos, y á fé mia
Nos dirá buenas cosas.... ¡Dios eterno!
¡Que discurra un mortal con tanta prisa!
Dos siglos se ha tragado en dos minutos.
Ya no hay godos: paciencia. Los califas
Vienen en procesion. Alá les guarde;
Verémos cómo trata á la morisma.
«Los árabes de España fueron siempre
»Groseros, ignorantes." ¡O bendita

La lengua que tal dice! Las grandezas
De Córdoba y Granada son mentiras.
¿Le creerémos tambien cuando asegura
Que tomó á Zaragoza Don Favila,
Que Pelayo compuso el Fuero Juzgo,
Y Don Alonso el Sexto las Partidas?
¿Te ries? Nada importa; yo venero
La exacta relacion del coronista.
Acaso habrás leido en tus librotes
Que el reino de Aragon se unió á Castilla
Cuando Fernando el Quinto dió su mano
A la grande Isabél. ¡Qué bobería!
Aquesto sucedió en el siglo trece
Despues que del Egipto y Palestina
El indómito Cid vino triunfante:
¿No lo acabas de oir? ¿pues qué vacilas?
Mas ya de rancios cuentos fastidiado
El sublime pedante nos esplica
La historia natural. Lejos, profanos
Reprimid, falsos, la burlona risa,
Que el Bufon castellano corre el velo
Con que el ancho universo se cubria.
¡Qué gestos! ¡qué espresion! ¡qué esclamaciones
Hace sobre un chinarro! No respira
El cuitado filósofo. ¡Cuál charla
De montes, de volcanes y de minas,

De rayos, y relámpagos y truenos!
Valedme Santa Bárbara bendita.
Mas ¡ay! pobres autores, que ya empuña
El látigo censorio, y os critíca,
Os zurra sin piedad. Iriarte, dice,
Es un autor insípido, purista,
Que en ramplon castellano dar lecciones
Morales quiso en secas fabulillas.
Mas que el turron de almendra empalagoso,
Con su Fili y su blanca palomita,
Me sácia de fastidio ese Melendez
Cuando al son canta de pesada lira.
¿Y por qué á Moratin los necios llaman
El hijo predilecto de Talía?
¿Qué supo hacer? Comedias sin enredo
De estilo natural, comedias frias,
Sin picantes sarcasmos ni alusiones
Que á los vivientes sajen ỳ hagan trizas;
Sin la mágia feliz de un melodrama
Que al embobado público extasía.
Esto sí que es patético, sublíme:
El ánimo recrea y le electriza;
Y no los cuadros de moral pesados
Que nos hacen dormir, y nos fastidian.
Yo tengo entre mis súcios borradores
Un drama original de alta inventiva,

En seis actos, donde hablan diez personas
Y mato cinco de ellas , y á cenizas
Reduzco una ciudad, lloviendo rayos,
Y espantosa la mar brama y se agita;
Mas pasado el furor de la borrasca
Aparece la estrella matutina,
Y de ella en ala rápida desciende
Una deidad que anuncia maravillas,
Y se corre el telon. ¡Cuántos aplausos
Lloverán sobre mí, sino la silvan!
¿Mas quién vocea tanto en aquel corro?
¡Ay que es Don Policarpo el estadista!
Salud, ó diplomático profundo,
Tú en el humilde asiento de una silla
Riges el universo, tú olfateas
Cual sagaz perdiguero las desdichas,
Ó la prosperidad que á las naciones
Guarda la Providencia ; ¡y cómo atinas!
¡Que no haya doce mundos! Uno solo
¿Qué sirve para tí cuando principias
A comparar imperios con imperios,
Un mar con otro mar , islas con islas,
Pueblo con pueblo, ejércitos y armadas
Con armadas y ejércitos? La envidia
Te persigue no obstante publicando
Que estás muy atrasado en geografía;

Que no hace mucho tiempo trasladaste
Al mar Mediterráneo las Antillas,
El Rhin á Egipto, y el Danubio á Flandes.
Pero tú, despreciando estas hablillas,
Politiquea mas y mas, glosando
Al estilo moderno las noticias.
  Plaza, plaza, señores, que á este sitio
Esparciendo perfumes se encaminan
Don Floro y Don Narciso, pisaverdes
Formados en Madrid. ¡Qué bizarría!
¡Cuán graciosos pinitos y meneos
Hacen con las enjutas piernecillas!
¿Y la cabeza? ¡O Dios! ¡con qué donaire
Se levanta la rubia crestecilla
En sus cráneos raquíticos! ¿Y el trage
No es cosa á la verdad curiosa y linda?
Pues oye su dialecto, que es gracioso.
¡Eh bien! ¿me negarás que la Clarisa
Tiene un aire elegante? ¿que sus ojos
Son lánguidos y dulces? — A fé mia
Ella es encantadora y muy sensible,
Mas yo soy inclinado á la Fermina.
¡Ah, qué espíritu el suyo! Me trasporta
Cuando habla de novelas; es muy viva
Y muy sentimental; compasion hace
Que haya nacido en la brutal Castilla.
Esta es su única falta. — Ciertamente,

Aquí no las aprenden cosas finas.
Ellas tienen buen físico, no hay duda;
Picante es su vivaz fisonomía,
Yo no sabré dudarlo. ¿ Mas qué importa
Si no vieron jamás las Tullerías,
No tienen aquel aire nonchalante
Con que inspiran amor las francesitas?
Y así la sociedad en nuestra corte
Se resiente de un aire de provincia.
A propósito, pues, de sociedades,
Ayer dió la Leonor una comida
En que hubo mucho mundo: ¿ no estuviste ? —
A fé mia que nó; comí en familia. —
¡ O mi Dios! ¿ y por qué? Me hace sorpresa:
¿ No fuiste á la verdad de la partida? —
Me invitaron, es cierto, y con instancias;
Mas no pude asistir porque me hacía
Mucho mal la cabeza, y fué desgracia;
Pues hubo muy brillante compañía,
Segun me ha detallado el peluquero....
Mas ya suenan las diez: vamos aprisa
A nuestro rendez vous.... Como una sombra
Han desaparecido. ¿Qué meditas,
Liberio, silencioso? — Que me pasmo
Al ver cuál se trasforman en el dia
Las sensibles doncellas en muñecas,
Y los tiernos donceles en maricas.

LA HOLGAZANERIA.

¡ O qué regalo! el haragan exclama,
«Es levantarse tarde, ir á los toros,
»Comer luego en la fonda, en el teätro
»Y en los bailes pasar la noche entera,
»Y nada trabajar en todo el dia.
»Esta la vida fué del siglo de oro,
»Comer, beber, tenderse á la bartola,
»Ó correr en el bosque tras las ninfas.
»Á fé que no eran bobos nuestros padres."
No lo estrañes, Fabian, los arroyuelos
Diz que manaban leche, miel sabrosa
Las robustas encinas, donde quiera
La tierra liberal les daba frutos,
Y sin llevar bolsillo, en todas partes
Cual cuerpo de sultan se regalaban.
Mas ahora no es así: la madre tierra
No dá frutos de balde, las encinas
Solo llevan bellota, y los arroyos
Brindan con agua clara, no con leche.
La miel dinero cuesta, sin dinero

No dá la rubia Céres sus espigas,
Y todo, todo al fin cuesta dinero.
Preciso es trabajar para adquirirle,
Beneficiar la mina, arar la tierra,
Correr los anchos mares comerciando,
Hilar, tejer, en la encendida fragua
Derretir los metales.... ¿Qué me canso?
Sino eres mayorazgo, y comer quieres,
Por fuerza has de remar, pese á tu cuerpo.
¿Te amarga la leccion? Vuelve la vista,
Mira á un hidalgo que hermanados lleva
El don y el hambre. ¡Desdichado mozo!
Nació tarde; paciencia: no es su culpa.
Llevóse el primogénito la casa,
Un huerto, un olivar, y él quedó asperges.
Holgar tan solo, y murmurar le gusta,
Y contemplar su rancia ejecutoria.
Ofrécele el blason punzantes chuzos:
(¡Para su hambre canina mal agüero!)
Y cajas, y banderas y cañones,
Y por remate un ave de rapiña.
¡Linda menestra á fé para un convite!
Cual lobo hambriento el infeliz ahulla,
Y de sus flacos hombros ya raída
Cuelga la capa en desiguales puntas,
Y triste amarillez su rostro afea.

Mira por el contrario, ¡qué robusto
Y alegre el labrador coge las mieses
Debidas á su afan! Hermosa prole
Cércale en torno, y la aplicada esposa
Mesa abundante y limpia le prepara.
Mesa envidiada por el guapo Estevan,
Que un cigarro fumó por desayuno,
Y con Curro, el torero, la mañana
Invirtió en disputar si entró el estoque
Por medio de la cruz, ó al lado izquierdo
Se inclinó cuatro líneas. ¡O destreza!
¡O pícara aficion! Por tí reposan
El dia de labor los menestrales,
Y de media semana las ganancias
Dejan en la taberna y el tendido,
Y ayunan la otra media. Enhorabuena
El afanoso inglés nos aventaje
En industria y comercio, y nuestras lanas
Luego nos venda en paño convertidas
Con céntupla ganancia. ¿Eso qué importa
Si tú tendido en el mullido lecho
Duermes de media noche á medio dia,
Y luego mas en regalada siesta?
Duermes tranquilo, y sueñas que en tu pátria
Rios de plata en abundancia corren,
Que en profusion la tierra mana frutos,

Y que á todos nos hace mayorazgos.
(¡Así fuera verdad!) Con esta idea
Tiéneste por señor, y al estrangero
Miras cual ganapan que destinado
A servirnos está. ¡Mozo inexperto!
Si tu grata ilusion no desvanece
El tropel de mendígos que te acosa
Donde quiera que vas, torna la vista
A esa larga cadena de infelices
Que al africano suelo van forzados.
Pregunta sus delitos: ese jóven
Mimado, te dirán, no aprendió oficio,
Dióse á tahur, y con sutil destreza
Los naipes al tallar escamotaba,
Y por él cien familias se arruinaron.
Aquel otro haragan y vagabundo,
De ánimo audaz y de rapantes uñas,
En los grandes concursos, de un bolsillo
Calaba el fondo, y con marcial llaneza
Trasladaba á su bolsa el oro ageno.
Aún mas infame aquel tráfico hacía
Del honor conyugal.... Mas corre, ó Musa,
El velo del pudor sobre este crímen,
Que abortó para mengua del humano
La torpe ociosidad.... De ella son hijos
El fráude inícuo, y el amor impuro,

Y la ciega ignorancia. Aquel Narciso,
Que de fino se precia y caballero,
Si donde está Marruecos le preguntas,
Junto á Pekin, dirá; mas no es preciso
Tan lejos acudir: dí que en el mapa
Te señale á Valencia, y sino pone
El dedo en Portugal, que ardan mis libros.
Pero si luego á murmurar le brindas,
Verás qué erudicion, y qué soltura
De lengua tiene: el penetrante dardo
No tan rápido va cortando el viento.
Tajos acá y allá sin duelo tira,
Mil honras caen á los primeros golpes:
No hay deudo ni amistad que le contenga,
Ni á tu virtud, Narcisa, acrisolada
Perdona su furor; falsa, gazmoña
Dice que es tu modestia, y que á escondidas
Prestas oido al seductor infame.
Él quiso serlo ¡vil! y despreciado,
Con la calumnia atroz vengarse intenta.
¡O pundonor antiguo castellano!
¿Dónde te ocultas? Defender las damas,
Blandir la lanza, acometer al moro,
Y de la pátria acrecentar la gloria,
Tal fué la ocupacion de nuestros padres.

No en vergonzosa ociosidad sumidos
Guerra de aleves al honor hacían,
Ni con los torpes vicios infestados
El seno de la pátria laceraban.
Mas sus nietos impávidos corriendo
Del garito al burdel, de fonda en fonda,
Consumen sin honor la pingüe herencia
Que costó tanto afan á sus mayores.
Consúmenla, trampëan: no hay amigo
Que no lleve un petardo: todos huyen
De su lengua falaz escarmentados.
Pide mas la manceba: no hay que darla,
Y ella entonces esquiva y burladora,
A otro incauto se entrega y le despluma.
Huyamos de esa turba, caro amigo,
A la tierra del vasco laborioso
Donde en rústico hogar la virtud mora.
Allí verás al labrador honrado
Con incansable afan colmar la tierra
De opímos frutos: si con él compáras
A esos hijos ociosos del deleite,
Endebles y raquíticos; ¿la risa
Podrás acaso contener? ¿Has visto
Entre débiles mimbres alto chopo
Cubrir el rio con sus anchas ramas,

Y á la avenida rápida y profunda
Sereno resistir? Así el membrudo
Labrador aventaja á esos pigmeos
Que cual traviesos monos de la Libia
En jugar y comer la vida emplean.

LA POSADA.

ROMANCE SATÍRICO.

Montado en su parda mula,
Tan trotona como falsa,
Cámino de Andalucía
Va un hidalgo de la Mancha.
Delante lleva espolista,
Grande maleta á las ancas,
Hondas alforjas colgando,
Y en ellas bota preñada.
De tiempo en tiempo refrena
Á la traviesa alimaña,
Empina la bota y fuma,
Y espolea con las zancas.
Así pensando en sus viñas
En su Aldonza y su vacada,
A tiempo que el sol se esconde
Llega al meson, y se pára.
Tiénele el mozo el estribo,
Se apea con gran cachaza,

Y una sucia Maritornes
Sale á dar la bien llegada.
Entra en la cuadra la mula,
Y entra tambien la mulata,
Y allí con el espolista
Tiernos coloquios entabla.
En tanto el finchado hidalgo
Entra en la cocina ahumada,
Donde unos arrieros guisan,
Otros roncan y otros charlan:
Saluda cortés, y nadie
De su hidalguía se cata,
Que esto de urbanos modales
No se estila en las posadas.
Pide cuarto: el posadero
Le dice que tenga calma;
Y llamando á Maritornes
Vuelve á tenderse á la larga.
El hidalgo muy mohino
De esta llaneza tan zafia
Sale al portal, donde un perro
Y seis mendígos le ladran.
Dá limosna, acuden otros
Con zalameras plegarias,
Y él aburrido se sienta
En el arcon de la paja.

Viene por fin Maritornes
Con una llave tamaña,
Mas propia para cochera
Que para cuarto de casa;
Y una escalera subiendo,
Alta, estrecha y derrengada,
Abre el cuarto, pertrechado
Con las siguientes alhajas:
Mesa con pies de tijera
Lustrosa de puro rancia,
Que ascendió no ha mucho tiempo
De la cocina á la sala:
Un taburete de encina,
Cosa en verdad no muy blanda,
Y dos sillas de baqueta,
Una coja y otra manca.
La tarima de cordeles,
Un jergon de poca paja,
Y un colchon de duras tripas,
Como entre guijarro y lana;
Un velon de cardenillo,
Sin tijeras ni pantalla,
Y pegadas con engrudo
En la pared dos estampas.
En este lujoso albergue
Entra la flor de la Mancha:

Pregunta qué hay de cenar;
Respóndenle, lo que traiga.
Manda subir las alforjas,
De ellas el repuesto saca,
Que en dos tortillas consiste,
Medio queso y seis manzanas.
Tiende luego Maritornes
Un mantel de gorda hilaza,
Y la vajilla coloca
Al mantel proporcionada.
Dos vasos de verde vidrio,
Una ancha y panzuda jarra,
Dos platos de Talavera
Llenos de costras y rajas;
Un tenedor con dos puntas
Muy torcidas y embotadas,
Un cuchillo sin ninguna,
Pero con mellas muy largas.
Cena el hijo-dalgo solo,
El espolista le escancia,
Y á su lado Maritornes
Como una cotorra charla.
Enflaquécese la bota,
La frugal cena se acaba,
Y la montaraz doncella
El duro lecho prepara.

Tiéndese el huésped cansado,
No entre sábanas de holanda,
Sino entre estopa y angeo
Que el blando cútis desgarran.
Apenas se queda á oscuras
Acuden con hambre y rabia
Mil antropófagos bichos
Que la tarima albergaba:
Unos le punzan brincando,
Otros del cuello se agarran,
Y allí con posma y ahinco
Le chupan y le desangran.
Dá el desdichado mil vueltas:
Las uñas tiende con saña,
Mas cuando al pecho las lleva,
Siente el picor en la espalda.
El enemigo es artero,
La noche oculta sus trazas,
Sus ataques son seguros,
Irresistibles las armas.
El cuerpo del buen manchego
Es un campo de batalla:
Si dá porrazos se hiere,
Si hinca las uñas se clava:
Cansado al fin de la lucha
Pide luz, sube descalza

Maritornes, y del hombro
Le cuelga airosa la manta.
El hidalgo encapotado
Sale de la alcoba infausta,
Y hace que el colchon le tienda
Maritornes en la sala.
Ella obedece gruñendo,
Estiende brazos y zancas,
Y por no ver tal vestiglo
Vuelve el hidalgo la cara.
Hecha la cama en el suelo,
Se va sin decir palabra
El marimacho bravío,
Dando bostezos de á cuarta.
Quédase el hidalgo á oscuras,
Y libre de las punzadas,
Ya empieza á gozar del sueño,
La dulzura y la bonanza;
Mas un arriero de pronto
Que le roban la cebada
Grita, y en el cuarto bajo
Una pendencia se traba.
Cien voces suenan á un tiempo,
Cien perros á un tiempo ladran,
Y hasta los asnos rebuznan,
Y en el concierto acompañan.

El mesonero reniega,
La mesonera regaña,
Todo es confusion y bulla,
Nadie cede, nadie calla.
Dura la gresca tres horas,
Vela el hidalgo otras tantas,
Y ya al olor de su carne
Vuelven los bichos de marras.
Impaciente deja el lecho,
Abre un poco la ventana,
Y al ver la luna prorrumpe
En estas tiernas palabras:
¡O quién viviera en tu seno!
¡O quién contigo rodára
Por no tratar á estas bestias
De dos y de cuatro patas!
Juro por mi amada Aldonza
No hacer ya mas caminatas.
Aunque al chantre, mi sobrino,
No vuelva á ver en su casa.
Absorto en mil pensamientos
Se pasea por la sala,
Y oye jurar los arrieros,
Que van saliendo á dar agua.
Rechina el porton mil veces,
Van y vienen alimañas,

Y las paredes y el techo
Retiemblan con las patadas.
En esto, alegrando el mundo
Al oriente asoma el alba,
Y á la cocina el hidalgo
Bien despabilado baja.
Manda aparejar la mula,
No almuerza porque no hay magras;
Pide la cuenta, y en ella
La mano el huésped le carga:
Un real le pone de ruido,
Y al ver partida tan rara,
Lleno de cólera dice
El manchego estas palabras:
¡Pagar yo por hacer ruido!
¡Yo que en noche tan penada
No he desplegado mis labios,
Cuando se hundia la casa!
«Por cama, luz y asistencia
Dos duros".... ¡O! pese al alma
Del potro que cuesta tanto,
Y de la ruin luminaria.
El posadero ladino
Aún dice que le hace gracia,
Y el infeliz caminante
Por no reñir paga y calla.

PIEZAS DRAMÁTICAS.

Pídele para alfileres
Maritornes. ¿ Esto falta?
Dále un real, monta á caballo,
Y el latrocinio se acaba.
Se abre el porton, y saliendo
El hidalgo de la casa,
Exclamó, dando un suspiro,
¡O posadas de mi pátria!

AGAMENON.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS:

ESCRITA

POR MR. LEMERCIER,

TRADUCIDA LIBREMENTE DEL FRANCÉS,

y acomodada al teatro español (*).



(*) Esta tragedia se representó por primera vez, con general aplauso, en el año de 1800; y habiéndose impreso en ausencia del traductor, salió llena de erratas y versos defectuosos: por cuya razon se reimprime ahora corregida de aquellos defectos.

PERSONAS.

AGAMENON, *Rey de Micenas y de Argos.*
CLITEMNESTRA, *su esposa.*
EGISTO, *hijo de Tiéstes, bajo el nombre de Plexipo.*
CASANDRA, *Sacerdotisa, hija de Priámo.*
ORESTES, *hijo de Agamenon.*
ESTROFO, *ayo de Orestes, y Rey de Corinto.*
PALENO, *confidente de Egisto.*
ARCAS, *confidente de Agamenon.*
PUEBLO Y SOLDADOS.

La escena es en el palacio de Agamenon, en Argos.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Egisto y Paleno.

EGISTO.

De tu solicitud y tus viäges,
Digno amigo de Egisto, fiel Paleno,
El éxito refiere. ¡Cuán ansioso
Mi pecho te esperaba! ¿De los griegos
La venida aseguran? ¿Su palacio
Verá gozoso Agamenon de nuevo,
Cercado de trofeos, ó Neptuno
Le sepultó en el mar?

PALENO.

Desde Sigéo
A las playas de Grecia cuidadoso
El Helesponto recorrí, que abrieron
Sus naves otro dia; mas ninguno
Pudo satisfacer nuestro deseo.

En los pueblos vecinos aseguran
Que estando ya á la vista de sus puertos,
De tempestad horrible combatida
La nave de Argos naufragó: suceso
Cuya verdad desmienten otras voces,
Que de duda y temor llenan mi pecho.
Argos, Corinto, el floreciente Epiro,
El Bósforo y las islas del Egéo,
Tracia y Atenas, cuyos altos muros
Baña el undoso mar, adonde el viento
Llevó la armada ignoran: aun es fama
Que la profanacion del sacro templo,
Mancillado con sangre, venga Palas,
En Pérgamo ofendida; y que los griegos
A la cólera entrega de Neptuno.
Cubierto se ve el mar allá á lo lejos
De míseros despojos; en las aguas
Al hijo de Laërtes lanza muerto
El rayo abrasador, mientras errante
Ayax discurre en un país desierto.
Sin duda Agamenon la suerte misma
Habrá ya padecido, y de su cetro,
De su esposa, y Micenas libremente
Desde hoy serás el absoluto dueño.

EGISTO.

Su muerte ó su venida no me espantan:
Soy hijo de Tiëstes.

PALENO.

Te comprendo:
Bastante de ese modo has indicado
Tu interés en su muerte.

EGISTO.

Del imperio
El derecho consigo si no existe;
Pero si á Argos volviere....

PALENO.

¿Cuál intento?....
Acaba.

EGISTO.

Expirará. La muerte sigue
Donde quiera sus pasos: ya le espero
Armado de venganza.

PALENO.

¿Y tal arrojo
No te hace estremecer?

EGISTO.

Sí: me estremezco
De este reposo en que mi furia yace;
De los ayes que exhalan lastimeros
De mi padre los manes, y del nombre
Con que en estos lugares encubierto,
Vive Egisto furioso.

PALENO.

Y así todos
Príncipe de la Iliria te creyeron,
Ilusos hasta ahora, bajo el nombre
Supuesto de Plexipo.

EGISTO.

Sí, Paleno:
Engañamos la corte de este modo:
¡Mas cuál irrita al vengativo pecho
Esta larga impostura! ¡qué de enojos
Sufro en este palacio! Llegó el tiempo
De ser por un delito conocido.

PALENO.

Con tu reserva al fin y tu silencio
Ninguno te descubre.

EGISTO.

Clitemnestra
Me conoce tan solo.

PALENO.

¿Y el secreto
Fías de una muger á la flaqueza?

EGISTO.

A su amor es debido.

PALENO.

¿A tal estremo
El amor alucina tu prudencia,
Que en pais enemigo descubierto?....

EGISTO.

¿Imaginas acaso, que agitado
En contímo pesar pueda mi pecho
Someterse á las leyes vergonzosas
De una débil pasion?

PALENO.

A Grecia veo
Tributarte envidiosa los honores

Al Monarca debidos, y yo mesmo
Contemplaba tu orgullo por la Reina
Aprisionado ya.

EGISTO.

De mis deseos
No alcanzando otro fin, todos opinan
Que gozoso en la corte y satisfecho,
Me detiene el favor de Clitemnestra;
Error que cuidadoso yo mantengo
Para evitar sospechas del designio
Que alienta mi furor: así el momento
De coronarme llega silencioso,
Y un éxito feliz tendrá mi anhelo.
Tú conoces, amigo, si la Reina,
Esclava de sus vicios, á mi pecho
Nació digna de unirse: arrebatado
Su espíritu feroz en los afectos,
Sin freno se dispara: infiel esposa,
Madre irritada, y de venganza ardiendo,
Ciega amante por fin, la que otro dia
Blasonó de pureza en su himenéo,
Hoy al crímen ligada se deleita,
Y en breve la verás, de Elena á ejemplo,
Hacer alarde de él; y la reserva,
Y todos los respetos deponiendo,
Estender en el mundo sus amores.

Yo entretanto las riendas del imperio
Dirijo en lo interior de este palacio,
Donde conspira mi rencor sangriento.
Aquí censuro á Agamenon ausente,
De príncipe cruël, que todo el reino
Sacrifica á la ofensa de un hermano:
Culpable por su causa represento
A la llorosa Grecia; y de este modo
Yo prófugo, infelice, sin imperio,
Condenado á la afrenta y desamparo,
Del poder en la cumbre ya me veo
Reinando con Atridas en Micenas.
La autoridad olvidan indiscretos
Los griegos de su Rey, no contemplando
Que pronto ya á venir, cual Jove escelso,
Puede mostrarse y castigar.

PALENO.

Tú mismo,
¿Por qué olvidas tambien incauto y ciego,
Que puede este Monarca, los amores
De su culpable esposa descubriendo,
Dar á Egisto la muerte que su brazo
Le tiene preparada? Yo recelo
Que algun adulador manifestando
Tu nombre....

EGISTO.

Nada temas: en el reino
Desconocido soy: y ni aun Estrofo,
Mi implacable enemigo, del misterio
Las sombras penetró; temo no obstante
Su aspecto receloso.

PALENO.

No comprendo
Por qué causa retarda la partida,
Llamándole á Corinto de su imperio
El penoso cuidado: con cautela
Debemos advertirle que su aspecto
A Clitemnestra ofende, y que abandona
A Pílades su hijo.

EGISTO.

Mi deseo
Ya alejarle ha intentado; mas en vano:
Su respetable edad, el grave peso
Que la austéra virtud dá á sus palabras,
La enseñanza de Orestes, y su celo,
Le armaron de un poder incontrastable.
Clitemnestra con él tan largo tiempo
Unida en amistad, á su presencia

Se cubre de rubor y sentimiento,
Que en vano disipar he procurado:
El censor inflexible conociendo
Su turbacion culpable, en el retiro
Entrégase al dolor, huye mi encuentro
Cercado de recelo; y si me habla,
La reprension é insulto siempre leo
En su odioso semblante.

PALENO.

Del monarca
La venida esperando, sus intentos
Ocultará entretanto cauteloso.
Temo....

EGISTO.

Nada hay que temas: con su muerte
La inquietud pagará que padecemos.
Si acaso ha penetrado mis designios,
Irá á acusarme al tenebroso averno.
Tú verás, ¡ó Tiëstes! castigado
En breve á Agamenon, y al mismo acero
Orestes morirá. Sombra querida,
Cálmese tu inquietud: calmaos, ruego,
Furias, que de la cuna proscribísteis
A los nobles Pelópidas.... Del cetro
Perezca el sucesor, perezca Atridas,

Y Electra expire en el paterno pecho.
Toda su sangre acabará á los filos
De este acero fatal, que el ímpio Atreo
Puso en mi diestra juvenil un dia,
Cuando con execrable juramento
Que exigió frauduloso de mi labio,
Me armó contra Tiëstes, á mi afecto
Desconocido entonces. Por mi dicha
Un dios de parricidio tan horrendo
Me libertó benigno.... ¿Qué pretendes,
Caro padre, de mí? Tu sombra veo
Pálida, errante, en la callada noche
Seguirme, hablar en desmayado acento....
No atribuyas, amigo, tal imágen
Á la falsa ilusion del torpe sueño.
Yo velaba una noche en este sitio,
Entregado á mi padre el pensamiento:
La calma silenciosa que reinaba
En aquellos instantes de sosiego,
La estancia solitaria circuía
De terror angustioso. Sin objeto
Mis ojos discurrian por las sombras,
Cuando de luto y palidez cubierto,
El cabello erizado, se presenta,
Ofreciendo á mis ojos de su pecho
La horrible cicatriz; teñido en sangre,

Sangre caliente aún. Terrible acero,
En su diestra espantosa centellaba,
Y su izquierda una copa muestra luego:
¡Espectáculo atroz! Abrió su labio
Manchado en sangre, y con airado ceño:
«Toma este acero, dijo, que á tu brazo
»Mi encono reservó: de horror cubierto
»Mira la copa; la funesta copa
»En que mi hermano detestable y fiero
»Me presentó la sangre de mi hijo:
»Vierte en ella la suya, sacia luego
»La inextinguible sed que me devora."
Dijo, y con prontitud retrocediendo,
El Tártaro mostróme, cuya senda
Siguió con rapidez. Aquel acento
Penetrando las sombras de la noche,
Aquella herida, el horroroso gesto,
Su palidez y la sangrienta copa,
Su á dios aterrador.... me estremecieron,
Turbaron mi razon. Imaginéme
Que siguiendo las huellas del espectro,
A la mansion bajaba de la muerte,
Inmensurable lago, donde el eco
Resuena de las sombras pavoroso.
Allí por las deidades del averno
Jurando, y por los monstruos espantosos

De la negra laguna, ví al reflejo
De pálidas antorchas á las furias
Sus sierpes irritar. Mi juramento
Recibió Tisifone con Tiëstes:
Despues tendióme el reluciente acero,
Y al tomarle en mi mano, de repente
Lanzando horribles gritos y lamentos,
Desapareció la sombra. Yo turbado
Me preparaba á huir, cuando de nuevo
A mi espíritu débil se presenta
Un lisonjero error. De gloria lleno
Me ví subiendo de mi padre al trono,
En tanto que á mi nombre todo un pueblo
Quemaba incienso á los eternos dioses.
Yo ví toda la Grecia en un momento
Sometida á mi yugo: ví á la Reina,
Guiándome á las aras de himenéo,
Y á todos mis contrarios consternados
Detestando su injusto menosprecio.
¿Tal imágen, Paleno, qué me anuncia?

PALENO.

Ofendido tal vez, porque el momento
De su ansiada venganza no ha llegado,
Tiëstes se mostró con el acero
Para excitar tu cólera.

EGISTO.

No hay duda.

PALENO.

Estrofo aquí se acerca.

EGISTO.

Mi secreto,
Requiere tu prudencia.

ESCENA II.

Dichos, y Estrofo.

EGISTO.

¿Quién de Estrofo
Los pasos acelera? ¿Cuál contento
Hácia aqueste lugar?...

ESTROFO.

Oid la causa:
La nave, al parecer, se ha descubierto
De los griegos ahora: yo corria
A dar la nueva á Clitemnestra....

EGISTO.

¡Cielos (*)!
¿Qué dices?

ESTROFO.

Que á su corte el Rey se acerca,
Y le veréis en breve corrigiendo
De su ausencia los males numerosos.
Sí, Plexipo, á su vista miraremos
Triunfante la virtud, que intimidada
Enmudeció hasta ahora: los perversos
En Argos temblarán.

EGISTO (**).

Vamos al punto
A informarnos, amigo.

ESCENA III.

Estrofo, y despues Clitemnestra.

ESTROFO.

Plegue al cielo

(*) *Aparte.*
(**) *A Paleno.*

Que al palacio no vuelvas. En la estancia
De la Reina entraré; mas ya la veo
A este sitio llegar.

CLITEMNESTRA.

Hablarte anhela,
Y desahogarse en tu sensible pecho
Mi inquieto corazon. ¡Cuál me complace
Ver cómo se adelanta á mis deseos
Tu constante amistad!

ESTROFO.

Vine, señora,
A anunciaros que torna á vuestro seno
Agamenon glorioso.

CLITEMNESTRA.

¿Pues aviso
De haber cruzado el mar vino de Delfos,
Cuyo oráculo Electra ha consultado?

ESTROFO.

Otras nuevas seguras ya tenemos.

CLITEMNESTRA.

¿Y á cuál darémos crédito nosotros,

Que fuimos engañados tanto tiempo?
No es posible, su armada....

ESTROFO.

Ya se acerca.
El griego observador, que vé el inmenso
Horizonte del mar en su atalaya,
Afirma que se vieron á lo lejos
Las velas blanquear; mas de improviso
Bramando el aquilon, se revolvieron
Las ondas irritadas, y la nave
De Atridas ocultaron en su centro.
Tal vez naufragará: vamos, ¡ó Reina!
A implorar las deidades, y ofreciendo
En sus aras el justo sacrificio....

CLITEMNESTRA.

¿Y á qué deidad, Estrofo, implorar puedo?

ESTROFO.

¿Qué pronunció tu labio? ¿Acaso temes
Dirigirles tus súplicas?

CLITEMNESTRA.

A precio
De tu inocente sangre, amada hija,

Nuestros mares en Áulida se abrieron
A la armada homicida: ¿por desgracia
Con tu muerte la calma de los vientos
Hoy deberé comprar, hijo querido?

ESTROFO.

Depon, ¡ó Clitemnestra! ese recuerdo.

CLITEMNESTRA.

Me enseñó la desgracia á que temiese
La pérdida de Orestes.

ESTROFO.

¿Y su afecto
Podrá haber apagado la ternura
Consagrada á un esposo? El grave riesgo
Que á Atridas, y al ejército amenaza,
Debes ahora llorar.

CLITEMNESTRA.

¿Acaso un tiempo
El bárbaro lloró, cuando una hija
Arrancó á la ternura de mi pecho?
El aparato fúnebre, la banda,
Las aras, el cuchillo, aquel funesto
Calcas bañado en sangre de Ifigenia,

Ella exhalando el postrimer aliento,
Y su padre inflexible á las plegarias,
Sordo al comun dolor, tales objetos
Solo ocupan mi espíritu. Vosotros,
¡O dioses! conoceis con cuál estremo
Mi corazon le amaba, antes que al nombre
De padre renunciase: al himenéo
Sumisa, y siempre fiel, jamás osára
Sus límites hollar; pero sangriento
Inmolando á Ifigenia ante su madre
Pálida, moribunda, en triste ruego
A sus pies abrazada, rompió el nudo
Que unía nuestras almas, y el derecho
Perdió á mi tierno amor.

ESTROFO.

Los altos Dioses,
Esta preciosa víctima pidieron.

CLITEMNESTRA.

No fueron, no, los Dioses: el orgullo
Ha sido autor de crímen tan horrendo.

ESTROFO.

Mírale entrar glorioso en sus hogares.

CLITEMNESTRA.

Ya su laurel ensangrentado veo.

ESTROFO.

Y yo de los consejos que recibes,
El efecto infelice.

CLITEMNESTRA.

¿Qué consejos?...
Sella el lábio.... cruël....

ESTROFO.

Perdona, ¡ó Reina!
Sí, perdona á un anciano que sincéro
A tus plantas se arroja: soy amigo
Del noble Agamenon: te compadezco,
Y no temo el peligro que á mi arrojo
Puede en tu corte amenazar, contento
Moriré por tu bien; y de mis años
Así el penoso insoportable peso
Depondré de una vez.

CLITEMNESTRA.

¿Pensaste acaso?....
¡Ay, Estrofo! Disipa en el momento
Está duda fatal.

ESTROFO.

Solo á Plexipo
Hoy acusa mi voz.

CLITEMNESTRA.

¡Plexipo, cielos!

ESTROFO.

Sí: contra él se dirigen mis sospechas,
Y no en ofensa tuya.

CLITEMNESTRA.

¿Descubiertos
Por quién pudimos ser?

ESTROFO.

Por tu semblante,
Que de rubor se cubre á mis acentos.
Permíteme decir sin ofenderte,
Qué indica tal pudor. Habla en tu pecho,
Y á tu gloria, á tí misma te reclama
Esa voz de los dioses justicieros,
Que nunca han perdonado los delitos
De los que se enlazaron en sus templos.
Ellos solos formaron la cadena

Del himenéo santo: á su desprecio
Sigue el asesinato, la discordia,
El atormentador remordimiento,
Y el ódio inexorable de los hijos,
Presente criminal del adulterio.
¡Recuerda el fin de Erope, que inmolada
Fué de su esposo á los furiosos zelos:
Ejemplo aterrador! Recuerda á Elena,
Nombre que con rubor pronuncia el griego,
Condenada á la fama de su culpa,
Que combates tan largos y sangrientos
Eternizaron ya: muéstrate siempre,
Clitemnestra, la misma. ¿El fiel sendero
Que siguió tu virtud, ¿podrás ahora
Ilusa abandonar? Tu menosprecio
Sienta el impuro amor, y el casto orgullo,
Hijo de la inocencia, que á tu sexo
El imperio reserva de las almas,
Vuelva á tu corazon.

CLITEMNESTRA.

¿Y ese recuerdo
De su primera gloria, Clitemnestra
Necesitaba acaso? La que el cielo
Unió con el monarca de la Grecia,
Hija de un semi-dios, ¿de sus abuelos,

Puede el orgullo abandonar? Estrofo,
Desconocer no debes el respeto
Debido á mi poder ; ¿no era bastante
Para poner á tus palabras freno?
Te atreviste á acusarme ; nada importa:
La noble libertad de tus consejos
Tolera mi grandeza, y aun se digna
Responder á los cargos que me has hecho.
Ese príncipe ilustre, perseguido
Por el cielo y los hombres, á quien ciegos
Infamais con sospechas tan injustas,
Solicitó mi amparo y valimiento.
Yo le acogí benigna: sus virtudes
Honré con mi favor, y sus derechos
Que al número superan de sus males,
Luego me reveló. Tambien es cierto
Que sus hazañas y el valor heróico,
Que firme combatió con el adverso
Rigor de su destino conjurado,
Mas que á piedad mi corazon movieron.
Yo misma, yo me admiro, al ver que pude
Prendarme de un mortal : pero me lleno
De gloria contemplando que mi amparo
Ha podido escudarle contra el ceño
De la suerte, del cielo y de los hombres.
El compasivo, y como yo sintiendo

La muerte de Ifigenia, y las desgracias
De mi triste familia, siempre tierno
Mis lágrimas enjuga, me consuela,
Ó me acompaña en el dolor: mi afecto
Como un feo delito se censura,
Y acaso es muy legítimo. Corrieron
Diez meses ya desde que Troya ardiente
Vió sus torres caer, y en este tiempo,
Ni de la armada, ni del Rey pudimos
Nueva alguna adquirir; burlada creo
Nuestra esperanza ya: si acaso cierta
Fuere su muerte infausta, de mi pecho
Árbitra entonces, mirará la Grecia
Con otros ojos mi ternura, siendo
La que ahora criminal, luego inocente.
Faltando Agamenon, verás el cetro
De Plexipo en la mano, que á la mia
Enlazaré gozosa, y en el templo
Consagrada la union de nuestras almas,
Se afirmará con vínculos eternos.

ESTROFO.

¡Dioses! ¿Y piensas entregar tus hijos
De Plexipo al poder?

CLITEMNESTRA.

Darles deseo

Un padre.

ESTROFO.

Un opresor que no conoces.

CLITEMNESTRA.

¡Tal héroe!...

ESTROFO.

Es un proscrito.

CLITEMNESTRA.

Yo te advierto
Que ese proscrito desdichado, iguala
A mi sangre.... tal vez.

ESTROFO.

¿Qué has dicho?

CLITEMNESTRA (*).

¡Cielos!
El amor me estravía... Yo lo ignoro.
Ciega en creer á Agamenon ya muerto,
A tu pesar, de mi culpable enlace
No esperes que abandone el pensamiento:
Sígueme á la ribera, y de las naves
La venida, ó la pérdida sabrémos.

(*) *Turbada.*

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Clitemnestra, Egisto, y Paleno.

CLITEMNESTRA (*).

Ansiosa te esperaba, para hablarnos
Tal vez pocos instantes ya nos quedan:
Aplacada la furia de los vientos,
Acércanse las naves á la tierra.
Arcas, que á Agamenon se ha adelantado,
En la vecina estancia hablarme espera.

EGISTO (**).

Mándale entrar.

CLITEMNESTRA.

Unidos este dia
Con iguales peligros, tu presencia

(*) *A Egisto.*
(**) *A Paleno.*

*

ARCAS.

Vuestro placer en recompensa basta.

CLITEMNESTRA.

Ya anunciaron su triunfo en las riberas
Mil fuegos, mensageros de su gloria;
¿Mas qué enemigo obstáculo su vuelta
Pudo así retardar despues que Troya
Vió la postrera luz?

ARCAS.

Fue justa pena
De las frigias deidades ofendidas.
No contento el soldado al ver la tierra
Teñida en sangre, y los troyanos muros
Sembrados de cadáveres, de guerra,
De fuego y confusion, encarnizado,
Los templos santos profanó su diestra
Con horrible saquéo, y las deidades
Vengaron tal furor.

CLITEMNESTRA.

¿Y qué es de Elena?

Necesito y consejo.

EGISTO.

Sella el labio.

ESCENA II.

Clitemnestra, Egisto, Arcas y dos Soldados.

ARCAS.

Colmado de placer vengo, Princesa,
De mi Rey á anunciaros la venida.
Digno de su fortuna y su grandeza,
De Troya vencedor y de Neptuno,
Argos le verá pronto, cual desea,
En el palacio entrar de sus abuelos,
Coronada de lauro su cabeza.
La nave llega al puerto: yo gozoso
Me anticipé á traer la fausta nueva,
Y á expresaros en nombre del Monarca,
Los deseos y amor, que su terneza
Confirmará despues.

CLITEMNESTRA.

Tanto cuidado
Agradece sensible Clitemnestra.

ARCAS.

A su primer esposo fué entregada,
Quien indulgente y débil otra pena
Que su remordimiento no la impuso.
Murmúrase en secreto la indulgencia
De Menelao en tan horrible crímen,
Y se lloran los héroes que á la Grecia
Ha costado la afrenta irreparable
De su adúltera fuga.

CLITEMNESTRA.

Considera
Que estás, Arcas, hablando con su hermana.

ARCAS.

Olvidarlo debí. ¿Cuándo las huellas
Del infame raptor pudiera ilusa
Clitemnestra seguir? Sus altas prendas
Son el honor de Grecia y el ejemplo.
Veo su corazon cual se deleita
Contemplando de Páris el castigo,
De Menelao vengadas las ofensas
De Príamo en la sangre, cuya hija
Agamenon conduce prisionera.

CLITEMNESTRA.

¿Quién es esa infeliz que ató á su carro?

ARCAS.

Una Princesa ilustre, aun no sujeta
Al yugo de himenéo: si escuchamos
La voz universal, un tiempo fuera
Que sus ojos leían lo futuro,
Por Apolo instruída en esta ciencia;
Mas privándola el Dios de don tan alto,
La luz de su razon faltó con ella.
Aun frenética á veces imagina
Que el fatídico espíritu la alienta;
¡Incurable locura, triste efecto
De los horribles males que la cercan!

EGISTO.

¿Y la jóven Casandra, entrará en Argos?

ARCAS.

Viene con el Monarca: la tristeza
Pintada en su semblante, los sollozos
Que exhala de contínuo lastiméra,
Su silencio entre el ruido de las armas,
Su desgracia, su llanto y su nobleza,

Y los ojos de espanto ora cubiertos,
Ora de languidez, enternecieran
Del griego mas feroz el duro pecho:
Todos la compadecen, y consuelan
En su llorosa esclavitud.

CLITEMNESTRA.

Ya basta:
Cuando con el ejército aquí venga
Atridas, avisadme: parte luego.

ESCENA III.

Egisto y Clitemnestra.

EGISTO.

Y por fin, ¿qué resuelve Clitemnestra
A vista del peligro?

CLITEMNESTRA.

Amado Egisto,
Esclava del temor, vuelvo en la idea
Mil diversos proyectos, que turbado
Ya abriga el corazon, ya los desecha,
Entre angustiosas dudas vacilando.
¿Y cuál partido, díme, en tan funesta

Lucha podré tomar? Vuelve el tirano
Del duro corazon que le detesta;
Pero el remordimiento, los derechos
De un esposo ultrajado me recuerda:
¿Egisto, lo creerás? Este Monarca
Ambicioso y crüel, cuya dureza
Nunca ví satisfecha de mi llanto,
Cuyos horribles crímenes conserva
Mi afligida memoria, al que aborrezco,
Y temo y ofendí; se me presenta
Como un Dios vengador, terrible, airado,
Que á sorprendernos viene, y con su diestra
La culpa á castigar. Ni los agravios
Que otro tiempo sufrí, ni las ofensas
Que tú supiste engrandecer, ya bastan
A escusar el perjurio, que quisiera
Para siempre olvidar. En todas partes
Oigo una voz, que dice: tiembla, tiembla,
Y mira los delitos con su gloria
Oscurecidos ya: desaparezcan
Una débil pasion, y un ódio ciego:
El título de madre y el de reina
De Júpiter al hijo te subyugan;
Y á sus triunfantes brazos la primera
Debes volar.

EGISTO.

¿Qué dudas aterrada?
Del destino sigamos la violencia.
¿Mas por qué en otro tiempo me ocultaste
Ese grande respeto que ahora muestras?
¿Hubiérase mi pecho unido al tuyo,
Si el enojo de entrambos no se uniera?
Devuélvele tu fé; vuelve al cariño
Que ofreciste en las aras indiscreta;
Que mi pecho tambien, con sacros nudos
Empeñado en venganza sempiterna,
Cumplirá su deber. Este momento
Disipa nuestro error, y nos aleja.
Obra siguiendo á amor; yo á la venganza:
A sus plantas se doble tu cabeza;
Mi orgullo no lo sufre: con la espada
A conocerme va; y ¡oh! si pudiera
A tu sombra, Tiëstes, irritada,
Ofrecer hoy de Atridas la cabeza.

CLITEMNESTRA.

¿A qué estremo el furor te ha conducido?
Mi turbacion perdona, y mi demencia:
¿Deberé yo ocultarte los martirios
De mi oprimido corazon? No quieras

Aumentar el espanto que me agita:
Teme al Monarca, evita su presencia,
Y la mia tambien: esto conviene,
Te lo manda el honor.

EGISTO.

Siempre en la tierra
Prófugo andar y errante fué el destino
Del hijo de Tiëstes. Con afrenta,
Mísero, envilecido, ignoble fruto
De incestuôso amor, ni la grandeza,
Ni el poder, ni los bienes goza Egisto,
En tanto que cargado de riquezas,
De la triste Ilïon vuelve glorioso
El enemigo de mi sangre. ¿Intentas
Que oculto y despreciado viva en Argos?
¿Amas, y tal infamia me deseas?
Y si acaso me ve, ¿nuestros amores
Esperas ocultarle? La reserva
El razonar oculto, nuestro llanto
Los ojos, todo al fin, la inteligencia
Dirá de nuestras almas. Y, ¡felices
Si el riesgo de mi muerte único fuera!
Pero será forzoso el escucharle
Tu perjurio acusar, de su soberbia
Tolerar las injurias, y muriendo

Víctimas del amor que nos alienta,
Ser míseros objetos del desprecio
De una insolente corte: la sospecha
No dejemos velar.

CLITEMNESTRA.

¿Piensas que osado
Alguno llegue á hablarle?

EGISTO.

Sí; recela
Mi corazon, que Estrofo, ese enemigo....

CLITEMNESTRA.

¿Mi delator Estrofo? ¿La bajeza
De infame acusador cabrá en su pecho?
¿Y por qué has de temerle? Si pudiera
Tu nacimiento descubrir, yo misma
Temería tal vez; mas no hay en Grecia
Quien sepa arcano tal: debes, Egisto,
Esperar el momento en que yo pueda
Al Rey manifestarte: reflexiona
Que pudieran del pueblo algunas quejas
Suscitarse á tu vista, con las cuales
Se comprobára mi delito. Ceda
Tu pecho alguna vez á mis deseos;

Si peligras te ofrezco mi defensa,
O contigo morir; mas no me agravie
De nuevo tu repulsa y tu dureza:
Ceda Egisto á mi amor.

EGISTO.

Cedo, y lo juro.

ESCENA IV.

Dichos, y Estrofo.

ESTROFO.

Perdona, si te ofende mi presencia.
¿Quién aquí te detiene, cuando todos
En confuso tropel al Rey esperan?
¿Y cuando ya los gritos de alegría
En la celeste bóveda resuenan,
Anunciando que llega á estos lugares,
Su esposa en nuestros muros sola queda?
Conducido yo hubiera al tierno Orestes
A recibir al Rey, sino temiera
Con mi anticipacion sola dejarte;
Y porque á tí es debido, ilustre Reina,
Acompañar á tu hijo, que esperando
Está para marchar.

CLITEMNESTRA.

¡Hora tremenda!
¡Imprevisto combate, y de diez años
Loca seguridad! En mi vergüenza
El suplicio verá.... ¿Pero qué importa?
Yo detesto las almas fraudulentas,
Que pueden ocultar en el semblante
Su martirio secreto: que me vea,
Y se vengue al momento. Mas tú, Egisto (*),
No te olvides jamás de tu promesa.

EGISTO.

No tardeis mas, señora.

ESTROFO.

¿Y qué? ¿Plexipo
Osará acompañarte?

EGISTO.

¿Y quién lo veda?
Yo seguiré mi voluntad.

(*) *A él en voz baja.*

ESCENA V.

Estrofo solo.

ESTROFO.

Malvado,
Pronto veré humillada tu soberbia.
Terrible Agamenon y victorioso
Abatirá tu injusta prepotencia,
Y solo gobernando, de tu yugo
Libertará al imperio y á la Reina.
¿Mas qué estrépito suena en mis oidos?
Atridas con el pueblo aquí se acerca.

ESCENA VI.

Agamenon, Clitemnestra, Orestes, Casandra, Estrofo, pueblo y soldados con trofeos: Casandra se quedará en un lado de la escena con abatimiento.

Marcha magestuosa.

AGAMENON.

Salud, amada pátria, muros de Argos;
Y vosotros salud, palacio, tierra

Que á los nobles Pelópidas criäste.
Las lágrimas que vierte mi terneza,
Tributos del respeto y la alegría,
Recibid mis amigos, caras prendas,
Y tú, lugar augusto; al fin permite
El poderoso Júpiter, que os vea.
Y pues que el Dios mi vida defendiendo,
Los diez años pagó de nuestra ausencia
Con infinitos triunfos, tributémos
Un solemne homenage á su grandeza.
La sangre de los toros inmolados
Corra en el sacro templo á la presencia
De mis vasallos todos: con su canto
Consagre el Sacerdote las ofrendas
En las augustas aras, adornadas
De guirnaldas y frutos, y su diestra
En los trípodes queme el puro incienso,
Que nuestra gratitud y reverencia
Lleve á los inmortales, cuya imágen
Honren esos trofeos de la guerra.

ESTROFO.

Si de un príncipe fiel, respetuöso,
Un vencedor ilustre se recuerda....

AGAMENON.

¡Estrofo venerable! tú que á Orestes
Enseñas la virtud, á mí te llega:
Ven á mi corazon agradecido
A tu constante celo. ¡Cuál deleita
Despues de los horrores del combate,
En vuestro seno, y en la pátria tierna
Tranquilo respirar!

ORESTES.

¡Amado padre!

AGAMENON.

¡Hijo querido, y mi esperanza!... Electra,
¿Cómo no viene á mis amantes brazos?

CLITEMNESTRA.

Víctima de las ondas te contempla,
Y á consultar está sobre tu suerte
El oráculo délfico.

AGAMENON.

Su tierna
Piedad el Dios benigno tranquilice....
¿Pero de dónde nace la tristeza (*)

(*) *A Clitemnestra.*

Que veo en tu semblante? ¿A mi cariño
Turbada correspondes?

CLITEMNESTRA.

Con las nuevas
De tu muerte, mil veces desmentida,
Y mil asegurada, tantas penas
El alma padeció, que la alegría
Torna á abrigarse en mí dudosa y lenta.

ORESTES.

Sí, amado padre: el tímido deseo
Siguió vuestros peligros donde quiera.
Yo, que á vuestra partida infante débil
Quedé en este palacio, ansié de veras
Conocer á mi padre victorioso.
Ufano con la gloria y las proëzas
De vuestro invicto brazo, de contínuo
Mandaba repetirlas; y mi lengua
Los memorables nombres repasaba
De Aquiles, sin igual en la braveza,
De Ulises, Menelao, y el sábio Nestor,
Consumado en el arte de la guerra;
Modelos que estudiaba á todas horas.
Ya contaba los dias de la ausencia,
Y los héroes muriendo á vuestras manos.

Ya tímido trazaba las riberas
Del Simois y del Xanto, y las murallas
de Troya, y nuestro campo. Ya en la idea
Os miraba correr tras la victoria
Hollando mil peligros, y mi diestra
Requería las armas: otras veces
Herido os contemplaba, y á la tierra
Mis lágrimas corrían.

AGAMENON.

¡Tierno gozo
Para un padre de amor!

ORESTES.

Besarme deja
La diestra vencedora.

AGAMENON.

¡Qué respeto!

ORESTES.

¿Es este acero el que tiñó la tierra
Con la enemiga sangre? Permitidme
Tocarle, al menos, en segura muestra
De rendido homenage.

AGAMENON.

Amado Orestes,
A tu valor mi espada se reserva.

ORESTES.

¡Qué honor los tiernos años me robaron!
¡Cuántas victorias conseguido hubiera,
Polvoroso y sangriento á vuestro lado!
La suerte de los dos fuera una mesma,
Y tal vez como Aquiles, yo arrastrára
Al feroz Hector.

CASANDRA.

¡O martirio!

AGAMENON.

Cesa,
Que allí su triste hermana nos escucha:
No añadamos, Orestes, á sus penas
Nuestro gozo importuno: de los Dioses
A ejemplo, respetemos la miseria.
¡Desdichada Casandra! sin recelo
Acércate á nosotros, nada temas:
¿Habrá quien tu desgracia, tu familia,
Y la edad juvenil no compadezca?

CLITEMNESTRA.

De Prïamo la hija en este suelo
No sufrirá la bárbara soberbia
De un señor imperioso: sus derechos
Venero cual sagrados; y en la Grecia
Todos venerarán.... ¡pero qué aspecto! (*)
¿Desconfias de mí? ¿por qué me muestras
Ese ceño feroz? Depon el ódio,
Y háblame sin terror.... ¿Callas?... ¿Te niegas
A obedecer mi voz?

CASANDRA.

Mis tristes ojos (**)
Ofende esta muger: el pecho tiembla.

AGAMENON.

¿De qué puede nacer el imprevisto
Horror que te ha inspirado Clitemnestra?

CASANDRA.

Piso la tierra ya, donde la muerte
Me esperaba cruël.

(*) *Casandra retrocede con espanto.*
(**) *Aparte.*

AGAMENON.

Nada hay que temas.
Segura estás aquí.

CASANDRA.

No habeis creido
La deidad que me inspira.... A la certeza
Del oráculo fiel, un muro opone
Esa incredulidad que torpe os ciega....
¡Yo mísera! ¿qué soy? Errante sombra
Al averno llamada. Ya se acerca
El momento fatal.... A Dios por siempre,
Ondas del sacro Simois. Placentera
Ya nunca me veréis, como solía
En tiempo venturoso, de azucenas
Cubrir en vuestras playas los altares,
Que esperaban las víctimas y ofrendas.
Al espantoso ruido de Aqueronte
Se mezclarán mis voces lastimeras,
Allá en el reino oscuro de la muerte,
Donde voy á bajar.

AGAMENON.

¿Por qué te entregas,
Casandra, á ese furor desesperado,
Libre de los trabajos que acarrea
La dura esclavitud? ¿Quién amenaza
Tu vida, ó tu reposo?

CASANDRA.

Tales eran
Las voces de los Frigios, cuando en vano
El fin les anuncié de su grandeza,
La ruina de sus muros; y con todo
Dejaron de existir.

AGAMENON.

Calma tu pena
Con la cual nos injurias.

CASANDRA.

Sí, Casandra,
Mira á Troya en cenizas, y sobre ellas
Cante alegre tu voz: camina al templo;
La ruina de tu pátria allí celebra,
Y el duro cautiverio de sus hijos.
Aun los veo.... ¡insensatos! Ya los cerca
La desgraciada noche en que la muerte
Del sueño les sacó. La mole inmensa
De aquel mónstruo fatal, obra de Palas,
Cuyo seno falaz la muerte encierra,
Vosotros arrastrais. Yo sola, ¡ay triste!
Desvelada, solícita, y cubierta
De angustia y de terror, vaticinando
El venidero mal que me atormenta,
Corro, vuelo exclamando: ¡desdichados!

¿Qué dias elegís para las fiestas?
¿Qué fúnebres antorchas os alumbran?
¡De flores coronais vuestras cabezas!
Ya preparan el lazo: ved teñidas
En sangre nuestras playas: ved la hoguera
Iluminando el mar, la noche, el puerto....
Inútiles palabras, que desprecian
Con ciega confianza: semejante
Es al suyo tu error (*). Hoy á mis penas
El cielo pone fin; piso ya el suelo
Donde mis ojos ven la tumba abierta.

AGAMENON.

Fuera de acuerdo está: Troya incendiada
Á sus ojos al vivo se presenta,
Y turba su razon, y la estravía.
Dejémosla; que el tiempo la aspereza
Calmará de su mal. Vamos al templo,
Que ya los Dioses mi homenage esperan.

(*) *A Agamenon.*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Clitemnestra sola.

CLITEMNESTRA.

¿Adónde en mi inquietud llevo la planta?
¡Fatal incertidumbre en que vacila
Avasallado del terror mi pecho!
Lento suplicio es ya mi triste vida.
Entraré á ver al Rey.... ¿Podrás, malvada?
¿Los gritos del pudor no te intimidan,
Cuando le has mancillado torpemente?
¿Quieres que se descubra la perfidia
En tu mismo rubor? Si bondadoso
Me oye, ¿cuál confusion será la mia?
Del fingido Plexipo intento en vano
Tener oculto el nombre, y su desdicha.
¡Y qué! ¿Fingir por siempre será fuerza
Añadiendo al delito la mentira?

CLITEMNESTRA.

¿Pues qué alma impía
Persigue á ese infeliz, y en él se venga?

ESTROFO.

¿Soy el único yo que de su vista
En la corte se ofende?

CLITEMNESTRA.

Y dime, ¿acaso
Su libertad, ó su vivir peligra?

ESTROFO.

Solo sé que el Monarca por sí mismo
Le quiere examinar en este dia.

CLITEMNESTRA.

Si de ese desgraciado, sin defensa,
No concede á mis lágrimas la vida;
Si señala con sangre su llegada,
Moriré: ¿mas qué vale en tal desdicha
Mi desesperacion? Amor ha sido
Quien esta tempestad embravecida
Levantó contra él; quien le ha forzado
A alejarse de mí; fuera injusticia

ESCENA II.

Clitemnestra y Estrofo.

CLITEMNESTRA.

Con tu sábio consejo, Estrofo amado,
Vuelve á mi corazon la calma antigua;
Compadece mi mal; se ha retirado
Por mi mandato el Príncipe de Iliria:
¿Peligrará si á presentarse vuelve?
¿Al fin podrá, Plexipo?....

ESTROFO.

No prosigas:
Plexipo está en prision.

CLITEMNESTRA.

¡Dios de venganza!
¡Tú me has vendido, Estrofo!

ESTROFO.

¿Yo sería
Capaz de tal infamia, Clitemnestra?
Amado de tu esposo, y de tí misma,
¿La discordia fatal en vuestros pechos
Pudiera introducir?

Por un infiel temor abandonarle
En el duro suplicio que á sus dias
Amenaza tal vez. Cuando la senda
De la virtud dejé, de mi familia
Y mi gloria en desprecio; cuando pude
Posponer al amor que me domina
La fama universal de mi entereza;
Me entregó mi pasion á las desdichas,
Y acaso á los delitos: tema, tema
Este violento ardor en que respira
De Clitemnestra el corazon; respete
La desgracia que á un héroe tiraniza.
Monarca inexorable, si no cede
A mis ruegos tu cólera, yo misma
Su muerte he de vengar, aunque la diestra
Vuelva contra mi seno, ya teñida
En tu enemiga sangre.

ESTROFO.

¿Dónde, ó Reina,
Te conduce el furor? Vence, domina
Tu desesperacion con la prudencia,
Y en inciertos peligros no te finjas
Un positivo mal. De ese Plexipo,
Por quien alucinada sacrificas
Tu fama, tu deber y tu grandeza,

La muerte de este modo precipitas
En lugar de salvarle. Nada temas:
Si alguna queja contra tí suscitan,
Pronta hallarás mi voz en tu defensa;
Y aun mi fiel amistad arriesgaría
Estos caducos años, no bastando
Del discurso la fuerza. Tú verías
Sino templára al Rey, á su venganza
Mi cabeza ofrecer encanecida.
Mas debo sin rebozo confesarte,
Que así como á servirte se dedica
Mi zelosa amistad; no de otro modo
Atento observador de la malicia,
El velo correré con que Plexipo
Las tramas engañosas que medita,
Ha sabido ocultar; ni porque sean
Las traiciones de un pérfido temidas,
Tú serás al Monarca sospechosa:
Él solo es acusado con justicia
De abierta rebelion, por los discursos
Con que su lengua audáz desacredita
Los gloriosos combates de la Grecia;
Por los muchos secuaces que concilia
Su generosidad; por las facciones,
En que el Monarca y su nacion peligran:
Por el crédito, en fin, que ya ha logrado

Debido á tu flaqueza y su perfidia.
Mas yo le haré morir, unido á todos,
Si armarse contra un héroe determina.
En breve nuestra duda aclararémos,
Pues el Rey ha mandado que á su vista
Le conduzcan aquí, donde le espero.

CLITEMNESTRA.

¿Y este exámen fatal oiré yo misma?
¿He de escuchar los cargos, los baldones,
Sin osar de la tierra, confundida,
Los ojos levantar, temiendo siempre
Que descargue la bárbara cuchilla
Para teñir en sangre estos lugares
Un esposo irritado, cuyas iras
Estremecen mi pecho?.... Mas él viene:
Huiré: tú me dirás qué determina,
Si acaso descubriese mis amores.

ESCENA III.

Agamenon y Estrofo.

AGAMENON.

El sagrado deber que me impedia
Mi gratitud mostrarte y mi terneza,

Acabo de cumplir: al fin respira
Libre mi corazon solo contigo,
Y el afecto sincéro que le aníma
Manifestarte puede, en recompensa
Del zelo infatigable con que inspiras
A Orestes la virtud. Y pues tú mismo
Penetrar has podido las intrigas
De la corte engañosa, libremente
Infórmame de todas, y noticia
Dame de los desórdenes secretos
Que ignoro yo tal vez: nada me finjas:
¿Quién es ese extrangero, que del pueblo
El ódio inexorable se concilia,
Creyendo su morada peligrosa?

ESTROFO.

Un Monarca infeliz, segun afirma,
Por Neptuno arrojado á nuestras playas,
A quien tu corte recibió benigna.

AGAMENON.

¿Y por qué ya contraria le aborrece?

ESTROFO.

Ignoro qué delitos lo motivan.
Mas luego que á tu vista comparezca

Descubrirlo podrás, si cuerdo atinas
A sondear aquel pecho misterioso.

AGAMENON.

¿Y qué puede temer de su perfidia
Agamenon triunfante, á quien la Grecia
Ha visto vencedor de Troya altiva?
Caudillo entre Monarcas poderosos,
Y acatado en la Grecia, yo sería
El mas feliz, Estrofo, sino viera
Turbada á Clitemnestra y pensativa.
En vez de acreditar su regocijo
A mi llegada, recibióme tibia,
Con estraño desden; pero de un hijo
El aspecto anhelado y las caricias
Mi corazon calmaron. Mas ahora,
Sin el prestigio aquel, teme y se agita
Al mirar su semblante, su silencio,
Y el trémulo pavor que la domina
Estando en mi presencia; ya confusa,
Cubierta de fatal melancolía
A hablarme no se atreve: ya descubren
La pena que su pecho martiriza,
Y el afecto forzado que me finge,
Sus frívolos discursos. ¿Y por dicha
No advertiste tú mismo su zozobra

Cuando Orestes los brazos la pedia?
La ternura de madre y la de esposa
¿Acaso demostró cual debería?

ESTROFO.

¿Y puede fomentar tales sospechas
Un noble corazon, á quien sublima
La gloria hasta el asiento de los dioses?
Si agena de la pública alegría
No se goza la Reina en tu llegada,
La pérdida lo causa de una hija,
Cuya triste memoria no han borrado
Diez años de pesares todavía.
Aun llora el sacrificio de Ifigenia.

AGAMENON.

¿No temes recordar en este dia
Tal nombre á Agamenon?

ESTROFO.

A pesar mio,
Señor, le pronuncié.

AGAMENON.

¿Tú resucitas
Mi paternal dolor? La vez primera

Es esta, que un mortal se determina
A Ifigenia nombrar desde el aciago
Y lastimero instante en que la Aulída
Vió su sangre correr; pero á mis ojos
De contínuo tambien llega ofendida,
Y me atormenta su horrorosa imágen.
Yo detesté el decreto que ofrecia
Mi sangre en sacrificio: ¿pero acaso
Le dictó la ambicion ó la codicia,
O el temor de un ejército enemigo,
A quien invictos héroes acaudillan
Armados de furor? Vosotras solas,
Deidades inmortales, la cuchilla
Del venerable Calcas levantásteis,
Forzando mi piedad, que resistia
Vuestro decreto obedecer; y ahora
Renace este recuerdo en mi desdicha,
Despues que aborrecer me hizo la gloria
En los sangrientos campos de la Frigia.
Testigo de mis lágrimas, la noche
Mi dolor en las playas recibia,
Sin que el sueño apacible le calmase;
Hasta que de la aurora á la venida
Empezando de nuevo los combates,
Se apartaba su imágen de mi vista.
Pero ya terminada la pelea

Otra vez á mis ojos se ofrecia,
Y su espantosa muerte retratando,
A llorar me obligaba las conquistas
Que tanto me costaban.

ESTROFO.

Con tu ejemplo
Aprende, Agamenon, desde este dia
A juzgar á la Reina mas piadoso.
Pero aquí ya Plexipo se encamina.

ESCENA IV.

Dichos, Egisto y guardias.

AGAMENON (*).

Llega, y ese cuidado misterioso
Con que de mí te ocultas, me descifra.
¿De qué pueden nacer tantas sospechas,
(Infundadas tal vez) que se publican,
Y me han hecho tan pronto conocerte?
Declárame tu suerte y tus desdichas,
Plexipo, sin temor: ¡tu estado?

(*) *A Egisto.*

EGISTO.

El tuyo.
Es mi pátria la Grecia: de la Iliria,
Y del trono me arrojan mis hermanos.
Proscrito por sus artes y su envidia,
Ludibrio de la suerte y de las ondas,
Me acogió Clitemnestra compasiva.
Todo lo sabes ya.

AGAMENON.

Pero debiste
Ofrecerte á mis ojos.

EGISTO.

Yo creía
Ofender tu grandeza pareciendo
Sin un prévio decreto, que á tu vista
Me mandase venir: ni imaginaba
Que este exámen cual reo sufriria
Por una duda solo.

AGAMENON.

Necesario
Es del sumo poder á la justicia,
O príncipe, el rigor; pero si cierta

Fuere tu confesion, mis naves mismas,
Mis armas y soldados, sin tardanza
Te volverán á tu grandeza antigua;
Enseñando á tus pueblos de este modo,
Que vengador del crimen y perfidia,
Agamenon vivió para defensa
De la razon hollada y perseguida.
Pero tiembla, y conoce tu peligro
Si inspiró tu discurso la mentira.
Un mortal cuyo labio es engañoso,
Mas que el profundo averno me horroriza.
Destruye, pues, la criminal sospecha.

EGISTO.

¿Yo responder á voces tan indignas
de tu crédito, á viles cortesanos,
A quien han inspirado tal envidia
Los honores que debo á Clitemnestra?

ESTROFO.

Debe ser una duda combatida
Si es fundada, Plexipo; y el desprecio
Solo está bien á la virtud tranquila.
Si acreditar la tuya deseabas,
No era bien esperar á que de Atridas
La solícita guardia te buscase

En lugares ocultos; ni debias
Con pálido semblante recibirlos;
Sino aquí presentarte; las malignas
Calumnias disipar; y asegurando
Tu inocencia y respeto, á la hora misma
Entregarnos tus armas.

EGISTO.

Si ellas bastan
A calmar el temor que te domina,
Toma (*).

AGAMENON (**).

¿Qué acero es este?

ESTROFO.

¡Cómo!

EGISTO.

¡Dioses!

AGAMENON.

¡Qué! ¿te has estremecido? Yo ví un dia,
Ví de Atreo en las manos esa espada,

(*) *Entregando la espada.*
(**) *Levantándose.*

Que á Egisto le entregó su ardiente ira,
Para inmolar al pérfido Tiëstes,
Y así lo prometió su lengua misma.
Este es Egisto.

EGISTO.

¿Quién?

AGAMENON.

Tú mismo.

ESTROFO.

¡Cielos!
¡Egisto!

EGISTO.

Sí, yo soy; hiere, y tus iras
Acaben de una vez; que ya cansado
Mantener la impostura no podia.
Hijo de horrendo crímen, execrable
Al universo todo, con la vida
El oprobio y el mal voy arrastrando,
Proscrito de mi reino y mi familia,
Sin bienes, sin honor. Toma la espada,
Y derrama la sangre que me anima,
Objeto del horror, del ódio insano,
Que á mis venas un tiempo trasmitian
Nuestros abuelos mismos.

AGAMENON.

¿Qué pronuncias?
¿Pudiste sin temor, con voz impía,
El nombre recordar de mis abuelos,
Y atestiguar con ellos tu perfidia?
¿Has olvidado acaso los horrores
Con que cubrió la enemistad inicua
De Tántalo la estirpe? Este palacio,
Aqueste mismo suelo que ahora pisas
Con temeraria planta, fué bañado
De tu padre en la sangre aborrecida.
Y pues veo su imágen, sus delitos
Retratados en tí, ¿por qué no miras
Del formidable Atreo las facciones
En mi rostro tambien?

EGISTO.

¡Horrible vista!

AGAMENON.

Evitemos el vernos para siempre.

EGISTO (*).

Tiëstes infeliz, ¿qué solicitas?

(*) *Con furor.*

AGAMENON.

¿Qué furor repentino?...

EGISTO.

¿Ves su imágen
Pálida, horrible, con la copa misma
Que recibió su sangre? ¿Mas qué digo?
La ilusion engañosa me estravía.

AGAMENON.

¡Feroz! A tu despecho se descubre
El ódio inexorable que te agita.

EGISTO.

Inquietados los manes de mi padre
con tu funesta voz, así me inspiran.
¿Qué dispone de Egisto tu venganza?

AGAMENON.

Que se aleje al instante de mi vista.

EGISTO.

¿Su delito cuál es?

AGAMENON.

Su nacimiento.

EGISTO.

Los dioses vengarán la tiranía.

AGAMENON.

Los dioses no defienden al culpado.

EGISTO.

Así te haces ministro de sus iras.

AGAMENON.

Así de tí me aparto, y el castigo
Debido á tus engaños, así evitas.

EGISTO.

El hijo de Tiëstes y el de Atreo
No pueden habitar la tierra misma.

AGAMENON.

Aléjate mañana de mi reino,
O teme mi furor.

EGISTO.

Mañana, Atridas,
No me verás en él.

ESCENA V.

Agamenon y guardias.

AGAMENON.

Huye, malvado,
De una generacion aborrecida
Infame descendiente, agradeciendo
La vida á mi bondad; y la desdicha,
Y el terror que los dioses te enviaron,
Por la tierra y los mares te persiga.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Egisto y Clitemnestra.

EGISTO.

De esta horrible mansion huir me deja,
Y abandona á un amante despechado.
Vuélvete á Agamenon, vuelve y recibe
El á Dios postrimero de mi lábio.

CLITEMNESTRA.

¿Qué dices?

EGISTO.

De la corte y de su reino,
Para siempre el cruël me ha desterrado.

CLITEMNESTRA.

Ya sé, querido Egisto, dónde llega
De su bárbaro pecho el inhumano,

Y heredado rencor.

EGISTO.

Pero aun ignoras
Que insulté su fiereza arrebatado,
Y que la enemistad de nuestros padres,
Manifestó la cólera de entrambos.
Tiëstes presidió nuestro discurso,
Rompiendo de la muerte el duro lazo,
Y con los juramentos de venganza,
Estos funestos sitios retemblaron.
Cúmplanse por nosotros.... ¡O, si nunca
Hubiera yo seguido tan incauto
El tímido consejo que me diste!
Al menos con honor saliera de Argos,
Y no con un destierro ignominioso.
Mas no debo quejarme de este daño
Que sufro por tu amor: solo me aflige
De tí considerarme separado,
Llevando mi dolor y mi ignominia
De ribera en ribera sin descanso,
Hasta que de pesares consumido
Muera lejos de Grecia y de tus brazos.

CLITEMNESTRA.

¿Y pudiera sufrirlo Clitemnestra?
No conoces su amor, ni que ha jurado

Tierna seguirte donde quiera, sabes.
Y pues que en este caso nos hallamos,
A pesar de la afrenta y el suplicio,
Cumplir mi juramento es necesario.
Dispon.

EGISTO.

¡Triste de mí! Veo los males,
La angustia y el horror que al separarnos
Mi pecho oprimirán; ¡pero infelice!
¿Qué puede tu flaqueza, qué tu llanto
Contra el poder terrible del Monarca?
Tu esfuerzo y mi furor serán en vano,
A la ley sometidos de la fuerza.

CLITEMNESTRA.

Ya que contrarestarla no podamos,
Librémonos de su rigor: ¿qué tiempo
De término á tu marcha señalaron?

EGISTO.

Mañana con la aurora partir debo.

CLITEMNESTRA.

Y á seguirte mañana me preparo.

EGISTO.

¿Qué dices?

CLITEMNESTRA.

Mi designio.

EGISTO.

¿Quién le inspira?

CLITEMNESTRA.

¿Debes quejarte de él?

EGISTO.

¿Y debo acaso,
Consentir cuál deseas?

CLITEMNESTRA.

¿Pues qué? ¿Egisto
No temblará al dejarme?

EGISTO.

¡Cielo santo!
¿No adviertes que llevándote conmigo,
El peligro es mayor y el sobresalto?
¿Quién nos protegería? ¿cuál asilo
Al fiero Agamenon podrá ocultarnos?

¿Sin armas, ni soldados, yo qué puedo
Contra un Rey vengador de Menelào?
Mi pena y mi maldad supiera Grecia,
Tu desgraciada suerte lamentando.

CLITEMNESTRA.

La fuga puede solo....

EGISTO.

¿Y en qué tierra
Podrémos de la muerte libertarnos?
Si me sigues, irás por donde quiera
Tu ignominia y tu pérdida buscando:
Elige otro partido mas seguro.

CLITEMNESTRA.

¿Hay alguno?

EGISTO.

La muerte, es el que hallo
Tan solo á mi dolor. Mas tú dichosa,
A quien la ira celeste no ha alcanzado,
Vuelve, vuelve á los brazos de tu esposo,
Sus fundadas sospechas disipando,
Que tal es tu deber; y para siempre
Renuncia á la esperanza de juntarnos:
A Dios.

CLITEMNESTRA.

Conozco, al fin, tu menosprecio;
Basta ya, basta, infiel. Deja el palacio
Huye, pues lo deseas, de mi vista;
Y así agradece y recompensa, ingrato,
Mi amor y beneficios, para siempre
De Clitemnestra, y de ellos olvidado:
Huye, y déjame expuesta á la venganza,
Mi muerte en tus vïages ignorando.
Ojalá, desleãl, que á tu venida
Hubiera esa dureza yo mostrado,
Y que al oir tu nombre estremecida,
Te negára mi afecto y aun mi amparo.
Mi pecho, con tus súplicas movido,
Se arroja á los peligros temerario:
Si huyes, él huir tambien intenta;
Y si mueres, morir determinado.
Sirve, Egisto, al amor, no á mi prudencia,
Que persuadir te esfuerzas tan en vano:
Ofréceme otro medio poderoso
Y valgámonos de él.

EGISTO.

Solo uno hallo.

CLITEMNESTRA.

¿Y cuál?

EGISTO.

Es muy atroz.

CLITEMNESTRA.

Dile.

EGISTO.

Horroroso.

CLITEMNESTRA.

¿Pero cierto?

EGISTO.

Muy cierto.

CLITEMNESTRA.

¿Pues acaso
Mas terrible será, que la violencia
Con que vive mi pecho subyugado
De un mortal á las leyes detestables,
A quien nuestros amores ultrajaron?
¿Despues de tal injuria, qué nos falta?
Responde.

EGISTO.

Nada ya.

CLITEMNESTRA.

¿Sellas tu labio?

EGISTO.

¿Y tú me lo preguntas?

CLITEMNESTRA

Me horrorizo....
¡O qué funesta luz! ¿Quién ha causado
El temblor, y la angustia de mi pecho?
¿Qué podrá de su yugo libertarnos?
Dí.

EGISTO.

Lo ignoro.

CLITEMNESTRA.

¿Su muerte?

EGISTO.

¿Quién lo anuncia?

CLITEMNESTRA.

Tu silencio fatal.

EGISTO.

Crezca tu espanto:
Aquese es mi designio.

CLITEMNESTRA.

¡Justos Dioses!
¿Quieres que se mancillen nuestras manos
Con el crímen atroz del parricidio?
Yo me estremezco.

EGISTO.

Sí; tímido, helado,
Tiemble tu corazon, que en breve, en breve
Recibirá de su piedad el pago.
Espera, que tu esposo de Casandra,
De esa mísera esclava enamorado,
Su corona y tu lecho la destine,
Reservándote solo el triste llanto,
El olvido y oprobio, y á tu hijo
De sus justos derechos despojando.

CLITEMNESTRA.

¿Y yo consentiría, que gozase
De nuestras desventuras y trabajos
Casandra el galardon? Antes perezca
El bárbaro Monarca: perezcamos
Casandra, yo, tú mismo: con sus muros
Este pueblo tambien caiga arruinado,
Y en su seno derrame la venganza,
Los furores de Troya y los estragos.

EGISTO.

Arma el brazo de Egisto sin recelo;
Arma el tuyo tambien, si es necesario.
Confunde á tu rival; y hiere, hiere

De Ifigenia al verdugo despiadado:
No toleres que usurpe tus derechos....

CLITEMNESTRA.

No.

EGISTO.

Si aprecias tu vida y mi descanso,
Perezca Agamenon.

CLITEMNESTRA.

¡Cómo! (*)

EGISTO.

Esta noche.

CLITEMNESTRA.

¿Y qué mano?....

EGISTO.

¿Tú dudas? Este brazo
En él se vengará, y en la Troyana....
Mas no, yo no podré: veo cerrado
A mis terribles golpes el camino,
Los que saldrán seguros de tu brazo.
Clitemnestra, es forzoso, ó darle muerte,

(*) *Espantada.*

O sin mas dilaciones separarnos:
¿Muere, ó parto? Pronuncia.

CLITEMNESTRA.

No te ausentes.

EGISTO.

A tus pies, Clitemnestra, ya consagro
Mi constancia y mi vida en recompensa
De ese noble propósito que alcanzo.
Solo falta cumplirle, con un golpe
Vengar tu menosprecio, y enlazarnos;
Sin esperar que él mismo nos castigue.

CLITEMNESTRA.

Huye de este lugar, que siento pasos.

EGISTO.

Ten presente el amor y los peligros;
Y á Dios. ......

ESCENA II.

Agamenon y Clitemnestra.

CLITEMNESTRA.

¿Adónde huiré? ¡Funesto acaso!
¡Mi esposo!

AGAMENON.

En este sitio retirada,
¿Por qué á los sacrificios has faltado?
¿Por qué en mi compañía no autorizas
De la solemnidad el aparato?
¿En tan plausible dia, Clitemnestra,
A los públicos votos teme acaso
Unir los de su amor?

CLITEMNESTRA.

¿Así el injusto
Agamenon se atreve á imaginarlo?

AGAMENON.

Así lo sospeché por tu retiro.
El dolor que en tí veo retratado....
La confusion que en vano me disfrazas....

CLITEMNESTRA.

Yo, Príncipe....

AGAMENON.

No hay duda: ese afectado
Semblante, las miradas; todo, todo
Me cubre de temor; pero ya alcanzo
La verdad por Estrofo.

CLITEMNESTRA.

¡Por Estrofo!
¿Con qué viles calumnias ha infamado?....

AGAMENON.

No le ultrajes así: ningun Monarca
De cuantos se someten á mi mando,
Cual él, mi confianza ha merecido.
Fiel siempre á la amistad y á los sagrados
Preceptos del deber en todos tiempos
De celo y pundonor pruebas me ha dado.
¿Él mismo de mi riesgo temeroso
No me informó de Egisto?

CLITEMNESTRA.

Desterrado
Egisto ya, ¿qué temes?

AGAMENON.

Nada temo.
Enemigo tan débil, cuyo brazo
Desarmó mi rigor, turbar no puede
Mi pecho á guerrear acostumbrado.
Tú sola, tú, con dolorosas dudas
De contínuo le estás martirizando:
Dicen, que de la suerte de Ifigenia
Acusándome aún....

CLITEMNESTRA. (*)

Ya he respirado.

AGAMENON.

Las profundas heridas de tu pecho
Renuevas cada dia; ¿pero acaso
No es comun el dolor á nuestras almas?
Grecia toda tambien ha lamentado
Mi desgracia fatal; y aun el decreto
Movió la compasion de los soldados
Mas duros y feroces. ¡Y una esposa,
Mas severa que todos, el quebranto
Aumentará de un padre! y entregada

(*) *Aparte.*

A su resentimiento despiadado,
¿Me negará el placer de consolarla?
Llégate, Clitemnestra; y abrazando
A un esposo que te ama, hallarás luego
Dulce consuelo á tu pesar amargo.
¡O venturoso dia, en que los Dioses
Que nuestros fieles pechos enlazaron,
De nuevo nos reünen!

CLITEMNESTRA.

¡Desdichada! (*)

AGAMENON.

Por esta firme union hemos logrado
Felicidad eterna, inalterable;
Y en tu dolor, al fin, te consolaron
De nuestro casto amor los tiernos frutos.
Electra de Ifigenia es el retrato;
Y Orestes, con su amor y su ternura,
Será el apoyo en la vejez de entrambos.

CLITEMNESTRA (**).

Juramento fatal, á el que por siempre
Mi execrable maldad ha renunciado!

(*) *Aparte.*
(**) *Aparte.*

AGAMENON.

¿Por qué vuelves tu rostro?

CLITEMNESTRA.

Cese, cese,
Príncipe, la bondad con que has llenado
Mi pecho de crüel remordimiento,
De pena y confusion.

AGAMENON.

Con ese llanto
Quedo ya satisfecho: él me asegura
Que en amor y terneza se ha trocado
El ódio que abrigabas.

CLITEMNESTRA.

Él descubre
El horror que me cerca, contemplando
Que pude aborrecerte. Amado esposo....
Mi rubor será eterno y mi quebranto....
¡Desdichada de mí!.... Culpable he sido....
Permite que á tus pies....

AGAMENON.

Ven á mis brazos.

CITEMNESTRA.

Perdona una sospecha, que atormenta
A mi angustiado corazon. ¿Acaso
De Prïamo la hija, esa infelice
Que ha entrado á par de tí cautiva en Argos
Subyugar al amor pudo tu pecho?

AGAMENON.

¿Y tú celosa temes? ¿Y ha bastado
A inquietar tu ternura esa sospecha?
Pero aquí viene Estrofo: el desengaño
Te va á tranquilizar. Guía á Casandra
Aquí sin detencion, Estrofo amado. (*)
Vuelva á tu corazon la calma antigua,
Y vuelva el tierno amor sin sobresalto,
Que nunca te olvidó tu fiel esposo.
Cuando á Troya en cenizas sepultamos,
Despues de repartidos los despojos,
Los Griegos las esclavas sorteâron.
Tocóme á mí Casandra, y desde entonces
Prometí consolarla con mi amparo,
Defender su pudor de los ultrajes;
Y con tal proteccion he disipado

(*) *A Estrofo que aparece, y se va.*

El temor que mi yugo le inspiraba:
Pero ya á este lugar llegan entrambos.

ESCENA III.

Dichos, Casandra y Estrofo.

CASANDRA.

¿Quién me vuelve á la luz? ¿Quién de la eterna
Y deseäda noche á mis quebrantos
Arrebatarme quiere? ¿Ni aun la muerte
Pacífica esperar me habeis dejado?
¿Qué desean de mí? Príncipe, ¿adónde
Quieres llevar mis vacilantes pasos?

AGAMENON.

A mi vista, no temas: de la Reina
A la piedad tu suerte he confiado.

CASANDRA.

De tu sacerdotisa, justo Apolo,
Compadece el dolor. ¡Dioses sagrados!....

ESTROFO.

¿A qué esas tristes voces?

CASANDRA.

¡Desdichada!

CLITEMNESTRA.

¡Nunca podrás mirarme sin espanto!

CASANDRA.

¡Execrable mansion! Sangriento suelo
Con un asesinato mancillado,
A cuyo aspecto se oscurece el dia....
¡Qué gritos! ¡qué clamores! ¡qué aparato
Tan horrible y feroz! Niños, mugeres,
Del cuchillo á los golpes espirando....
¿Qué miro en derredor? Padres verdugos
Con esposas adúlteras, y hermanos
Parricidas sangrientos.... ¿Veis, ó tristes,
Cuál nos acechan ya, sangre esperando,
Mil pálidos espectros horrorosos,
Con palpitantes carnes en sus manos,
Alimento de un padre? Ya, ya siento
Mi cabello erizarse: ya me abraso,
Y el Dios sufrir no puedo que me inspira....
La víctima infeliz se va acercando:
La muerte se aparece: el duro hierro
Tiene ya la venganza levantado....
Libradle del furor.

AGAMENON. (*)

¿Quieres del cielo
Las iras despertar en nuestro daño?

ESTROFO.

¿De qué nace tu horror?

CASANDRA.

¿No habeis podido
Este misterio penetrar?

AGAMENON.

¿Acaso
Algun funesto mal nos amenaza?

ESTROFO.

Declárale.

CASANDRA.

Temblad.

AGAMENON.

Dioses, ¡qué amago!....

(*) *A Casandra.*

CASANDRA.

¡Deplorable Monarca!....

AGAMENON.

¿Quién te inspira?....

CASANDRA.

Un Dios.

AGAMENON.

¿Quién ha de ser asesinado?

CASANDRA.

Tú.

AGAMENON.

¿Yo, cuando mi triunfo se prepara?

CASANDRA.

Troya en sus regocijos ha expirado.

AGAMENON.

¿Cuándo el incienso y mis humildes votos,
Que el cielo recibió benigno y grato?....

CASANDRA.

El desdichado Prïamo fué muerto,

Los sagrados altares abrazando.

CLITEMNESTRA.

A Troya no recuerdes.

CASANDRA.

Ver su imágen
Donde una Elena veo, no es estraño.

CLITEMNESTRA.

¡Insolente!

CASANDRA.

¿Me ultrajas? ¡Triste patria!
Troyanos, perdonad aqueste llanto,
Que me arranca la suerte desdichada
De vuestro vencedor. Ya van guïados
Del impío furor los viles pechos:
¡O noche de maldad! Veo en la mano
De una esposa el puñal, que va á clavarse
Del esposo en el seno desgraciado.

AGAMENON (*).

¿Qué te estremece?

CLITEMNESTRA.

Su discurso horrible.
Triunfa, y aplaudeté del bien tan alto
Que gozas en la esclava: está de acuerdo
Con ella en la maldad, y alucinado

(*) *A Clitemnestra.*

Da asenso al vaticinio, á la impostura
Que la venganza vil le está dictando
En descrédito mio. A la enemiga
Corona, y hiereme.

CASANDRA.

¡Cómo! ¡acusados
Los avisos del cielo de impostura!

AGAMENON (*).

Cesen ya tus agüeros temerarios.

CASANDRA.

¡La desgracia fatal que nos persigue,
Infelice Monarca, te ha cegado!
Mañana dormirás en el sepulcro:
Ten presente el aviso que te he dado.

ESCENA IV.

Clitemnestra, Agamenon y Estrofo.

CLITEMNESTRA.

¿Y creerá Agamenon, que yo culpable?....

AGAMEMENON.

No lo creeré jamás: antes el brazo
De la muerte implacable me destruya,
Que yo de tí sospeche un atentado.

(*) *A Casandra.*

ESCENA V.

Agamenon y Estrofo.

ESTROFO.

Nunca podré acusar á la Princesa;
Pero he de confesar, que oí temblando
A la Sacerdotisa. Acaso Egisto....
Sabes que te aborrece, y que el malvado
Es capaz del delito.

AGAMENON.

De la corte
Mañana partirá.

ESTROFO.

Pero irritado,
Hoy permanece en ella. Yo te ruego
Por el amor de un hijo, por mis años,
Por el temor, en fin, que me domina,
Que le mandes al punto salir de Argos.

AGAMENON.

Salga, Estrofo: dispon, manda: tu amigo
Se abandona á tu celo y tu cuidado.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Agamenon, Estrofo y Orestes.

ESTROFO.

Contra tí conspiraba impunemente
Por haber despreciado sus designios
Con heróica grandeza; y esta noche
Cubrirían las sombras su delito.
Velé con atencion en la partida,
Y acompañando á la ribera á Egisto,
Le ví alejarse de Argos velozmente.
Entrégate al reposo ya tranquilo.

AGAMENON.

¿Cómo recompensar podré tu celo?

ORESTES.

¡Qué escucho! ¿Y cuáles eran del impío
Los malvados intentos?

*

AGAMENON.

Nada temas:
¿Los dioses de piedad, que en mil peligros
Apartaron la muerte de mi pecho,
De ella solo me habrian defendido
Para hacerme morir al fiero golpe
De un brazo criminal? ¿Y qué enemigo
Puede turbar la paz de estos instantes?
Dichoso con tu amor, hijo querido,
Dedicaré mis años á guïarte
De la austéra virtud en el camino,
Para que goce un héroe en tí la patria
Mis pasos sigue ahora, pues rendido
Con el peso y fatigas de la guerra,
Del ansiado reposo necesito
En el seno feliz de mis hogares:
A Dios, Estrofo.

ESCENA II.

Estrofo solo.

ESTROFO.

A Dios: goza al abrigo
De los riesgos el sueño, pues burlada

De Egisto la esperanza por mí ha sido.
Feliz yo, si alejándole por siempre,
Aparto del furor tu pecho invicto,
Y de la vil maldad el de la Reina.
Tal vez ella me acuse en su delirio,
Y el ímpetu primero del enojo....
Pero ya va llegando hácia este sitio,
Retratado el dolor en su semblante.

ESCENA III.

Clitemnestra y Estrofo.

ESTROFO.

Clitemnestra....

CLITEMNESTRA.

¿Qué quieres? Huye inícuo:
Huye anciano infeliz, de mis pesares
Abominable autor.

ESTROFO.

De tu martirio
El esceso respeto, y sello él labio.

CLITEMNESTRA.

Alejaté de mí.

ESCENA V.

Egisto y Clitemnestra.

EGISTO (*).

Yo soy.

CLITEMNESTRA.

¡Tú!

EGISTO.

¿Le has herido?

CLITEMNESTRA.

¿Qué pronuncias?

EGISTO.

Responde sin tardanza.
¿Respira Agamenon?

CLITEMNESTRA.

Amado Egisto....

EGISTO.

Ya te comprendo, infiel: morir yo debo.

(*) *En voz baja.*

ESCENA IV.

Clitemnestra sola.

CLITEMNESTRA.

Dioses malignos,
De inflexible rigor, al fin mi cuello
Al yugo de un esposo aborrecido
De nuevo encadenais. ¿Será forzoso
Que yo haga de mi amor el sacrificio?
Egisto, amado Egisto, ¿tú me huyes?
¿De mi valor dudaste que atrevido
Por tí cualquier empresa abrazaría?
¿Huyes? ¡ay! ¿y me dejas, sometido
Mi pecho al himenéo, condenada
A una vida infeliz?.... ¿Pero qué miro?
¿Quién camina en las sombras?...O me engaño,
O es Egisto.

CLITEMNESTRA.

Deten.... ¿mas qué deidad te ha conducido
De la noche en las sombras?

EGISTO.

El averno:
Fiãdo en tu promesa y tu cariño,
A los cuales faltaste, hasta la playa
Una rápida barca me ha traido:
Con mis fieles amigos salté en tierra,
Dí muerte á los soldados que atrevidos
Me cerraban el paso, y sobornada
La guardia, me condujo hasta aquí mismo.
Las puertas de la corte y del palacio
Ocupadas están por mis amigos:
Todo dispuesto en fin, ¿y tú tan solo
Has de causar mi pérdida? A este sitio,
Horrible para mí, ¿quién me conduce
Sino tu amor, ingrata? Aquí se hizo
El sacro juramento de su muerte,
El cual y tus temores me han traido
A librarte animoso de los riesgos
Que al golpe seguirian. Es preciso
Descargarle: no dudes: si tu brazo
Antes que asome el dia no le ha herido,

Te expones al tormento preparado
Contra tí por Atridas: del peligro
Me hicieron sabedor, cuando librarme
Conseguí de los fieros asesinos,
Que estaban encargados de mi muerte.

CLITEMNESTRA.

¿Qué dices?

EGISTO.

Nuestro amor ha conocido.

CLITEMNESTRA.

¡Con qué velo su cólera ha cubierto!
¡Dioses!

EGISTO.

No des lugar á su designio:
Impide con su muerte....

CLITEMNESTRA.

Me estremezco.

EGISTO.

Vuela.

CLITEMNESTRA.

Suspende, incauto, aquesos gritos;
Que duerme.

EGISTO.

¿Duerme?

CLITEMNESTRA.

Allí.

EGISTO.

Luego su vida
Está en nuestro poder: sino le herimos,
Vas á morir: ¿qué esperas?

CLITEMNESTRA.

Su venganza:
Á pesar de la infamia y el castigo,
No esperes que en su seno Clitemnestra,
Clave el duro puñal.

EGISTO.

Pues mi suplicio
Has decretado ya, voy al momento
El cómplice á entregar de tus delitos.
La fuga es imposible, ya cerrado
A mis pasos el mar y los caminos:
Si me detengo aquí, soy descubierto;
Iré, pues, arrostrando los peligros
Del Monarca á la estancia; pero un golpe
Te condena á morir: el pecho mio
Emprende hasta vencer, y nunca cede:

Al verme ha de clamar estremecido ;
Vendrán de mi furor á libertarle,
Y de un infructüoso parricidio
Víctima entonces tú....

CLITEMNESTRA.

Cesa ya , cesa....
Un Dios quiere llevarme al precipicio.
Egisto.... no me hieras.... nunca, nunca
Esta angustia, este horror he padecido....
¿Pero quién descubrió nuestros amores?

EGISTO.

Su Casandra, y Estrofo mi enemigo,
Ansiando nuestro mal: toma este acero,
Entra, hiera tu brazo vengativo,
Y salve nuestro amor.

CLITEMNESTRA.

Vano es tu intento.

EGISTO.

No esperes á la aurora. Te ha mentido
Si negó de la esclava los amores:
Ella triunfa.

CLITEMNESTRA.

¿Qué haré? ¡duro martirio!

EGISTO.

¿Aun dudas? Clava, pues, clava en mi pecho
Este agudo puñal, y en sangre tinto,
Pálido, moribundo, ante los ojos
De tu juez inflexible lleva á Egisto,
Y su cuerpo horroroso y palpitante
Sea de tu inocencia fiel testigo.

CLITEMNESTRA.

No; tú no morirás.

EGISTO.

Perecer debe
Agamenon, ó yo.... ¿Pero qué ruido?....
Tu muerte llega ya.

CLITEMNESTRA.

Dáme el acero.

EGISTO (*).

Corre, vuela con él: insta el peligro:
El golpe evitarás que te amenaza.

(*) *Armándola con el puñal.*

ESCENA VI.

Egisto solo.

EGISTO.

Sal del oscuro seno del abismo,
¡O sombra de Tiëstes! y tus ojos
La sangre saciará de tu enemigo,
Que á derramarse va: ven á llevarle:
Alzado ya sobre su pecho miro
El hierro vengador, que airada guia
La diestra de una esposa, al parricidio
Por el temor y el ódio conducida....
¿Mas qué estrépito suena en mis oidos?
El golpe no se escucha: ¡santos dioses!
Se ha frustrado tal vez el sacrificio:
Huiré.

Agamenon dolorosamente detrás de la escena.

Deten el brazo.

EGISTO.

Ya, ya expira,
Y yo Monarca soy.

ESCENA VII.

Clitemnestra y Egisto.

CLITEMNESTRA.

¿Adónde guio
Mis pasos? ¿dónde estoy? ven al momento,
Egisto, á mi socorro.... ¿No has oido?....

EGISTO.

¿Qué?

CLITEMNESTRA.

En esta misma estancia....

EGISTO.

¿Qué fué? Acaba.

CLITEMNESTRA.

Hablaron.

EGISTO.

Era yo.

CLITEMNESTRA.

¿Cuándo?

EGISTO.

Ahora mismo.

CLITEMNESTRA.

Execrable maldad! Abrí su pecho.

EGISTO (*).

¡Tiëstes, la venganza has conseguido!
He aquí la sangre del injusto Atridas.

CLITEMNESTRA.

A Orestes despertaron sus gemidos,
Y entró: yo perturbada por las sombras,
Veloz huí del execrable sitio.

EGISTO (**).

Esta de Agamenon, esta es la sangre:
Respira Egisto ya.

CLITEMNESTRA.

Dioses, ¡qué miro!
¿Y puede sonreir cuando la sangre
Derramándose está?

(*) *Quitándola el puñal.*

(**) *Sonriendo atrozmente.*

EGISTO.

¿Debes?....

CLITEMNESTRA.

¡Impío!
Te conozco por fin, y me aborrezco.

ESCENA VIII.

Dichos, y Paleno.

PALENO.

Corre, Príncipe, al punto: con sus gritos
A los guardias Casandra ha desvelado,
Y está todo el palacio conmovido.
Entre tanto á su fin ella se acerca,
Pues el mortal veneno que yo mismo
Preparé á tu mandato, ya ha tomado.
De la suerte de Atridas advertido
Por sus lamentos fuí: reina, somete
Argos, y toda Grecia á tu dominio.
Confunde á los rebeldes con tu vista.

EGISTO.

Paleno, este puñal que ves teñido

De sangre aborrecida, va á mostrarles
Que el señor de los griegos es Egisto.

ESCENA IX.

Clitemnestra y Orestes.

CLITEMNESTRA.

¿Qué veo?.... Orestes llega.... ¿Dónde, dónde
Ocultarme podré?.... ¡Querido hijo!

ORESTES (*).

Venid, amada madre, á ver el pecho
De mi padre infeliz, que yace herido.
Venid

CLITEMNESTRA.

Hijo, deten: huye este suelo
Manchado con la sangre y el delito.

ORESTES.

Inundado con ella está su lecho:
En medio de sus ayes y suspiros,
Mirándome exclamó: «Tu madre...." El triste

(*) *Pálido y turbado.*

Para hallar en su muerte algun alivio,
Os llamaba sin duda.

CLITEMNESTRA.

Tierra, averno,
Abríos á mis pies.

ORESTES.

¿Y no hay arbitrio
Para hacerle vivir?

CLITEMNESTRA.

¡Pluguiera al cielo!
¡O madre criminal!

ORESTES.

Destituidos
De la esperanza ya, solo nos resta
Implorar contra el pérfido asesino
El golpe vengador al justo cielo.

CLITEMNESTRA.

Reciba de su cólera el castigo.

ESCENA X.

Dichos, Casandra, Estrofo, pueblo, y soldados con hachas.

CASANDRA.

Salvad, salvad á Orestes, que aun es tiempo.

ESTROFO.

Huye de esta mansion, funesto asilo
De la muerte y horror, hijo infelice.

ORESTES.

¿Nos seguirá mi madre?

ESTROFO.

Huye te digo,
Sino quieres morir: ya ha publicado
Su horrorosa maldad el vil Egisto:
Orestes, siguemé, y en tu memoria
Graba, graba por siempre este delito,
Que ha de vengar tu brazo.

*

ORESTES.

Sí, lo juro.
Por las hijas del Tártaro.

CASANDRA (*).

Benigno,
Ocultalé de un bárbaro á las iras....
Ya llega amenazando, huid.

ESCENA ULTIMA.

Egisto, Casandra, Clitemnestra, Paleno, griegos armados, y con hachas.

EGISTO.

Argivos,
Reprimid esos gritos sediciosos,
O silencio impondrán á los inicuos
El destierro, la muerte y las cadenas:
Reina, enjuga tu llanto: del castigo
Era digna de Atridas la perfidia.
En la negra ribera de Cocito
Los brazos de Ifigenia ya le esperan.

(*) *A Estrofo.*

Venga Orestes aquí: zeloso amigo (*),
Vé á conducirle.

CLITEMNESTRA.

¡Orestes!

CASANDRA.

Abandona
Tu esperanza, crüel; de tu dominio
Se ha alejado.

EGISTO (**).

¿Qué dices?

CASANDRA.

Lo que temes:
Un crímen á otros mil abre el camino.
Estando libre Orestes, poco, injusto,
Con la muerte del Rey has conseguido.

CLITEMNESTRA.

Protegiendo sus dias una madre,
¿Qué se debe temer? Vuelvemé el hijo.

(*) *A Paleno.*
(**) *Furioso y con terror.*

CASANDRA (*).

Vuelvelé tú su padre.

EGISTO.

En el momento

Dinos dónde se oculta, ó teme á Egisto.

CASANDRA.

Huyó de los adúlteros la casa.

EGISTO (**).

Corred, y con su muerte....

CLITEMNESTRA.

¡Hijo querido!

¡Fiero monstruo!

CASANDRA (***).

Deten.... ya de mis ojos
Va faltando la luz: oyemé, impío,
Y de terror te cubrirá el asenso

(*) *Fuera de sí.*

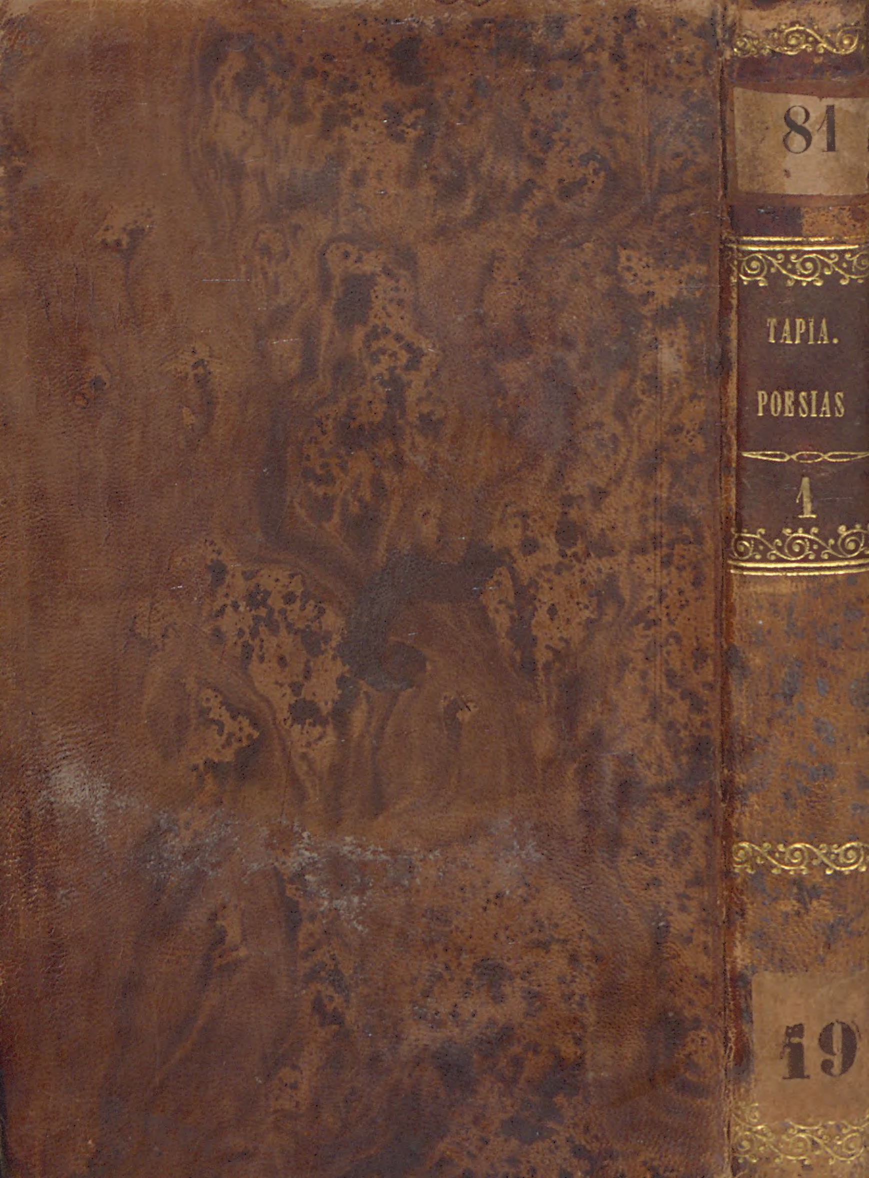
(**) *A los guardias.*

(***) *Moribunda.*

A mi postrer anuncio prometido.
Orestes vengador, por mí salvado,
A arrancarte vendrá con brazo invicto
La sangrienta diadema. Teme, teme
Los fieros homicidas que á este sitio
Sus huellas seguirán: él mismo un dia
Matará de su padre al asesino....
Y él en fin.... á su madre dará muerte.
Del tirano feroz que os ha oprimido
Huid temblando todos, y dejadle
En su remordimiento y su martirio....
A Dios.... Yo voy delante.... al negro averno,
Y á Minos pediré vuestro suplicio.

FIN DEL TOMO PRIMERO.




81
TAPIA.
POESIAS
1
19



colorchecker CLASSIC
calibrite
mm